

00467
12



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES

LA IZQUIERDA ANCLADA Y LA DERROTA DEL FUTURO

Ensayo para el análisis del desarrollo organizativo del Partido de la Revolución Democrática

T E S I S

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE MAESTRIA EN ESTUDIOS POLITICOS Y SOCIALES

P R E S E N T A :

VICTOR FRANCISCO VITE BERNAL

Tutor: Dr. Francisco Reveles Vázquez

Ciudad de México,

febrero de 2003

TESIS CON FALLA DE ORIGEN

1





Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Este trabajo fue elaborado gracias a una beca otorgada por el
Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT)

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

2

A mis padres

Como siempre, el apoyo, el afecto y la paciencia inagotables

A Sandra

Como nunca, la lluvia ha sido ahora la guía del viajero

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

Introducción

I. Para analizar las características del desarrollo del Partido de la Revolución Democrática es indispensable tener en cuenta que todo el sistema de partidos se encuentra en recomposición tras la derrota del Partido Revolucionario Institucional en la pasada elección presidencial. Es un hecho que el PRD ha venido logrando *algunos* de sus objetivos políticos, relativos a la democratización, específicamente en la competitividad y la transparencia electorales, aunque ello no sea obra exclusivamente suya. Lo que no ha logrado concretar son sus más difusos objetivos sociales y económicos.

En su breve trayectoria, se ha pretendido construir al PRD como un partido comprometido con los intereses nacionales y populares, lo que le ha valido fama de populista y nostálgico del orden estatalista y autárquico de la posguerra, como el continuador del "proyecto de la Revolución Mexicana", sea lo que sea que esto signifique, como la alternativa al *neoliberalismo* promovido por el Partido Revolucionario Institucional y el Partido Acción Nacional, y como el representante de la izquierda política en México. Tras más de diez años de aspirar a derrotar al PRI en las elecciones presidenciales –objetivo asumido por muchos de sus integrantes como una suerte de misión histórica– el PRD se encuentra ahora sumido en la frustración de no haber sido la organización política que infligió esa derrota al otrora invencible partido del gobierno, pero más que nada ante la exigencia de replantear sus objetivos políticos en un entorno muy distinto del que lo vio nacer y desarrollarse. La centralidad del sufragio y la pugna por la transparencia electoral dejan hoy su sitio a exigencias distintas en todos los ámbitos, ante las cuales el PRD –y todos los partidos– aún deben demostrar que tener democracia hace posible gobernar democráticamente. La consolidación democrática, entendida como ampliación y profundización de los instrumentos de participación de la ciudadanía en los asuntos públicos, en la toma de decisiones de gobierno y en la vigilancia sobre la ejecución y el manejo de recursos públicos, se abre como la tarea a cumplir una vez que la tortuosa construcción de un sistema electoral confiable y competitivo ha quedado concluida.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

En este sentido, la propuesta de análisis que aquí se presenta busca no restringirse a señalar los méritos o deficiencias que el PRD pueda tener. Por el contrario, se asume que la lógica a la cual responde el desenvolvimiento del desarrollo de este partido representa un reto de investigación actual que puede contribuir a esclarecer problemas relativos a la condición y perspectivas de nuestro incipiente sistema de partidos, y más aún, sobre las posibilidades de consolidación de un régimen democrático, en el que prácticas y vicios arraigados en nuestra herencia política puedan verse progresivamente desmontados por nuevas modalidades e instituciones. Por lo tanto, para presentar la propuesta que aquí se ofrece, es necesario anticipar algunas observaciones generales respecto a los estudios que han analizado a este partido.

Una de las principales características de la mayor parte de los análisis sobre el PRD es la falta de articulación entre los factores de contexto y los de dinámica interna que han intervenido en su desarrollo. Marco A. Sánchez (1999: 15) afirma que los factores que propician la crisis del partido son de origen interno y externo, para luego ofrecer ocuparse únicamente de los primeros. Por su parte, Meyenberg y Carrillo (1999) sostienen, a partir del análisis de sus documentos básicos, que esta organización ha transitado paulatinamente de posiciones antisistémicas a posiciones sistémicas. Sin embargo persiste en ella la confrontación entre posiciones radicales y moderadas, que no necesariamente han tendido a resolverse con la adopción de responsabilidades de gobierno, como ellos argumentan. Según esas perspectivas, pareciera que la lógica que sigue el desarrollo de este partido obedece ya sea a las disputas o a la correlación de fuerzas internas, ya sea a los propósitos explícitos de sus documentos básicos, y en mucho menor medida a condiciones tanto estructurales como coyunturales de su entorno.

Por su parte, Kathleen Bruhn (1997) ha abordado tanto la dinámica interna como los factores externos que entraron en juego en el desarrollo temprano de la organización perredista. Esta autora señala cómo el oposicionismo a ultranza y la falta de control sobre recursos gubernamentales estratégicos, que permitieran conservar la lealtad de sus aliados, son dos de los principales factores que

explican el declive electoral del perredismo respecto al antecedente del Frente Democrático Nacional. Pero tras los altibajos iniciales, el notable ascenso electoral de este partido durante el periodo del liderazgo de Andrés Manuel López Obrador, entre 1996 y 1999, no ha sido claramente explicado. Se ha argumentado que al concluir la hostilidad del salinismo (periodo en el que se le regatearon resultados electorales, se reprimieron duramente muchas de sus protestas y numerosos cuadros y activistas fueron perseguidos y eliminados), y al adquirir el partido una dinámica organizativa propia, pudo *acelerar* su proceso de consolidación, abandonando el radicalismo, pactando con el gobierno y adoptando definiciones programáticas más orientadas a la responsabilidad de gobierno (Meyenberg y Carrillo, 1999; Prud'homme, 1996). No obstante, en contraposición con estas afirmaciones, es muy probable que tras la severa crisis económica de 1995, el PRD haya capitalizado temporalmente su antisalinismo radical, que siempre acusó al entonces presidente de ilegítimo, impuesto por el fraude electoral. Es decir, logró cosechar electoralmente a partir de cierta autoridad moral derivada de haber sido la oposición intransigente contra quien pasó de ser el más adulado héroe a erigirse en el más vilipendiado de los villanos. De tal suerte, lo que habría pesado más en el crecimiento electoral perredista entre 1995 y 1998, sería el factor externo de la profunda crisis que desengañó a todos, acumulando en su favor el voto de protesta, más que la presunta capacidad interna de organizarse y presentarse como opción de gobierno.

Tras lograr importantes avances en procesos electorales locales durante 1997 y 1998, sea en coalición o por sí mismo, en el Distrito Federal, Zacatecas, Tlaxcala, Nayarit y Baja California, así como un ascenso en sus niveles de votación en las elecciones federales de 1997, en las que alcanzó 24.97% de la votación para diputados federales, posicionándose menos de un punto porcentual abajo del PAN, hacia 1999 el PRD entra en una severa crisis a partir de las elecciones de su dirigencia nacional en marzo de ese año. Por los éxitos que había ido logrando, parecería un resultado inesperado lo ocurrido a partir de ese proceso. En consecuencia, es necesario preguntarse si la progresiva organización entró en una crisis de crecimiento. ¿Esta opción política alcanzó su límite? ¿Se demostró que la

izquierda no puede aspirar más que a ser una distante tercera fuerza electoral, a pesar de ascensos esporádicos?

Una de las cuestiones que se abre entonces es hasta qué punto aquellos éxitos han venido a desencadenar las diferencias internas que se mantenían latentes mientras este partido era la oposición asediada por el salinismo. Bruhn (1997) sostiene que los altibajos electorales del PRD en su etapa de surgimiento están directamente relacionados con errores tácticos de la dirección del partido, y con la predisposición a no transar con Salinas, en aras de preservar la identidad. En el mismo tenor, si los éxitos perredistas después de 1995 no respondían a una mayor capacidad organizativa y una mejor oferta política, parece más plausible que tengan relación con su persistente denuncia contra el régimen; mientras que los tropiezos a partir de 1999 indicarían que aún enfrenta severos problemas de organización, que le impedirían actuar con eficacia y tornarse en una oferta atractiva para los electores.

Este trabajo no indagará sobre las causas de la trayectoria electoral del PRD, pero las observaciones expuestas permiten plantear los problemas relativos a los factores que han propiciado su desarrollo organizativo, es decir, el tránsito que va de su surgimiento en 1989 a su consolidación como uno de los protagonistas más relevantes de nuestro sistema de partidos, y sobre todo, como el representante más notable de la izquierda partidista en México.

II. Cuando se charla sobre el PRD, cuando se discuten sus características y, por supuesto, entre muchos de los análisis que lo abordan, salen a relucir cuestiones como la escasa o nula participación de la militancia en la vida y las decisiones de la organización, las incesantes pugnas internas entre los diversos grupos facciosos, sus estilos clientelares y corporativos, la persistencia del líder histórico del partido, la posición de éste como caudillo que manipula a la organización impidiéndole institucionalizarse, la carencia de una identidad ideológica coherente, o la enorme cantidad de esfuerzos y recursos que se dedican a procesos electorales internos, en demérito de otras tareas como la formación de la

militancia, la promoción de la ideología, propuestas y programa, o la organización del descontento social. Todos estos fenómenos, que ciertamente son observables en este partido, se han explicado principalmente como consecuencias de su *falta de institucionalización* y de la persistencia de un *liderazgo carismático* que bloquea dicho proceso. Ambos factores serían a su vez determinantes de sus persistentes luchas intestinas, al no existir los canales regulares para la resolución de las mismas, y en general serían la causa de los enormes males que lo aquejan, impidiendo que se convierta en una opción electoral consistente.

Pero detrás de la insistencia en esta suerte de círculo vicioso insuficiente institucionalización – permanencia del liderazgo carismático, subyace un marco de interpretación normativo que prescribe que un partido político sólo puede ser competitivo si ha asumido las reglas del juego democrático, renunciando a una lógica de cuestionamiento del sistema, con la consiguiente limitación a una participación electoral, sin pretensiones de transformaciones radicales. En esta concepción la participación política y la competencia democráticas quedan restringidas a los parámetros del liberalismo político, en los cuales el ciudadano-elector sólo puede elegir entre opciones que garanticen la integración en las reglas e instituciones políticas establecidas. Además, la agregación de intereses más allá de los límites de la competencia institucional entre partidos sólo puede representar regresiones corporativas o neocorporativas, y los fenómenos de movilización, protesta y organización social constituyen anomalías ajenas al sistema político. En la misma perspectiva la tarea de los partidos ha de limitarse a representar los intereses y demandas de esas expresiones sociales en sus programas y campañas proselitistas, para que desde aquellas posiciones de representación popular o de gobierno que obtengan cumplan con sus ofrecimientos. La política queda circunscrita entonces estrictamente a las instituciones políticas estatales, a la constitución de gobiernos y de la representación popular mediante procesos electorales. Cualquier otra vía se concibe como la expresión de grupos de presión de dudosa legitimidad, movimientos sociales efímeros, epifenómenos que sólo muy excepcionalmente tienen consecuencias visibles en las instituciones políticas.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

En este marco, la cuestión de la institucionalización se torna en extremo problemática porque se le ha concebido como un proceso lineal que debe culminar inexorablemente en un tipo de institución acorde a un modelo racional burocrático, y de no alcanzarse ese modelo, se asume que *la institucionalización no existe, o si acaso permanece inconclusa*. Al hablarse del PRD, se ha concebido a la institucionalización como el arribo a un tipo puro de organización con un alto grado de formalización, en términos de la correspondencia entre las prescripciones de sus documentos básicos –principios, doctrinas, programas, estatutos– y sus prácticas políticas efectivas.

Lo que este trabajo plantea es un desafío al prejuicio teleológico (Panebianco, 1990: 30-34) inscrito en ese tipo de concepciones. Para el análisis que aquí se propone, el problema no consiste más en una institucionalización interminable del partido que representa la opción de izquierda en México. El problema consiste en indagar *cómo se ha consolidado ya* el PRD. Aquí sólo se pretende fundamentar la pertinencia de este problema, y plantear una tentativa para abordarlo por medio de la reconstrucción histórica de los principales elementos que han caracterizado su desarrollo organizativo.

III. Este trabajo tiene ante todo fines exploratorios y busca sustentar una propuesta para el análisis del desarrollo organizativo del PRD que, más allá de sus fortunas o infortunios electorales, permita apuntar a explicaciones consistentes sobre fenómenos como los indicados arriba (caudillismo, prácticas clientelares y corporativas, conflictividad, ambigüedad ideológica, desorganización), mismos que lo han caracterizado a lo largo de toda su breve pero tórrida historia. De esta manera, este ensayo de interpretación trata de dirigirse a caracterizar la situación específica de este partido mexicano de izquierda, en el contexto de la tortuosa marcha hacia la democratización en México, y de la propia trayectoria histórica de la izquierda en este país. La intención es atisbar al PRD como producto y como actor de sus circunstancias históricas, y no como una simple anomalía respecto a algún modelo preconcebido de partido político. Así, las incongruencias



ideológicas, los conflictos internos, la figura del líder carismático, las limitaciones en la institucionalidad y demás fenómenos acendradamente característicos del PRD se plantean en este trabajo no como los vicios asociados a una institucionalización incompleta, sino como los rasgos propios de un partido político que surge y se desarrolla en el contexto de la democratización en este país y que reivindica una posición de izquierda.

La primera parte de este ensayo presenta una revisión de los estudios que han abordado al PRD. Sin pretender ser exhaustiva, esta revisión aborda un abanico muy amplio de trabajos, que para efectos de organización de la discusión se agruparon en cuatro perspectivas de análisis: histórica, dirigida a la crónica o a la revisión descriptiva del partido; electoral, referida directamente a analizar sus resultados electorales; ideológica, que aborda su identidad y sus planteamientos discursivos, y organizativa, aquella perspectiva que analiza el desarrollo de la organización. Es a partir de los dispares resultados de las investigaciones inscritas en esta última perspectiva que este trabajo propone revisar los presupuestos a partir de los cuales se ha estudiado el desarrollo organizativo del PRD.

En la segunda parte se desarrolla la propuesta de análisis a lo largo de cinco apartados. Primero, se presenta a grandes rasgos una recapitulación de las condiciones en que la izquierda partidista se ha transformado desde la reivindicación de visiones ideológicas omniabarcantes, a la adopción de perspectivas de integración en la lucha por la democracia, la competitividad y la transparencia electoral en México. A partir de ahí se abordan en el segundo apartado las cuestiones relativas a la definición del *modelo originario* del PRD y a la caracterización de la organización como una *institución débil*.

A fin de sustentar un uso consecuente de la propuesta teórica de Angelo Panebianco (1990), sostengo que la institución es débil, y ello ha sido determinado por los componentes de su modelo originario, y *por las influencias ambientales que ha sufrido la organización*. El concepto de modelo originario nos provee de una herramienta de análisis que permite sintetizar los rasgos característicos del PRD en su origen –la fusión de muy diversas fuerzas, organizaciones y tradiciones en torno a la figura de un liderazgo personalizado–, y las determinaciones

impuestas por el ambiente, específicamente, la negociación de las reglas electorales y la centralidad del sufragio (Prud'homme, 1996), para analizar las pautas que ha seguido su desarrollo organizativo. Tales rasgos de su modelo originario y esas condiciones del entorno dieron lugar a un partido organizado como una institución débil. Profundizar en las afinidades del PRD con el modelo de institución débil propuesto por Panebianco se adopta como una vía de explicación de la persistencia en el partido de los vicios y prácticas anotados atrás, que son atribuidos reiteradamente a la *falta* de institucionalización. Para estos efectos, no interesa hacer un recuento en extenso de esos horrores, ni emprender querrela alguna contra sus presuntos autores, sino esclarecer cómo conductas inadmisibles para la democracia y la izquierda, que en el PRD nadie admite pero todos aprovechan, persisten porque resultan funcionales tanto en términos del sistema organizativo al que se ha arribado, como respecto a maneras específicas de concebir la democracia y los valores políticos de libertad e igualdad.

El tercer apartado aborda los factores de la cohesión de la organización, en la que probablemente resulte la sección más polémica de este trabajo. Se argumenta que la consolidación del partido como institución débil ha sido el resultado de la forma específica como se ha concretado en él la *articulación de los fines*, es decir, el modo en que se han acoplado los fines explícitos que la organización declara perseguir, definidos en su ideología, con los fines de su propia supervivencia, que suponen un equilibrio entre los diversos –y a menudo confrontados– intereses de los participantes. Se propone entonces que la articulación de los fines de la organización, que supone el tránsito del surgimiento a la consolidación, se analice a partir del *postulado estratégico* del PRD que se esboza en ese apartado. El postulado estratégico se presentará como tópico para la discusión de las severas limitaciones y ambigüedades de los significados que para este partido tienen los conceptos de democracia, igualdad y libertad, significados que constituyen las anclas de una izquierda sin orientaciones ante un mundo muy diferente a aquel en el que construyó sus certezas tradicionales. Esos significados resultan sin embargo claves en la permanencia de las numerosas facciones congregadas en la organización, y paradójicamente resultan constitutivos del cemento que la

mantiene cohesionada, a pesar de los orígenes tan dispares de las fuerzas y organizaciones que ahí han convergido.

Los ambiguos fines que el PRD afirma perseguir, los difusos valores en que fundamenta su acción, resultan entonces insuficientes para sustentar la cooperación interna. La institución débil sufre así la exacerbación de la competencia entre sus miembros. El principal problema respecto a la cohesión en el PRD es en este sentido el relativo al significado de los incentivos colectivos. ¿A partir de qué elementos define su identidad, más allá de los contenidos explícitos de sus documentos básicos? ¿Qué modelos de organización social y de lucha política concibe, o mejor aún, pone en práctica? ¿Propone alguna idea de futuro? En caso de que así sea ¿cómo se concibe éste? El postulado estratégico del PRD se propone como una vía de análisis para responder a estas interrogantes, como un concepto útil para complementar las proposiciones teóricas de Panebianco y aplicarlas a este caso de estudio concreto.

La propuesta para el análisis del conflicto en el partido es objeto de los dos últimos apartados de este trabajo a fin de sustentar la caracterización como institución débil. A lo largo de todo este ensayo se muestra que en el PRD han coexistido dos tendencias confrontadas sobre la organización del partido y sobre la orientación que deben adquirir sus principios ideológicos y programáticos: los moderados y los radicales. En el cuarto apartado se proponen las líneas generales para el análisis de estas tendencias confrontadas al interior del partido, con una referencia directa a la relación de dominio que éste pretende establecer hacia los movimientos sociales. La arraigada fe en la movilización y la protesta sociales se vinculan con la larga historia del radicalismo en la izquierda mexicana, misma que representa de suyo un serio *handicap* respecto a las posibilidades de una orientación más institucional y propositiva, sin que esto implique claudicante o progobiernista. El fundamento popular de la democracia y la mediación institucional indispensable para garantizarla representan los polos de una tensión que ilustra las concepciones e intereses generales confrontados permanentemente al interior del PRD.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

Bajo el manto de esa tensión quedan abiertas las cuestiones de la acción colectiva, la construcción de ciudadanía, las reformas institucionales para la consolidación democrática y las posibilidades de renovación de la izquierda en México, mismas que se enlazan con el último apartado, aunque en términos de elementos de contexto que son abordados tangencialmente en este ensayo, por no corresponder a sus objetivos específicos. Así, se proponen algunas líneas de trabajo para el análisis del liderazgo perredista. Se plantea como hipótesis que las formas de liderazgo predominantes en el PRD son de tipo tradicional, fundado más en la lealtad a las personalidades que a la institución. Esta hipótesis se desagrega en cuatro dimensiones de análisis a partir de las hipótesis de Cansino (1998) sobre el liderazgo político en procesos de cambio político, cuya eventual utilidad se ilustra de modo preliminar a partir de algunas observaciones sobre las prácticas de los líderes en los distintos niveles del partido, y sobre la relación que establecen con los militantes. El problema que se busca fundamentar es el de la relación entre actores, prácticas y mediaciones institucionales, enfatizando la necesidad de pensar al liderazgo como una cuestión colectiva, además de situarlo en el contexto de la democratización en México

Este trabajo propone un modelo alternativo de análisis que no trata de explicar nuevos fenómenos, ni de demostrar la existencia de los añejos. Se trata de apuntar a la explicación de los mismos fenómenos abordados por otros autores por medio de un enfoque diferente, que no busque ajustar la realidad a presupuestos normativos, sino dar cuenta de relaciones realmente existentes. Cabe destacar que esta propuesta se ubica en un plano teórico de crítica a los trabajos sobre el PRD y prefiguración de un enfoque alternativo, que no se remite al tema de la institucionalización inacabada, sino al del grado de la institucionalización alcanzada, reformulando las tesis de Panebianco sobre la institución débil en términos de los desequilibrios entre cohesión y conflicto en la organización

No terminaría de agradecer la excepcional combinación de cordialidad y severidad que prodigaron para este trabajo los miembros del jurado. Gracias a la Dra. Silvia Gómez Tagle, al Dr. Gabriel Corona Armenta, al Dr. Juan Manuel Ortega

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

Riquelme, y muy especialmente, al Dr. Benjamín Arditi, quien llevó esa combinación a una estima aún más excepcional. Finalmente, mi más profunda gratitud al Dr. Francisco Reveles Vázquez, quien mantuvo un respeto y una confianza en las ideas de quien esto escribe, que en más de una ocasión resultaban inmerecidos. Espero haber logrado rescatar al menos un mínimo de sus invaluable críticas para subsanar las principales deficiencias de este trabajo, que no son responsabilidad de nadie más que de su autor.

Pensar en la izquierda mexicana, en su pasado, su presente, su futuro, no puede limitarse a los terribles enjuagues internos en el PRD. Los objetivos de este trabajo, hay que insistir en ello, no se limitan a la caracterización de la inefable mecánica interna de esta organización, sino a caracterizar las relaciones entre sus antecedentes, sus condiciones concretas y su desarrollo. Mirar y pensar a este partido de otro modo, con todos sus lastres y quebrantos, con la turbia, o al menos endeble, idea de futuro que (no) fundamenta, con la ineludible complejidad de su entorno, es una tarea que vale la pena emprender, así sea por la simple convicción de que en el futuro puede haber algo más, y habría que averiguarlo.

V. Francisco Vite Bernal
Ciudad de México, febrero de 2003

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

I. Temas y perspectivas en el análisis del Partido de la Revolución Democrática

El estudio sistemático del Partido de la Revolución Democrática no ha adquirido aún la regularidad y consistencia que podría esperarse al considerar su definitiva inscripción como un destacado actor de la transformación del sistema de partidos en México y del proceso de democratización asociado a la misma. En el análisis sobre este partido se observan ciertos temas y problemas como constantes claramente discernibles, aunque generalmente limitadas por una visión coyuntural, incluso comprometida, sin un enfoque orientado a una discusión rigurosa y más profunda de esos mismos temas y problemas.

Más allá de las temáticas recurrentes y la tendencia a la visión coyuntural, resulta pertinente ubicar a los estudios sobre el PRD de acuerdo a ciertas orientaciones analíticas predominantes. Desde mi punto de vista, es posible ubicar cuatro enfoques principales en el estudio del PRD replanteando los temas indicados por Reveles Vázquez (1995), cuyos alcances y profundidad varían según los propósitos y el rigor de cada autor, además de que no son en modo alguno excluyentes, pudiendo un mismo estudio abarcar más de uno de estos enfoques.

- **Perspectiva histórica.** Esta se refiere especialmente al devenir temporal del PRD y a su contexto (o bien, su relación con el sistema político), su surgimiento, desarrollo, y la descripción de su proceso de organización. Prácticamente todos los estudios sobre el partido abordan inevitablemente su devenir, y a partir de él construyen los temas y problemas que el interés académico o político motivan. Lo cierto es que una parte muy importante de los trabajos dirigidos a analizar al PRD se limita casi exclusivamente a una descripción cronológica, a la que inevitablemente se incorporan inquietudes, juicios y problemas que no necesariamente son desarrollados ni analizados con mayor profundidad ni rigor.
- **Perspectiva electoral.** Es aquella que analiza la presencia electoral y las tendencias de la votación de este partido. Este tipo de estudios son comunes cuando se trata de analizar procesos electorales por sí mismos, y no por el

1

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

significado específico que representan para algún partido en particular. De este modo, el análisis de las fortunas o infortunios electorales del PRD en particular no es abundante, quedando supeditado al análisis, más difundido, de los procesos electorales en general.

- **Perspectiva ideológica.** Dirigida al análisis de la ideología, las propuestas y programas, el desarrollo de su identidad, y los fines que el partido se propone alcanzar. La visión del mundo, del futuro, de la sociedad y del cambio son materia de esta perspectiva. Sin embargo, en el contexto de la posguerra fría y ante el predominio de soluciones económicas "neoliberales", las identidades políticas resultan difusas y volátiles, los discursos ideológicos parecen anacrónicos y las orientaciones programáticas parecen más bien resignarse al pragmatismo

Como veremos, en el caso del PRD su identificación como izquierda política ha sido apenas el punto de partida para un debate ambiguo, incluso confuso, sobre su ideología, auténtico terreno de disputa.

- **Perspectiva organizativa.** En este punto se ubicarían los estudios sobre estructura, enfoque organizacional y fracciones, que en Reveles (1995), se consideran por separado. En realidad, no existen trabajos que analicen específicamente la estructura del PRD, y las proposiciones respecto a sus fracciones internas se difuminan en análisis sobre las otras perspectivas planteadas y sobre los rasgos de la organización. Esta perspectiva comprende por lo tanto la configuración, evolución y funcionamiento de la organización, fenómenos de conflicto interno, fracciones, liderazgo y problemas de la institucionalización. Más allá de los planteamientos estatutarios, programáticos e ideológicos, los mecanismos de acción política –o como solía decirse desde la izquierda, los métodos de lucha– realmente existentes, los aspectos determinantes del funcionamiento de la organización, son objeto de esta perspectiva

Las perspectivas planteadas tienen sobre todo una intención heurística. Sin pretender ser exhaustiva, esta revisión intenta dar por medio de ellas un panorama

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

de los alcances y limitaciones existentes en los estudios y análisis sobre el PRD, para fundamentar así la problematización sobre su desarrollo organizativo. Más allá de la descripción o la cronología, más allá de los resultados electorales, sus variaciones y sus posibles determinantes, más allá de los planteamientos discursivos, el análisis más ambicioso sobre los partidos se encuentra en la perspectiva organizativa. En el caso del PRD, es incipiente el avance en el desarrollo de la misma, y en este capítulo trataré de destacar ciertos elementos que en las distintas perspectivas aparecen como problemas de investigación propios del desarrollo organizativo de este partido, a fin de plantear una propuesta de análisis que tome en cuenta el contexto en el que surge y se consolida, es decir, que considere el proceso de democratización en México y las transformaciones en el sistema de partidos como elementos indisociables de la propia constitución del PRD.

1. La perspectiva histórica: el trasfondo radicales--moderados

Aunque en numerosos artículos y publicaciones se hacen señalamientos y juicios sobre las cuestiones ideológicas, los resultados electorales, o las necesidades y la situación de la organización, la alusión a estos asuntos no significa que se les esté analizando. De este modo, los ensayos y estudios incluidos en este enfoque son aquellos que, sea por apremios coyunturales o por pretender únicamente perfilar análisis ulteriores más detallados, proponen visiones descriptivas sobre el desarrollo del PRD y su contexto.

Arnaldo Córdova (1989) sostiene que en el proceso electoral de 1988 se observó el advenimiento de una opción de centro izquierda, que ante todo logró capitalizar su unidad. Sobre la disolución del Frente Democrático Nacional (FDN), la coalición de partidos y organizaciones que impulsó la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas en las elecciones de 1988, y la formación de un nuevo partido, afirma que no es de suyo negativo que éste haya nacido *antigubernista*, pues no depende de ello que se atienda la necesidad de formar un partido con un programa claro y organización sólida, más allá del liderazgo carismático.

"El problema en esas condiciones, es que los pronunciamientos políticos generales del partido, por lo regular hechos por su líder carismático, no están enfocados a organizar un programa de largo alcance estratégico, ni logran incidir en el diseño de la poderosa maquinaria partidista que las futuras batallas exigirán de la nueva formación " (Córdova, 1989)

Por su parte, Jesús Galindo López (1990) repasa el desarrollo de la Corriente Democrática (CD) y del Frente Democrático Nacional, y se enfoca a sus desafíos electorales inmediatos, a la falta de proyecto económico del PRD --asunto que ha generado ya incontables discusiones--, a la pluralidad interna por los variados orígenes de los participantes en el nuevo partido, a su identificación como fuerza política de centro izquierda, y al reto de impulsar la "modernidad política", entendida como competitividad, transparencia y respeto pleno a los derechos políticos.

Con un nivel de discusión más elaborado, José Luis Gutiérrez Espíndola (1991) realiza una evaluación puntual del Primer Congreso Nacional del partido.

Reconoce como uno de los más significativos avances del Congreso el establecimiento de la normatividad interna, aunque señala insuficiencias e incongruencias de la misma, critica el posicionamiento del núcleo duro cuauhtemista,¹ y denuncia la propensión al izquierdismo. Este asunto, sobre el que se abundará en este trabajo al abordar los análisis sobre cuestiones ideológicas, muestra una tensión muy clara entre dos tendencias que en lo sucesivo llamaremos "radicales" y "moderados". Gutiérrez señala:

"Parece reafirmarse, pues, el predominio de un bloque que ha venido sosteniendo posturas básicamente opositoras, las cuales explican ese 'corrimiento del centro-izquierda hacia el izquierdismo' experimentado por el partido del que ha hablado José Woldenberg." (Gutiérrez, 1991)

Esta disputa relativa a la institucionalidad (a la concreción de la normatividad) de un lado, y a la línea política radicalizada (proclive a la acción opositora discrecional) de otro, brindan un hilo conductor al que se han hecho referencias explícitas en los análisis sobre el PRD, pero que, por paradójico que parezca, *ha sido relativamente poco reflexionado*. La tensión integración-conflicto en sus relaciones con el entorno, específicamente con el gobierno, ha sido constantemente referida al hablar de las formas de acción de este partido en torno a sus metas y objetivos. Sólo más recientemente va adquiriendo mayor relevancia el análisis de dicha tensión y sus consecuencias, como veremos al abordar las perspectivas ideológica y organizativa.

En otro texto de Galindo López (1991) posterior a los resultados electorales de 1991, se advierte sobre la propensión al interior del PRD a pensar en las elecciones como un "*coup de force*", por medio del cual el régimen habría de derrumbarse por la voluntad democrática del pueblo mexicano. Esto plantea ya una discusión sobre el papel que reclamaba para sí y, por lo tanto sobre sus

1 "La Comisión de Candidaturas, que tenía la tarea de registrar a los militantes que quisieran competir para integrar el Consejo, realizó diversas consultas y negociaciones con las distintas corrientes () y presentó una llamada 'planilla de consenso' que () dejaba sin representación o no daba adecuado peso a corrientes importantes, pero en cambio reservaba parte significativa y desproporcionada del pastel para los núcleos más cercanos a Cárdenas, que son los que han venido hegemonizando al partido " (Gutiérrez, 1991)

aspiraciones y estrategia. Galindo sugiere al respecto acotar mitos y apuestas maximalistas:

"En perspectiva, el PRD requiere de una urgente profilaxis de sus mitos y cristalinas definiciones acerca de temas sustanciales a su quehacer político puesto que ellas normarán, de alguna manera, su porvenir." (...)

"Es una apuesta temeraria jugar todo a una sola carta y es, al mismo tiempo, adoptar una visión (o ilusión) catastrofista de la política." (...)

"Una hipótesis diferente es si el PRD se concibe a sí mismo como otro componente más de un sistema de partidos que está en construcción, es decir, como un partido que apuesta a generar equilibrios y contrapesos que salven al país de situaciones límite. Un partido así, *sin sus remanentes redentores*, contribuiría generosamente a la transición democrática a condición, por supuesto, de ser parte, no el todo, de un esfuerzo conjugado" (Galindo, 1991. Subrayados míos)

Resalta entonces, en esos primeros años del PRD, la discusión sobre el sentido último de sus orígenes y su trayectoria. Sus mitos fundacionales, constituidos en torno al fraude electoral en 1988 y a una inevitable victoria en posteriores contiendas, encontraban escollos para justificarse en la realidad, y esto resultaría clave en la configuración del debate ideológico, como veremos más adelante (perspectiva ideológica).

Hacia el segundo Congreso Nacional, otro artículo de Galindo López (1993) subraya que la discusión programática, ante el intenso y vertiginoso proceso de reforma del Estado emprendido por Salinas, se vio ensombrecida por la competencia interna para nombrar al nuevo Presidente del partido. Esto puso de manifiesto que mucha de la energía del PRD se concentra más en la resolución de contiendas y debates internos, que en la discusión programática y la construcción de alternativas políticas.

Reproches de la izquierda socialista

Un analista del desarrollo del PRD que en buena medida difiere de las visiones planteadas hasta aquí, pero sobre todo porque defiende una concepción radicalizada, es Arturo Anguiano (1993). En su planteamiento, el partido del "movimiento ciudadano" que se vislumbraba como posibilidad en 1988 se ve diluido finalmente en un partido de fracciones, incapaz de lograr ser una

"alternativa de masas" en oposición al régimen priísta. Anguiano es lapidario en su crítica, pero desafortunadamente no plantea las bases mínimas elementales de una estrategia convincente para lograr el arraigo del partido en la sociedad, en los centros de trabajo, en los asentamientos populares urbanos y rurales, como concibe que debe ser un partido consecuente de izquierda.

La formación del partido ha consistido entonces en la ambición de líderes y en la traición de los grandes principios originarios, siendo un proceso sometido a una lógica de suyo perversa, caracterizada por la conflictividad, la polarización y la fragmentación dirigida al simple reclutamiento de clientelas. En ese marco, la presencia del caudillo sólo sustituye la deliberación colectiva. En las decisiones lo que cuenta es el favor del líder, más que las experiencias, las redes sociales y la capacidad organizativa de la izquierda independiente. Y esto no es lo más grave para Anguiano. El mayor problema es que a la organización de la sociedad se le sobrepone una visión electoral de la política.

"Su visión electoral de la política lo conduce a actuar casi exclusivamente en función de campañas electorales de todo tipo, concebidas como un proceso de acumulación de fuerzas de preparación de las condiciones favorables para el derrocamiento del régimen de partido de Estado, por la irresistible fuerza de los votos, en las elecciones presidenciales de 1994 " (Anguiano, 1993: 19)

Así, por su incorporación al juego electoral, el PRD sólo reproduce la lógica del régimen y queda atrapado en ella, sin ofrecer ninguna alternativa de largo plazo al capitalismo. Su convocatoria a la participación de toda la ciudadanía deja abierta la puerta a un pluriclasismo que, según Anguiano, carece de sentido por la diferenciación y polarización de clases confrontadas a raíz de una ofensiva modernizadora que afirma y refuerza el poder de las clases privilegiadas. No obstante sus inclinaciones radicales, los planteamientos de Anguiano representan un referente claro de las reticencias y descalificaciones dirigidas por la izquierda más recalcitrante contra el PRD.

Después del 94

Más allá de la cruda por la derrota de 1994, Ricardo Becerra (1995) reseña abiertamente la confrontación entre dialoguistas (moderados) y confrontacionistas (radicales), en el Tercer Congreso Nacional. En su análisis, hacia la clausura la hegemonía era de los dialoguistas, aunque con acuerdos que dejaban mucho espacio de maniobra a las dos alas.² También en referencia al Tercer Congreso y al contexto de las negociaciones de la reforma del Estado convocada por el gobierno, Mauricio Merino se refiere a los "duros" y los "maduros", y cómo los primeros, encabezados por López Obrador, volvieron por sus fueros pocos meses más tarde:

"Si Muñoz Ledo había logrado un compás de espera para hacer avanzar las posiciones de los maduros, López Obrador se encargó de señalarle los límites. Le recordó que el PRD no es solamente un partido que busca ganar elecciones mediante reglas pactadas, sino una organización de militantes que busca respuestas a sus demandas a través de la movilización permanente. Y también que el establecimiento de aquellas reglas no supone la suspensión del movimiento que se expresa en las calles, en las marchas o en los pozos petroleros" (Merino, 1996)

Al perfilarse López Obrador como el más serio aspirante a la dirección nacional del PRD, Merino reconoce que este partido se encontraba ante la oportunidad de ser capaz de organizar la sucesión de sus mandos. Ya en pleno proselitismo para Amalia García, Peñaloza y Espinosa (1996) reiteran la división entre los "intransigentes democráticos" y los impulsores de la "transición pactada", señalando a López Obrador como el representante del primer grupo, el cual encuentra la posibilidad de revancha, con el apoyo de Cárdenas, tras su derrota en el tercer congreso.

Una vez que López Obrador había triunfado, Becerra (1996) sostiene que después de todo su liderazgo no significa necesariamente que el partido será incapaz de generar políticas, cuadros para instrumentarlas, ni de ser una maquinaria electoral

2. "Es cierto que la imprecisión de los documentos permiten demasiada discrecionalidad a Muñoz Ledo. () y es cierto, en fin, que la línea de la radicalidad no permanecerá en la inacción, no dejará de cuestionar y de profetizar el fracaso de la aventura (de negociación con el gobierno) legitimada en el III Congreso" (Becerra, 1995)

eficaz. Esto no se expresa como un buen deseo, sino a partir de las actitudes conciliadoras hacia el gobierno y el discurso más moderado, del entonces nuevo dirigente nacional.

"El PRD «no será más radical ni más duro... sólo más firme», «voy a cumplir los compromisos de Muñoz Ledo... en materia electoral insistiremos en las reformas sobre acceso a medios de comunicación, la revisión del padrón electoral y, sobre todo, el control al presupuesto de los partidos... pero eso no significa que haya riesgo de ruptura»; «quiero cumplir el compromiso de tener un comité ejecutivo de unidad... el triunfo representa una gran responsabilidad y no un motivo para festejar»... (.)

"Los matices no eran casuales ni –solamente– fruto de la caballerosidad. Todo lo contrario, se trata de declaraciones que quieren rehacer un discurso coherente para la nueva posición del ahora presidente del PRD. Recuérdese que un mes antes, La Jornada había publicado integralmente una carta del dirigente tabasqueño con la que salía al paso de rumores y llamaba a consolidar la presidencia de Ernesto Zedillo como la única forma de mantener el régimen republicano y un cauce legal y legítimo a la lucha democratizadora.

"En esas declaraciones no encontramos las huellas del líder ríjoso e intransigente, ni al propulsor de la 'salvación nacional', sino el esfuerzo del político que necesita dar la vuelta a su propia imagen. Y es que López Obrador parece entender que su primera operación política consiste, precisamente, en moderar su posición, emanciparse de una imagen que fue muy útil al líder que moviliza y confronta, pero que en cambio pesa y obstruye al dirigente de un partido que necesita ser parte de una negociación más general." (Becerra, 1996)

Esta extensa cita muestra como existía ya una intención abierta de transformar las relaciones con el gobierno. Esto sin duda respondía a un cálculo político de replantearse las bases de la lucha y de la competencia electoral. Pero los efectos de este replanteamiento no habían de redundar en la consolidación de una posición moderada en el PRD.

Una perspectiva local

En un estudio sobre el perredismo a nivel municipal, Ramírez Sevilla (1997) da cuenta de la trayectoria del PRD en Zacapu, Michoacán. Aunque en principio ofrece una reflexión sobre unidad de la izquierda, política local, "democracia emergente", hegemonía y cultura política (o culturas políticas), a través de un caso concreto de la vida interna del PRD, este trabajo se limita a una crónica de primera mano de los avatares del gobierno municipal perredista en tres administraciones consecutivas, entre 1989 y 1997.

Ramírez Sevilla plantea cuestiones interesantes, como la diversidad de orígenes políticos que caracteriza a los perredistas zacapuenses, los conflictos que dichos orígenes entrañan, los caudillos locales y las dificultades de institucionalización, y las no muy tersas relaciones del gobierno municipal ¡con su partido! Sin embargo, el desarrollo teórico es apenas incipiente y este trabajo destaca más que nada por la calidad de su estilo y su valor testimonial.

El repaso de trabajos más bien descriptivos de una etapa temprana del PRD permite detectar la emergencia de exigencias de institucionalización recíprocas a los señalamientos sobre el amplio margen de acción alcanzado por el líder carismático. Paralelamente a esto aparece la cuestión de la polarización de las posiciones internas y las dificultades que ella entrañaba para la relación con el entorno, tanto en el plano de las instituciones políticas como en el de la sociedad. Otros elementos generales son la posición adversa del PRD ante la reforma del Estado, o bien su actitud reacia ante el gobierno y las reformas neoliberales, y su papel en la redefinición del sistema de partidos, pero parece haber buenas razones para pensar que el desempeño del PRD en estos asuntos resulta en gran medida determinado en por la polarización interna. A pesar de que estos temas ya configuraban problemas de análisis específicos respecto a este partido, aún no se percibe en el tratamiento desde esta perspectiva una propuesta analítica que vaya más allá de descripciones –e incluso prescripciones– un tanto elementales.

2. La perspectiva electoral: el debate interno de los votos

Al analizar los resultados electorales de 1991, Rosa Albina Garavito (1991) argumenta que el crecimiento de cinco millones de votos en la participación electoral entre la elección presidencial de 1988 y la de diputados y senadores de 1991, resulta inconsistente. Sostiene que la regionalización del voto priista muestra crecimientos anómalos, que las variaciones en la participación de varios estados no exhiben un patrón convincente, y que se indujo la abstención mediante el rasuramiento del padrón electoral.

"Sin tomar en cuenta las irregularidades e ilegalidades con las cuales se llevó a cabo el proceso pre-electoral (...) el simple análisis de la distribución de los nuevos votos por el PRI es suficiente para sostener que éste no tuvo un comportamiento racional bajo cualquier hipótesis que se le considere, lo cual sustenta que una vez más el partido oficial y el gobierno ajustaron a la maquinaria del fraude para los resultados electorales " (Garavito, 1991: 16)

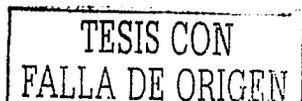
Aunque reconoce errores del nuevo partido como factores del descenso del caudal electoral respecto al obtenido por el FDN en 1988, insiste en que el principal problema fue la inexistencia de garantías de respeto al voto. En esta exigencia hace radicar la *intransigencia democrática* del PRD.

Por su parte, Julio Moguel (1991) indica el error de equiparar los resultados del 6 de julio del 88, obtenidos por el Frente, con los de agosto de 91, en la primera participación nacional del PRD, y expone cómo de cualquier manera el partido vio crecer su votación entre ese periodo de manera significativa.

"Visto en su conjunto, los votos obtenidos por el PRD en 21 entidades federativas que tuvieron elecciones locales entre 1988 y 1991 suman un total de 900,744, mientras que en las elecciones federales de agosto la votación de esos mismos estados fue de 1,240,304 votos, lo que representa un crecimiento del 37% " (Moguel, 1991 21)

Sin embargo, con todo y que reconoce avances en la votación, Moguel también denuncia prácticas fraudulentas.

"Incluso, en 22 de 300 distritos el PRD superó las votaciones que el FDN conquistó en 1988 Si no ganó una sola diputación de mayoría no se debió pues a la 'caída catastrófica' de sus votaciones, sino a un fraude descomunal que en entidades



como Michoacán infló los votos del partido gobernante hasta en un 400%." (Moguel, 1991: 22).

Aún así, los problemas de organización partidista y de las relaciones con organizaciones campesinas y populares son vistos precisamente desde la óptica de la capacidad de capitalizar electoralmente. En el núcleo del análisis de Moguel se mantiene la preocupación de que esto signifique lograr eficiencia organizativa y una relación respetuosa con grupos sociales organizados. De tal manera, Moguel se preocupa más por la relación con la sociedad y por las cuestiones organizativas, que por el discurso de denuncia tan caro a Garavito.

Miguel Angel Romero (1992) aborda el afianzamiento del PRD como tercera fuerza electoral hacia 1991, sosteniendo que, más allá de visiones pesimistas, esta organización queda incorporada al nuevo sistema de partidos en proceso de gestación, y más aún, adquiere así un peso real en la discusión de temas y tópicos de interés nacional. Romero reseña además el balance interno del PRD sobre los resultados electorales del 18 de agosto de 1991, en el XIV pleno del Consejo Nacional. El proyecto inicial del balance atribuía el repunte priista al clientelismo, la manipulación, el fraude y la ilegalidad; pero sostenía que aún así el gobierno no logró eliminar al PRD, incrementándose incluso la votación del partido en elecciones locales. Esta visión fue desaprobada y el informe final fue más autocrítico, reconociendo nuevas circunstancias, como el mejoramiento de expectativas en ciertos sectores de la población, así como errores en los órganos de dirección del partido, en la selección de candidatos y en la relación con movimientos y organizaciones. Ante todo, se reconoce que no hubo un proyecto nacional que articulara el discurso de los candidatos. Romero sostiene que el diagnóstico y las medidas adoptadas implicaban una derrota de los "apocalípticos" y abrieron la posibilidad del acercamiento con el gobierno, que pronto se vio concretada en distintos frentes.

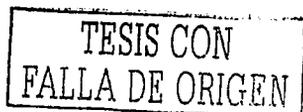
"En conjunto, las acciones mencionadas significaban un viraje importante en la concepción y práctica política del PRD, en la cual la parte más relevante era la derrota de la corriente que sostenía una visión apocalíptica del gobierno de Salinas. (...) Eran escasos quienes aún sostenían la tesis de ingobernabilidad que

permeó la actuación del PRD durante este tiempo" (en los primeros tres años del gobierno de Salinas). (Romero: 1992: 87)

Sin embargo, hacia febrero de 1992 ese acercamiento se vio minado por la postura asumida por Cárdenas en el discurso pronunciado durante la conmemoración de la Constitución de 1917, respecto a las reformas al artículo 27 y al desempeño de la economía, entre otros temas afines. En el contexto de distensión, ese discurso pareció motivado, explica Romero, por la presunta amenaza de que el gobierno cediera en cuestiones estratégicas en las negociaciones del TLC, por la ampliación de la cobertura a los dialoguistas en los medios, y por la aprobación de la Ley Reglamentaria del 27 constitucional, que afectaba severamente a sectores afines al PRD. Pero además, detrás de esa posición se encuentra la recuperación ideológica de la corriente que ha hegemonizado al PRD desde su fundación (Romero, 1992: 89). De lo que se trataba entonces era de contraponer a las posiciones conciliadoras un discurso de que estaban dadas las condiciones para ganar las elecciones de 1994, sin importar como se habían dado dichas condiciones

Las interpretaciones más consistentes sobre los resultados electorales del PRD no se refieren exclusivamente a este partido, y es necesario considerarlas para reconocer otros elementos que entran en juego a la hora de analizar el voto, las altas y las bajas que experimenta cada partido en un sistema crecientemente competitivo. El sentido de las preferencias electorales por este partido tiene que interpretarse en el contexto de lo que está en juego en las elecciones en que participa, de las situaciones socioeconómicas de sus electores, de las condiciones de descontento (que propenden al voto de castigo) o de conformidad (que alientan el voto por la continuidad), o de su capacidad para generar expectativas de mejoramiento entre los electores, entre otros posibles factores.

De acuerdo a lo expuesto hasta aquí, la interpretación de los resultados electorales, y más aún, las proyecciones sobre los resultados en las contiendas por venir, se estaban convirtiendo ya en terreno de disputa ideológica al interior del PRD. Parece plausible sostener que en él la discusión sobre sus resultados



electorales depende en mucho de las pretensiones de enfrentamiento o de negociación con al aparato de gobierno. Sin embargo, no puede concluirse, a partir de este sucinto repaso de algunos de los materiales en los que se ha escrito sobre su desempeño en las elecciones, que la perspectiva al respecto depende estrictamente de la interpretación que defiendan los dialoguistas o los confrontacionistas.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

3. La perspectiva ideológica: entre densos mitos y difusas realidades

En un trabajo ya clásico, Gilly (1990) propone no un análisis de la ideología del PRD, sino que la define, la impulsa, la defiende, habla desde adentro. Para él, el proyecto cardenista en que cuajó la Revolución Mexicana tiene su continuidad en el PRD. De lo que se trata, como objetivo de esa suerte de impronta, no es de reemplazar al gobierno, sino de cambiar a la sociedad para que se organice a sí misma, a lo que debe contribuir el PRD, cuyo surgimiento pareciera entonces una suerte de necesidad histórica. Por sus raíces y sus vínculos con la "inmensa mayoría excluida del pueblo mexicano", el PRD

"es un partido histórico, no porque tenga registro legal o carezca de él, o porque su programa esté mejor o peor redactado, o porque sus dirigentes sean más o menos hábiles. Lo es porque ese vasto sector de la sociedad lo preparó y decidió su fundación cuando le fue necesario " (Gilly, 1990).

Para Gilly, convergen en este partido "al menos cuatro corrientes de ideas", dos del PRI y del Estado (cardenismo y nacionalismo estatal) y dos de la izquierda opositora (socialismo independiente y comunismo mexicano). Por esa convergencia el PRD es un partido *plural*

"El movimiento político de masas que emergió en 1988 hizo posible la convergencia en un solo partido de estas corrientes de largas trayectorias anteriores. Sería absurdo pedir a nadie en el PRD que reniegue de su propio pasado o que cambie de identidad política. Por eso el nuestro es, en este preciso sentido, un partido plural. En los tiempos de cambio que vivimos, esa pluralidad lo enriquece porque puede abrirlo todavía más al debate y a la influencia en su seno de una sociedad que se transforma y se organiza " (Gilly, 1990)

El radicalismo como divisa del PRD resulta palmario en la argumentación de Gilly sobre la *ruptura* del régimen.

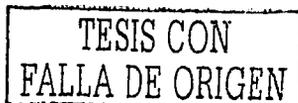
"La idea de reforma supone que el régimen, minoritario en el voto popular, puede asumir su propia superación y estar dispuesto a entregar el gobierno en un proceso de transición gradual. Por el contrario, la idea de ruptura supone que el régimen, sumido en sus ataduras corporativas y clientelares y en los compromisos de la corrupción, el uso patrimonial del presupuesto y la garantía de impunidad futura para sus funcionarios, es orgánicamente incapaz de cambiar por un acuerdo o un pacto político y deberá ser acorralado y removido por las movilizaciones democráticas, como sucedió en 1989 con los partidos de Estado de varios países de Europa." (Gilly, 1990)



La propuesta ideológica de Gilly es así una apuesta por la "movilización democrática", dirigida a realizar los anhelos de justicia y libertad del pueblo mexicano.

Este radicalismo aparece completamente diluido en el análisis que Ferrera y Prieto (1990) hacen de los documentos básicos del PRD aprobados en mayo de 1989. Dicho análisis incurre en una visión apologética, sin una revisión crítica sobre su coherencia interna o su pertinencia política, alternando extensas citas con comentarios entre simplistas y entusiastas. De ese análisis se desprende una visión del PRD como partido dirigido al cumplimiento de la Constitución y comprometido con la lucha legal y electoral, aunque apoyada en los movimientos sociales independientes. La flagrante tensión entre institucionalidad y movilización social, entre reformas constitucionales y legales y cambios políticos radicales que eso representa resulta, para los autores de este trabajo, aporoblemática. Este estudio concluye, sin mayor referente que los documentos internos, que el PRD es un partido pluriclasista, de ciudadanos, y enumera tres componentes principales del discurso ideológico perredista: la democracia, el nacionalismo y las aspiraciones populares de la Revolución Mexicana. Aunque los autores admiten que la ideología del PRD permanece difusa, precisamente por la diversidad de orígenes de quienes en él han convergido, no proponen ninguna perspectiva de análisis rigurosa que explique las características de los postulados ideológicos de este partido

Con más ánimo polémico, Jorge Alcocer (1990) emprendió una crítica puntual de lo que llamó la ideologización de los principios del partido, según la cual el "principio fundacional" de las elecciones de 1988, al que se agregan la herencia del cardenismo y de la Revolución Mexicana, alientan un fundamentalismo que erige a hechos históricos como una mitología del partido. En contraposición, propone principios en los planos "histórico social y ético", agrupadas en las dimensiones de lo democrático, lo popular y lo nacional. En términos llanos, plantea lo democrático en tanto construcción institucional para la democracia representativa, la abolición del corporativismo, la efectiva división de poderes y el federalismo. Lo popular se ve enfocado hacia la igualdad, y lo nacional en tanto se



reivindique la soberanía ante la multipolaridad, a la vez que se actúe regionalmente en América Latina.

Al contrastar las posiciones de Gilly y de Alcocer, lo que se observa es una visión mítica del papel y los propósitos del partido, confrontada con una visión secular. Por ejemplo, ante la perspectiva fundacional y fatalista de Gilly, Alcocer sostiene:

"El PRD tendría que renunciar a la pretensión totalizadora, a la mítica representación de 'todo el pueblo' para aspirar a la simple mayoría ciudadana." (Alcocer, 1990).

Aunque ambas visiones comparten pretensiones nacionalistas, democratizadoras e igualitarias, también hay diferencias bien marcadas. Mientras la visión secular promovida por Alcocer antepone el acotamiento del liderazgo, la pluralidad y la normatividad en las relaciones internas, así como la aproximación a la ciudadanía y la defensa de la legalidad, la visión de Gilly privilegia precisamente los mitos fundacionales, la necesidad histórica, y el rechazo tajante a aquello que se le opone. La discusión con Gilly la hace explícita Alcocer, aunque sólo respecto la cuestión de ruptura o reforma:

"La disyuntiva del PRD no está, como lo cree Gilly, entre reforma o ruptura (antes se decía revolución) sino entre ser una fuerza inscrita en el compromiso de respetar, para transformar, el marco constitucional, o seguir presentándose como fuerza antisistémica, en el preciso sentido que el propio Sartori le dio en su texto clásico: como partido fundado en el permanente cuestionamiento de la legitimidad del sistema e su conjunto, o del régimen al que se opone " (Alcocer, 1990)

Esto nos muestra cómo la ideología en el PRD ha sido terreno de disputa, pero más que nada nos da la pauta para caracterizar los contenidos del conflicto interno del partido en términos de las dos tendencias a las que he hecho referencia en este trabajo: moderados y radicales.

Sobre la subjetividad política del PRD

En un análisis de la subjetividad política del PRI, el PAN y el PRD, Teresa Inchaustegui y Laura Carrera (1992) revisan el contenido del discurso de estos tres partidos políticos mexicanos, con el objeto de mostrar las condiciones de



producción de identidades y de subjetividad en ellos, sus regularidades, su estructura, los conceptos mas recurrentes, y a partir de estos elementos definir la identidad que constituyen. Las autoras asimilan identidad con subjetividad al referirse a lo que el discurso de los partidos expresa, y afirman que el reto principal para ellos consiste en democratizar las instituciones e institucionalizar la democracia; en un contexto de persistencia de viejos marcos de interpretación en el sistema político mexicano respecto a situaciones inéditas, como la emergencia de nuevas fuerzas políticas, la mayor apertura de los medios de comunicación, o el disenso incluso al interior del propio PRI, entre otras.

Respecto a la situación de la elaboración de la identidad del PRD, sostienen que el principal reto para este partido es definir, articulando a la diversidad de grupos, culturas y tradiciones que congrega, una identidad colectiva propia, tanto en lo ideológico como en lo programático, que le permita construir realmente una opción para el electorado. En este sentido, indican una serie de cuestiones irresueltas en el PRD:

- Remontar el mito fundacional que lo ha paralizado en lo estratégico.
- Institucionalizar el carisma.
- La generación de equilibrios entre las posiciones internas, superando la idea de unidad monolítica del viejo priismo.
- Dotarse de una estructura orgánica que coordine la política entre el centro y las regiones

Para las autoras, estas cuestiones plantean las condiciones necesaria para que el PRD sea competitivo y adquiera capacidad de interlocución, más que de veto, frente al gobierno. Como dificultades internas en el PRD señalan las luchas por el poder y por cargos, que se sobreponen a la construcción de una opción política que sea contrapeso en el sistema de partidos, ante una transición democrática. Refieren también la propensión a ser una oposición antigubernista intransigente, con lo que se coloca en peligro de incurrir en un pragmatismo político extremo, tendiente a establecer alianzas con otras fuerzas políticas sólo por derrotar al

partido gobernante, o a la absorción de grupos locales y regionales desagregados del priísmo a raíz de pugnas entre cacicazgos.

Al analizar el discurso y la identidad del PRD definen dos etapas discursivas:

I. Concentración de sentidos y direcciones políticas; etapa que conlleva tres momentos clave:

- 1) La Corriente Democrática abandonó las filas del PRI y convocó a formar un frente nacional en defensa de la democracia que presente un candidato a la presidencia de la república. Ejes discursivos: Revolución Mexicana, con insistencia en el periodo cardenista. Valores de soberanía, independencia y justicia.
- 2) De las elecciones del 6 de julio de 1988 al momento en que el líder convoca a esfuerzos para defender el voto y reorganizar con ese propósito a las fuerzas políticas. Ejes discursivos: Pueblo, elecciones fraudulentas
- 3) Llamado a formar un nuevo partido, el 22 de diciembre de 1988.

II. Constitución del perfil del partido y su identidad. El discurso en esta etapa mostró una convivencia del pasado y el presente, con una idea del futuro vaga. Si aparece, es un futuro casi inmediato, y se insiste más en las raíces históricas: concluir tareas incompletas de la Revolución, así como en las necesidades de modernización: laboral, industrial, agraria, del Estado.

Las autoras sostienen que el nacionalismo revolucionario y la ilegitimidad del gobierno de Salinas de Gortari resultaron ejes discursivos limitados sin congruencia con el rico recuento de cambios en su diagnóstico de la situación histórica mundial. No había congruencia entre un diagnóstico político amplio y serio, y una política reduccionista que era medio y fin: la lucha por la democracia. En esta etapa, se desarrolló un diagnóstico sobre la crisis demasiado fatalista:

"Aquí se cierra y agota el círculo semántico de la política en el discurso perredista: en la identidad pueblo-PRD, gobierno-intereses externos, que se despliega en el diagnóstico de la sociedad compleja y se cierra en el derrumbismo" (Inchaustegui y Carrera, 1992: 363)

Estas autoras dilucidan así los núcleos ideológicos del perredismo en su etapa fundacional, mismos que van definiendo estrategias y pautas de acción al interior del partido. Sin embargo, cabe anotar que no refieren el conflicto de tendencias internas que aquí se ha señalado, destacando en todo caso el predominio del ala intransigente. Más aún, a pesar de reconocer la diversidad del partido, presuponen que debe arribar a una identidad programática e ideológica específica. La cuestión de si este tipo de identidad es posible resulta así un problema que se mantiene presente entre las cuestiones relativas al proceso de consolidación del PRD, como veremos en la segunda parte de este ensayo, al detallar la propuesta de análisis.

El PRD y la izquierda

Al comentar el ingreso del PRD a la Internacional Socialista (IS), Ricardo Becerra (1996a) sostiene que a raíz del mismo este partido podría salir del provincianismo ideológico, al incorporarse al debate y la deliberación sistemática de una corriente mundial de la izquierda. De suyo, la incorporación a la IS implica el autorreconocimiento del PRD como partido de izquierda, lo que aún no admitía abiertamente, y más aún, lo enlaza a un debate de alcance mundial en la búsqueda de una identidad perfilada al futuro:

"en otras palabras, se abre una puerta para que en el PRD se construya un programa y un discurso que no se fundamenten en el pasado, en los ropajes de sus fantasmas y talismanes, por venerables que sean, sino que atienda a los desafíos de hoy con las restricciones de hoy." (Becerra, 1996a)

Más adelante, tras aprobarse en el Cuarto Congreso Nacional perredista la definición del PRD como un partido de izquierda en la mesa de principios y doctrina, de inmediato se polemizó sobre el significado y la pertinencia de la decisión. Para Adolfo Sánchez Rebolledo, al asumirse como partido de izquierda, el PRD dejó pendiente el debate sobre el sentido y el significado de esa adscripción. En tanto heredero del nacionalismo reformador de la Revolución Mexicana y de la izquierda socialista de perspectiva democrática:

"el Partido de la Revolución Democrática es la suma pero no la síntesis de ambas posturas, mucho menos la superación crítica de sus posiciones y propuestas. Parece increíble, pero el PRD jamás realizó un ajuste de cuentas ideológico con la

(su) historia. Asimiló dicha herencia, adaptándola unas veces, diluyéndola otras en el democratismo radical que lo ha caracterizado desde su fundación, pero no consideró necesario realizar un corte con el pasado. Ese es el tema de fondo que el Congreso ha eludido discutir para comenzar a definir qué quiere decir cuando se dice de izquierda." (Sánchez Rebolledo, 1998)

Para este autor, la crítica a la modernización económica y el democratismo dejaron de lado la cuestión de la emancipación social como eje de un nuevo proyecto nacional de desarrollo. Ciertamente, la cuestión del "ajuste de cuentas ideológico" representa una omisión que la izquierda mexicana no parece querer subsanar, y sobre la que se abundará en la segunda parte de este ensayo al discutir los contenidos de la democratización, la trayectoria de la izquierda en México y el significado del conflicto interno.

En un trabajo previo al Cuarto Congreso, Héctor Aguilar Camín (1998) le reprocha al PRD no haber hecho un deslinde respecto a la violencia y al EZLN, además de no contar con un programa económico propositivo, sino apenas con simples críticas al programa en marcha. Señala que las propuestas económicas del PRD no ponen atención a los casos de gestiones exitosas de la izquierda en Chile, Inglaterra, Francia, o en España antes del triunfo del Partido Popular.

Entre las virtudes del PRD destaca que ha hecho confluir en su seno a la antigua izquierda, con toda su complejidad, y al antiguo PRI, el del nacionalismo revolucionario, que encontraron en el neoliberalismo a su adversario común. A raíz de esa confluencia, el PRD desgajó al partido hegemónico y de ese modo posibilitó un sistema de partidos democrático y competitivo. Sin embargo, corre el riesgo de reciclar a los tráfugas del PRI y no desarrollar por ello sus propios cuadros. Más allá de las confluencias que le dieron origen al partido, Aguilar Camín plantea:

"si no valdría la pena intentar una potente revisión de estas inercias y reciclarlas en un horizonte de modernización para poner al día las ideas que pueden regir la construcción de la nueva perspectiva progresista, socialista o de izquierda con que México acaso podrá gobernarse en el siglo XXI " (Aguilar Camín, 1998: 10)

Cuadro 1
Componentes principales de la disputa interna
radicales-moderados, 1989-1994

	Radicales Concepción Mítica	Moderados Concepción Secular
Doctrina	Recuperación de la Revolución Mexicana, del cardenismo, y de la organización social, como momentos clave de la historia de las luchas populares	Pretensiones liberales de ciudadanía, libertad y respeto a los derechos, con vaga reminiscencia del liberalismo social del siglo XIX. (Sus referentes históricos abstractos la colocan en desventaja ante una narrativa con pretensiones épicas).
Programa	Comparten temas relativos a la soberanía, la recuperación del salario, y el rechazo a la concentración de la riqueza. Respeto al voto, y a las libertades políticas Enfasis en la responsabilidad social y económica del Estado en el alivio de las desigualdades. Estado como promotor de la economía	Enfasis en la modernización económica, alentando la eficiencia y la productividad, incorporación crítica a la globalización y a la constitución de bloques regionales.
Objetivo	Realizar la voluntad del pueblo, entendido como <i>totalidad</i> de la nación, en una "insurrección ciudadana"	Buscar congregar la mayoría ciudadana, como <i>parte</i> de la nación.
Estrategia	Ruptura definitiva con el régimen anterior, para implantar uno diferente	Reforma gradual para la construcción de las instituciones democráticas y la competencia equitativa.
Táctica	Elecciones como medio legítimo para acceder al poder. Movimientos sociales y movilización Denuncia de fraudes electorales	Construcción del partido y conquista de victorias electorales
Diagnóstico post 88	Recuperación del PRI y retroceso del PRD por la combinación del fraude y la ilegalidad con prácticas clientelares de legitimación, por medio del Pronasol Progresá y Procampo Triunfos priistas y derrotas opositoras por la persistencia de un régimen inequitativo, antidemocrático, opuesto por definición a los intereses nacionales y populares Triunfos locales insuficientes ante la necesidad de derrotar al PRI en la competencia por la presidencia	Recuperación del PRI por logros, así fueran modestos, en políticas social y económica, ante una ciudadanía expectante que no compromete su voto para siempre. Avances electorales menores a los esperados por errores organizativos internos y falta de programa claro. Necesidad de profundizar reformas políticas y de consolidar la actuación en gobiernos locales y estatales.

Fuente: Elaboración propia a partir de los autores revisados

A partir de los elementos vertidos respecto a la perspectiva ideológica, considero pertinente desarrollar gráficamente las principales diferencias entre una concepción mítica, propensa a pensar el partido en términos fatalistas y cuasi fundamentalistas, sustentando la tendencia radical de la que se ha hablado, y una concepción secular, orientada a problemas concretos de la participación político electoral, la organización del partido y la definición programática, que representaría la contraparte moderada (Cuadro 1).

Una recapitulación preliminar sobre moderados y radicales

La confrontación entre moderados y radicales ha persistido a lo largo de toda la vida del PRD. Esta confrontación, aunque constante, no necesariamente apela siempre a los mismos diagnósticos, y muy probablemente sus diferencias se tornan ambivalentes en ciertas coyunturas, o podrían resultar incluso más imbricadas, respecto a sus interpretaciones de la doctrina y el programa del partido. Los discursos empleados por cada una de ellas tampoco son excluyentes, sino que se distinguen por el énfasis que hacen en elementos como los señalados en el cuadro. Para emprender el análisis de esas dos alas/fracciones en los términos del esquema propuesto por Sartori (1980: 102-111), una cuestión que habría que discutir con detenimiento es la relativa a la *permanencia-estabilidad* de las fracciones, en la dimensión de su duración en el tiempo.

"Una fracción puede simplemente cambiar de nombre o volver a combinar (mediante fusiones y escisiones) a diversos grupos y mantener al mismo tiempo el mismo nombre. Por lo tanto, lo que importa es si existen una estabilidad y una continuidad de fondo, y esto es en gran parte cuestión de juicio impresionista, aunque informado " (Sartori, 1980: 110)

Las fracciones referidas han permanecido a lo largo de toda la breve aunque intensa historia del PRD, pero su constitución y su tamaño han sido variables, según diversas coyunturas. Si bien los núcleos de liderazgo de cada una de esas fracciones pueden ser más o menos constantes, su composición parece ser muy variable. Es decir, aunque mantengan una *permanencia* visible, no necesariamente mantienen *estabilidad*. En la reseña sobre el Tercer Congreso

Nacional, abordada aquí en el apartado sobre la perspectiva histórica, Ricardo Becerra (1995) ya hacía notar lo volátil que resultaba el ala dialoguista, sin mayor cohesión que la de una coyuntura propicia. Así, el Congreso fue:

“un duro experimento de aprendizaje colectivo al que le quedan muchas cosas por definir, *especialmente, la propia alianza dialoguista*. Muchos de sus integrantes eran ayer partidarios de la intransigencia, y sin más discusión, reelaboración y compromisos públicos, es difícil contentarse con las garantías que da la coyuntura” (el subrayado es mío).

La confrontación ideológica entre moderados y radicales arroja apuestas estratégicas contrapuestas, pero que mantienen su coexistencia en el partido. Esta cuestión será abordada con detenimiento al analizar el postulado estratégico, como factor de la cohesión en el PRD (II.3), y las raíces y condicionantes del conflicto interno (II.4). Por el momento, se abordan los análisis del PRD desde la perspectiva organizativa, reconociendo un problema a la vez político y analítico muy concreto: la tensión entre liderazgo carismático e institucionalización, asunto persistente en los análisis sobre los motivos de las formas de actuación del partido y de sus alcances como organización.

4. Perspectiva organizativa: de la persistencia del liderazgo carismático al debate de la institucionalización

En el trabajo de Gilly (1990) referido más atrás, el papel de los militantes en la estructura del partido se considera una cuestión clave.

"El perfil de un partido se define también por sus estructuras internas. Las del PRD están todavía en formación. No hay en el país tradición de partidos de masas con un cuerpo de afiliados activos y participantes "

(...) "...el problema mayor de la estructura del PRD no está en los organismos de dirección, sino en los comités de base, cuya existencia y vida política son mucho más tenues y esporádicas."

(...) "Necesitamos un partido donde en cada población o en cada barrio exista un local, una Casa del Pueblo, como se llamaba *en los viejos partidos socialdemócratas de principios del siglo*, donde la gente, afiliada o no al partido, pueda reunirse, discutir sus problemas, tener una vida política y cultural, vivir entre sí una parte de su tiempo libre " (Subrayados míos)

No es de sorprenderse que este problema persista hasta la fecha. Pedirle al PRD una militancia activa, participativa, crítica, conciente, vinculada estrechamente a la comunidad y movilizadora, como tradicionalmente se esperaba fuera una militancia de izquierda, es pedir las peras del olmo. Más modesto sería indagar las razones por las que no se implantan medidas efectivas para lograr tan nobles fines, entre las cuales muy probablemente está la transformación de las funciones de los partidos en las democracias contemporáneas, y más específicamente, las circunstancias concretas del proceso de democratización en México, como veremos en la segunda parte al analizar el contexto en el que este partido aparece (II.1) y el tipo de relación que ha establecido el PRD con la sociedad, su postulado estratégico (II.3), sus pretensiones de imperialismo hacia los movimientos sociales (II.4) y las relaciones clientelares con su militancia (II.5).

Sobre el liderazgo de Cárdenas, Arnaldo Córdova (1989) apuntaba:

"La personalidad carismática de Cárdenas, algo que a estas alturas muy pocos le pueden negar, será un poderoso factor en el proceso de edificación del nuevo partido, pero a condición de que sea un jefe justo, es decir, tolerante, que sepa escuchar a todos, y equitativo, que sepa valorar acertadamente y poner al servicio de la causa común todos los elementos que tengan algo que ofrecer a la misma."

Las prevenciones sobre un liderazgo carismático que se inclinara peligrosamente al culto a la personalidad y al cortesanismo, aparecieron desde muy temprano en

la historia del PRD. Por ejemplo, Gustavo Hiraes (1990) anotaba la tendencia a que:

"alrededor del líder se configure un cuerpo más o menos cerrado y excluyente de ideólogos, voceros autorizados, interpretadores, generales, comandantes y soldados rasos; es decir, un grupo que, más allá de las instancias formales del partido, se asume como estado mayor y heraldo del cuauhemismo."

Este peligro no parece del todo conjurado hasta la fecha; pero desde antes del Primer Congreso Nacional el alegato de Hiraes, como muchos otros desde entonces, apuntaba a la urgencia de supeditar el liderazgo carismático a la construcción de la organización. Hiraes asocia el culto a la personalidad con la intolerancia, el sectarismo y la intransigencia opositora, obcecada en la toma del poder por la ruptura revolucionaria a raíz del creciente descontento popular. A esta visión opone la exigencia de "elecciones limpias y, más allá, un sistema competitivo de partidos, que sea a su vez pilar de un Estado democráticamente reformado, de una nueva institucionalidad republicana y democrática." Sin embargo, admite que en el PRD coexisten variadas culturas políticas.

Jaime Tamayo (1994) realiza un análisis del surgimiento y desarrollo del PRD que en buen medida resulta un precedente del tipo de indagación que me propongo fundamentar en este trabajo. Tamayo aborda el proceso de gestación del PRD a partir del surgimiento del movimiento neocardenista, en el contexto de la Reforma del Estado iniciada desde 1982. Sostiene que el neocardenismo expresa por un lado una reacción ante los rasgos autoritarios y los excesos del poder público ejercido como "cuasi-absolutismo" —en tanto colocado por encima de la ley—; y que por otra parte es también expresión contra la crisis de sustentación de los compromisos corporativistas. En un contexto de disolución de conquistas sociales, emergen además movimientos sociales cuyas experiencias de participación electoral, salvo ciertas excepciones, no habían respondido a las expectativas que se generaron. Con su interpretación, Tamayo inscribe el desarrollo del PRD en la discusión del agotamiento del Estado autoritario de la posrevolución. Las banderas democratizadoras y nacionalistas de la Corriente Democrática se rearticulaban en torno al neocardenismo en el Frente Democrático Nacional, construyendo una

alianza de centro izquierda a la que se sumaron organizaciones sociales y ciudadanos no organizados. El enemigo común de esta densa amalgama era la administración neoliberal, y sus objetivos fueron impedir el desmantelamiento de conquistas sociales, del papel del Estado para equilibrar los factores de la producción, así como la desnacionalización y la pérdida de soberanía por las privatizaciones y la apertura al capital transnacional. Esto significó transitar de las demandas sectoriales aisladas de los movimientos, a demandas políticas en torno a cuestiones como la legalidad, la democratización o la soberanía. Sin embargo, la tradición histórica de revueltas, revoluciones y movimientos de masas conllevó también la erección de un caudillo, que cohesiona y garantiza la continuidad del movimiento. De este modo:

“el amplio espectro político que se integró al nuevo partido y la articulación de los intereses entre unos y otros grupos ha dado por resultado la conformación de diversos grupos de interés y corrientes políticas en el PRD cuyo vértice casi siempre busca expresarse en Cuauhtémoc Cárdenas, confirmando el caudillismo () y la existencia de proyectos políticos que van desde la el liberalismo social a la izquierda radical pasando por la socialdemocracia.” (Tamayo, 1994: 147)

Para efectos del análisis que propongo esto resulta crucial, pues se plantea así la cuestión del elemento que cohesiona a tantos y tan heterogéneos grupos. Tamayo sostiene que el elemento unificador de un denso bloque opositor en circunstancias de crisis no fue la ideología ni el proyecto, sino la emergencia del líder carismático. Si bien la posterior convocatoria a la formación del partido prosperó, se mantuvo como fuerza mayoritaria en su dirección la línea de izquierda radical, marginando a las posiciones reformistas y partidarias del diálogo. Más tarde, éstas recuperaron espacio, llegando incluso el concertador Muñoz Ledo a la presidencia del partido. Aún así:

“El enfrentamiento entre el proyecto de partido más *institucional* y con mayor manejo político que propone el sector identificado con Porfirio Muñoz Ledo, y el intento de mantener al PRD como un aparato para la confrontación política y la visión de que éste no debe ser otra cosa que un *partido-frente* en el cual todos los grupos, corrientes y sectas conserven su identidad (), han colocado al PRD en una situación de lucha interna permanente”. (Tamayo, 1994: 148. Subrayados míos)

A todo esto, Tamayo concluye que ante la alternativa entre un partido de ciudadanos y uno corporativo, *emergió un partido de facciones con una estructura informal basada en el caudillismo*. Este autor pronosticaba que, cual fuere el resultado de las elecciones de 1994, la única solución para la disyuntiva anotada sería el retiro de Cárdenas (cosa que nunca ha ocurrido).

Hacia la coyuntura de la renovación de la dirigencia nacional de 1996, Gilberto Rincón Gallardo (1996) señala tres momentos en lo que califica de difícil e incluso errático proceso de conformar la estructura e integrar instancias de dirección y de representación en órganos del Estado

1. De su constitución al Segundo Congreso. Etapa en la que, ante la debilidad del entramado institucional, la presión, la negociación, frecuentemente la confrontación abierta y el arbitraje, fueron los mecanismos decisivos para construir las instancias partidarias.
2. El Segundo Congreso, en el que se dieron:

"pasos importantes para institucionalizar los procesos internos, sin embargo los alcances reales de la construcción partidaria chocaron con la normatividad y la capacidad organizativa para resolver los conflictos. Los nudos y cuellos de botella que se generaron dificultaron el procesamiento adecuado de la integración de direcciones y candidaturas. El partido vivía así más intensamente hacia adentro que hacia afuera" (Rincón Gallardo, 1996)

A raíz de esto, Rincón Gallardo propone la tesis de que a partir del Segundo Congreso se conforman abiertamente grupos de presión, más que "corrientes responsables de elaborar propuestas políticas y programáticas."

3. El Tercer Congreso. Ante otra revisión de los procesos internos de selección de candidatos y dirigentes. Rincón Gallardo discute la aparatosa estructura electoral interna, aunque admite que las nuevas reglas tienden a resolver institucionalmente las discrepancias respecto a procesos internos que obstaculizan la construcción del partido.

"¿Son necesarios estos complejos procedimientos y esta pesada estructura para garantizar democracia, sobre todo cuando se trata de un partido que está construyendo su entramado organizativo, como es el caso del PRD?" (Rincón Gallardo, 1996)



Rincón Gallardo aspiraba a que el perfeccionamiento de la competencia interna pudiera llevar a la participación de "opciones articuladas, más diferenciadas y congruentes", para trascender los grupos de presión y arribar a verdaderas corrientes. Aunque no establece con claridad cuál es la diferencia entre ambos, puede entenderse que asimila los grupos de presión a fracciones por interés, mientras que a las corrientes las concibe como promotoras de ideas y propuestas organizativas. Es interesante que en este análisis pone en duda la existencia de corrientes, considerando a las fuerzas en la pugna interna como grupos de presión.

Marco Levario (1999), al comparar las anomalías en las elecciones de dirigente nacional de 1996 y 1999, señala que en aquel año López Obrador reconoció la fragilidad organizativa del partido, y se propuso su fortalecimiento como una prioridad de su liderazgo. En 1999 se argumentó otra vez que la crisis obedeció a la falta de organización interna. De tal modo, Levario concluye que lo prioritario no fue ni la cuestión organizativa ni la solidez ideológica, sino ganar elecciones. De la comparación referida, este autor señala que el PRD debió extraer dos lecciones:

- Lección organizativa: Considerar el exceso de estructuras y recursos que implican procesos abiertos a toda la militancia.
- Lección ideológica: La identidad del partido se desdibuja con los triunfos electorales de priistas inconformes a los que se dio cabida como candidatos.

En el mismo tenor de algunos de los planteamientos de Rincón Gallardo y Levario, Barry Carr (1996) advierte que el PRD corre el peligro de orientar sus mayores esfuerzos a las elecciones.

"El peligro para la izquierda, si esto ocurre (dedicar la mayor parte de sus esfuerzos a la esfera electoral) es que su energía puede distraerse de la lucha socioeconómica y cultural hacia el campo electoral y parlamentario en que todavía existe escaso margen de maniobra." (Carr, 1996: 316)

Más allá de este problema, Carr indica que la prueba central de la izquierda independiente será lograr desafiar al PRI en diversos campos de la sociedad civil, especialmente entre las organizaciones obreras y campesinas oficialistas.

La membresía y la participación en el partido, las características de la dirección, los métodos para construirla, los fines y los medios para alcanzarlos son preocupaciones que subyacen en los trabajos desde la perspectiva organizativa revisados hasta aquí. Es importante destacar cómo se percibe una distinción entre fines ideológicos o de movilización, y fines de competencia electoral y participación en responsabilidades de gobierno. Esta distinción resulta de particular importancia, como se verá al abordar las transformaciones de las funciones de los partidos (II.1) y las modalidades de la propuesta de análisis que persigue esta investigación (II.2). Pero la discusión sobre la organización del PRD resulta hasta aquí mediada por cuestiones coyunturales inherentes a la etapa de formación del partido, aunque el trabajo de Jaime Tamayo (1994) resulta ilustrativo de una perspectiva más amplia, que procura tomar en cuenta el contexto histórico.

Los diversos usos de Panebianco

El abordaje conceptual riguroso sobre la organización del PRD no tuvo un referente teórico común hasta que comenzó a extenderse el uso de la propuesta teórica de Angelo Panebianco desarrollada en su obra *Modelos de partido* (1990). La creciente aplicación de la conceptualización de este teórico al análisis del PRD ha tenido resultados desiguales. En un breve trabajo con intenciones explícitas de teorización, Jean François Prud'homme (1996) define a la vida interna del partido como el diseño de estrategias de penetración en su entorno, en términos de relaciones con el electorado y con los demás partidos políticos. Como rasgos del modelo originario, señala la influencia de la relación con el PRI, el contexto de institucionalización de las pautas de la competencia, y la experiencia electoral inicial.

"A partir del momento en que el grupo disidente opera abiertamente fuera de su partido, su oposición al PRI se convierte en su razón de ser. Esta característica constitutiva tiene mucho peso en las elecciones estratégicas del futuro PRD en relación con su entorno polariza de entrada su relación con el PRI y favorece la adopción de estrategias antisistema en los procesos de negociación de las reglas del juego electoral." (Prud'homme, 1996: 5)

Para ilustrar el proceso de la lucha por la definición de un modelo y la elaboración de estrategias hacia el exterior, Prud'homme distingue tres etapas entre la fundación del partido y las elecciones de 1994. En la primera, de la fundación en mayo de 1989 al Primer Congreso Nacional en noviembre de 1990, predomina la figura del líder carismático, en torno al cual se articulan grupos que mantienen lealtades e identidades previas a la creación del partido. Las fuerzas que luchan por mayor institucionalización tienden a ser excluidas y los acuerdos entre grupos pasan por el arbitraje del líder.

Durante la segunda etapa, de noviembre del 90 hasta el Segundo Congreso, en julio de 1993, el funcionamiento del partido empieza a regularse por la adopción de normas de funcionamiento que reconocen los rasgos carismáticos de la organización, y que permiten la participación de las bases en la definición de equilibrios internos. En ese momento, las agrupaciones con capacidad de movilización tienden a adquirir más peso en la vida interna del partido.

La tercera etapa abarca hasta el final del proceso electoral de 1994. En ella los esfuerzos de regulación de los conflictos internos propician reglas de acomodo de los grupos, tendientes a una mayor institucionalización, se separa el ámbito de poder del candidato presidencial y la vida interna del partido, se limitan las atribuciones de su presidente y se crean condiciones para la operación de corrientes definidas según la dinámica propia de la organización. Prud'homme concluye que la búsqueda de equilibrios internos en la coalición dominante influye directamente en las estrategias de vinculación con el entorno, con un avance paulatino hacia la cooperación limitada.

"En la medida en que el carisma y otros elementos vinculados con la movilización social directa encontraron resistencia en los procesos de institucionalización del partido, las estrategias de confrontación con el sistema político cedieron el paso a estrategias de cooperación limitada." (Prud'homme, 1996: 5)

Prud'homme suscribe así una correlación directa entre institucionalización-moderación de la línea política del partido, o bien, un tránsito de la confrontación a la cooperación. Pero esta tendencia dista mucho de haber persistido ulteriormente.

El problema que aparece entonces es el de los alcances y límites de los procesos de institucionalización del partido.

Como veremos, la terminología de Panebianco irá cobrando presencia en trabajos posteriores al que aquí se comenta. Así, adquiere relevancia la discusión sobre el *modelo originario* del PRD, sobre la definición de su *sistema organizativo*, de la *coalición dominante*, y sobre los avatares de su *institucionalización*. La discusión de estos conceptos se desarrollará entonces a lo largo de lo que resta de este capítulo, precisándose en la presentación de la propuesta de análisis, en la segunda parte de este trabajo.

José Sánchez Fabián (1998) propone la aplicación de la propuesta del teórico italiano al caso concreto de la organización del PRD en el Distrito Federal. Sin embargo, la aplicación de la teoría resulta mecánica, al pretender encuadrar la estructura formal y los liderazgos informales directamente en el concepto de coalición dominante, limitándose a documentar los antecedentes de las corrientes que se afirma intervienen en ella, sin una discusión sobre la pertinencia conceptual ni una mediación metodológica adecuada.

Marco Aurelio Sánchez ha elaborado dos trabajos ambiciosos sobre el PRD (1999, 2001). Las principales virtudes de esos textos son una documentación extensa, rica en referencias concretas a fuentes periodísticas y testimonios, y un esfuerzo por aplicar planteamientos teóricos para la interpretación del desarrollo del PRD y de sus crisis internas. La tesis central que este autor propone sobre las deficiencias programáticas, identitarias, y de democracia interna de este partido, es que son consecuencia del caudillismo y del clientelismo faccioso. En este sentido, pareciera que existe coincidencia entre sus conclusiones y las que encontramos en Jaime Tamayo (1994) sobre las fracciones organizadas en torno al caudillo. No obstante, el presunto esfuerzo teórico queda trunco porque la conceptualización se limita a una aplicación *ad hoc* de citas y referencias de diversos análisis clásicos sobre partidos a hechos dispersos en la trayectoria del PRD, así como a la reiteración hasta el cansancio de la "nula" institucionalización del partido por esa persistencia del caudillismo y del clientelismo faccioso. Se recurre a la crónica cruda de las componendas cupulares de las facciones en

torno al caudillo para concluir que es necesaria la institucionalización y la apertura a la participación de la militancia, mediante la generación de cuadros capaces de sustituir a la anquilosada élite dominante en "fase terminal". Esto será la clave de la "reforma radical" del PRD. El cálculo perverso y utilitarista de los fieles al caudillo será derrotado con la ilustración dirigida a crear nuevos liderazgos. Todo se reduce así a la necesidad de derrotar esa voluntad del caudillo y sus aliados, mediante un recambio en la élite o coalición dominante, por medio de una "amalgama fuerte", entendida como:

"una vasta renovación de la coalición dominante gracias a la llegada de nuevos líderes sin lazos de complicidad con el caudillismo y los clientelismos facciosos y con un fuerte arraigo entre amplios sectores de la militancia de base" (Sánchez, 2001. 103)

La posibilidad de renovación se deja así a la fe en la emancipación de los militantes, al romanticismo de la voluntad de las bases que salvará al partido de las traiciones de las cúpulas sumergidas en una irremediable "crisis terminal". Dejando de lado las prescripciones flamigeras, esta tesis catastrofista da paso a la problematización sobre las posibilidades de emprender la refundación del PRD, o bien de permanecer inscrito en las características que ha mantenido desde su surgimiento.

Fabiola González (2000) propone indagar en torno al modelo originario del PRD, especialmente sobre el liderazgo carismático como uno de sus rasgos distintivos, que prevalece sobre aquellos de antagonismo contra Salinas de Gortari y de heterogeneidad interna. La tesis de la autora sobre las circunstancias del PRD hacia las elecciones presidenciales del 2000 es interesante, pero resulta insuficientemente discutida:

"el PRD se ubica ante el reto de una refundación con nuevas características que necesariamente tienen que distar de al menos dos que le dieron origen (liderazgo carismático representado por Cárdenas y línea de confrontación con el gobierno), así como también se enfrenta a la necesidad de consolidarse ante su electorado. En este contexto, lo que se presenta para el partido *es el agotamiento de las características constitutivas que le dieron origen*" (González, 2000 130 Subrayados míos).

La cuestión de la refundación del partido aparece así como posibilidad de convertirse en un partido integrado a la competencia, sobre la base de estrategias de diálogo y negociación, pero es una posibilidad que proviene sólo de lo presuntamente infructuoso que resultaría mantenerse como partido antagónico al gobierno. Aunque caracteriza a Cárdenas como la cabeza visible del ala intransigente del PRD, y se refiere a dos fuerzas principales en conflicto al interior del partido a lo largo de su trabajo, la autora alude sin más al "agotamiento de las condiciones que dieron origen" al PRD, para plantear la necesidad de cambios de estrategia. Se indica entonces la expectativa de revertir la tendencia radical del partido, encabezada por Cárdenas, para adoptar una línea más moderada. Cabe indicar que este tipo de disyuntiva apela a una concepción normativa del desarrollo de los partidos, en los que se asume la institucionalización como un simple proceso de integración a las reglas de competencia en el sistema, aunque se haya participado –o tal vez por ello– en el proceso de su redefinición.

En sus conclusiones, González afirma que en las coyunturas que su investigación analiza, las corrientes del partido optaron por seguir las propuestas de Cárdenas más que por su carácter de líder carismático, por el control que detentaba sobre las zonas de incertidumbre. El problema es que la autora no ofrece una discusión de las características de las zonas de incertidumbre en el PRD, con lo que su adscripción a la propuesta analítica de Panebianco resulta endeble. Otra deficiencia sería del trabajo de González es que asimila entre sí a dos de los tres factores del origen del PRD que menciona: el liderazgo carismático y el opositorismo o antigubernismo. De tal suerte, lo que se ofrece como el análisis de una de las tendencias en el PRD, se diluye bajo la sombra de un liderazgo carismático que domina por sí mismo las zonas de incertidumbre, sin que se indique cómo lo hace. Al final, no se analiza ni el liderazgo carismático, ni la propensión al antagonismo con el gobierno, ni la confrontación interna, ni la coalición dominante, ni las zonas de incertidumbre. Sólo se promueve la idea de que el PRD debe transitar desde sus posiciones de confrontación a una línea de diálogo y negociación.



Para Meyenberg y Carrillo (1999) al concluir la hostilidad del salinismo y al adquirir el partido una dinámica organizativa propia, *pudo acelerarse su proceso de consolidación*, abandonando el radicalismo y adoptando definiciones programáticas más orientadas a la responsabilidad de gobierno.

"El PRD ha abandonado su posición periférica en los órdenes de gobierno que conforman al Estado mexicano: municipal, estatal y federal. No le resulta ya posible ni rentable seguir manteniendo una posición de lucha y enfrentamiento con el régimen institucional vigente; es actor relevante del mismo." (Meyenberg y Carrillo, 1999: 66)

Sostienen que el PRD ha transitado paulatinamente de posiciones antisistémicas a posiciones sistémicas, a partir del análisis de los cambios en su declaración de principios y programa. Su análisis señala la existencia del liderazgo carismático, la diversidad de grupos internos, la tensión entre planteamientos confrontacionistas y dialoguistas, así como la incongruencia de su actuación como "partido franquicia" (al postular candidatos provenientes de otros partidos) para competir en las elecciones, mientras en su declaración de principios de 1998 el partido se asumió de izquierda. Pero aunque el diagnóstico que estos autores proponen sobre el PRD resulta en esa medida ilustrativo, el problema es que más allá de las definiciones doctrinarias y programáticas que enfatizan, persiste en el partido una confrontación entre posiciones antisistema y prosistema, que no necesariamente se ha resuelto con la adopción de responsabilidades de gobierno a partir de su ascenso en las preferencias electorales, como sostienen.

Al igual que la de Fabiola González, su interpretación obedece a una interpretación simplista y mecánica de la propuesta teórica de Panebianco, a partir de la cual conciben la institucionalización como un proceso lineal, en el que necesariamente se han de atravesar las fases que la teoría establece, o la institucionalización simplemente fracasará

"El PRD se encuentra aún en una fase en la que la organización es para sus partidarios un instrumento para la realización de ciertos objetivos, es decir, su identidad se define exclusivamente en relación con las metas ideológicas que los líderes seleccionan y no –por el momento– en relación con los objetivos de la organización misma. Si el proceso de institucionalización llega a buen puerto, la organización perderá poco a poco su carácter de instrumento ajeno a los fines organizativos y será valorada en función de ellos. Si por el contrario persiste la

característica de una débil institucionalización acompañada de una coalición dominante poco cohesionada, el cambio en la declaración de principios y el programa de acción resultará irrelevante para los fines propuestos." (Meyenberg y Carrillo, 1999: 68)

Lo que estos autores soslayan es que *incluso la consolidación de una institución débil supone a fin de cuentas un proceso de institucionalización*, y que el partido carismático es un caso atípico de organización partidista, en el que la institucionalización rara vez ocurre (Panebianco, 1990: 136). Un contraste interesante con esta omisión nos lo brinda Anne Pivron (1999), quien discrepa de la extendida –y bien fundada, como ella misma admite– idea de que la presencia del liderazgo carismático ha obstruido la institucionalización del partido. Propone en cambio, como una primera hipótesis, que las tensiones entre conciliadores e intransigentes “entran en una misma problemática, que es el vínculo entre el conjunto de los actores y las instituciones políticas de México.” De tal suerte, estas posturas, *màs que provenir de concepciones contrapuestas*, son parte de recursos tácticos para alcanzar posiciones y poder. Así, aunque la presencia de un líder carismático puede resultar un obstáculo para la institucionalización de una organización partidista, plantea como segunda hipótesis que en el PRD el juego político de Cárdenas ha tenido efectos institucionalizadores, independientemente de sus intenciones explícitas (Pivron, 1999: 241-242).

Para sustentar sus hipótesis, la autora ofrece una interpretación de los resultados, posicionamientos y alianzas resultantes del Tercer Congreso Nacional del PRD. En él se legitimó a la dirección del partido y se consagró al líder moral, mientras las corrientes moderadas ganaban al obtener una serie de posiciones como la dirección nacional del partido para Muñoz Ledo, la coordinación de la fracción parlamentaria en la Cámara de Diputados para Jesús Ortega, y la representación en la Comisión de Concordia y Pacificación para Heberto Castillo, con lo que ocuparon posiciones importantes para conducir el juego del partido en el marco de las reglas políticas institucionales y distanciarlo de la insurrección neozapatista en Chiapas. Así, argumenta que las resoluciones favorables a la perspectiva moderada fueron decididas desde antes del Tercer Congreso, en una “transacción

colusiva" para la interacción estratégica (Pivron, 1999: 266). Con ello, su propuesta de "estructura del juego político" por el control de la organización entre el ala radical y el ala moderada del partido se desdibuja en una interpretación conspirativa, en la que la negociación entre dichas fracciones prevalece para darle juego a todos.

"El reconocimiento del liderazgo de Cárdenas, promotor de la posición intransigente de las organizaciones sociales del partido, permitía canalizar a estos grupos radicales, con lo que se evitaba cualquier riesgo de desmoronamiento de la organización partidista: los grupos radicales, al quedar bajo el control del grupo cardenista, reducían la polaridad a dos grandes corrientes, que quedaban en manos de los actores políticos que contaban con el conocimiento y con la experiencia del juego institucional." (Pivron, 1999: 268)

"Cuauhtémoc Cárdenas ha sabido mantener su liderazgo al aprovechar las rivalidades entre los grupos: su juego político ha sabido mantener un diferencial de recursos, reactivar la competencia interna y no dejar el poder sólo en manos de los políticos moderados" (Pivron, 1999: 272)

La autora fundamenta así una forma de institucionalización en la que el juego político resulta provechoso para los intereses particulares de los líderes, de los grupos específicos y para el conjunto de la élite del partido. Sin duda la posibilidad de construir los equilibrios internos a partir de la negociación entre los cardenistas intransigentes y los grupos más moderados aporta una lectura sugerente del conflicto, la cohesión y los juegos de poder en el PRD. La cuestión es que esta suerte de institucionalización pragmática no nos dice nada de las diversas motivaciones de las distintas posiciones. Queda pendiente entonces abordar qué es lo que impulsa a las corrientes en pugna, más allá del simple cálculo estratégico en la lucha por el poder en la organización. Esta cuestión constituye el núcleo de la discusión del postulado estratégico del PRD (II 3).

Por el momento, es necesario hacer notar que Pivron aporta una visión discrepante sobre la institucionalización que es necesario no perder de vista. Aunque no suscribe explícitamente la conceptualización de Panebianco, sus planteamientos sugieren que la conclusión del proceso de institucionalización es posible sin tener que arribar a una organización en la que coincidan plenamente los postulados formales con los procesos reales, sin que prevalezca la línea de moderación o cooperación, y sin que tenga que erradicarse la figura del líder

carismático. Ésta no supone de suyo la inexistencia de la institucionalización, sino que ella es posible en modalidades específicas. El problema es que en esta autora la institucionalización no es más que un juego de equilibrios pragmáticos entre las distintas fuerzas e intereses en juego, sólo es un reparto de poder que no dice nada de la procedencia o los objetivos del mismo, que resulta por lo tanto un arreglo entre cúpulas herméticas. Queda abierta entonces la cuestión de un proceso de institucionalización que se resuelve con todo y la persistencia del liderazgo carismático, de las agudas confrontaciones internas y de la línea política radicalizada.

La perspectiva de Kathleen Bruhn

Kathleen Bruhn (1997) realizó el trabajo más ambicioso, más documentado y teóricamente más estructurado –en términos de aplicación de la teoría al análisis de un caso de estudio concreto– que existe sobre el PRD. Desde el prefacio a su obra, Bruhn plantea problemas generales de análisis que atañen al estudio de partidos como el PRD: ¿Cuándo se forman nuevos partidos para representar a sectores marginados de la sociedad? ¿Cuáles son los obstáculos para su efectividad y permanencia? ¿Cómo puede la reforma de los partidos y el cambio en los sistemas de partidos contribuir a la democratización, especialmente en casos de transformación desde un régimen civil autoritario (a diferencia del militarismo en otras naciones latinoamericanas)? ¿Cuál es el futuro de la izquierda en un mundo pos Guerra Fría y neoliberal? Este tipo de problemas son susceptibles de analizarse a partir de encarar un dilema teórico muy concreto:

“La historia del PRD –su meteórico ascenso y subsecuente agonía– sugiere respuestas a un complejo dilema teórico: que las explicaciones de la estabilidad de sistemas de partidos a menudo tienen dificultades para predecir el cambio en el sistema, especialmente a través de la creación de un nuevo partido exitoso; mientras las explicaciones de la formación y éxito de nuevos partidos con frecuencia tienen problemas para entender su falta de persistencia. El PRD no es el único partido nuevo y en apariencia promisorio que falla en conservar sus éxitos iniciales

“En contraste con las explicaciones estadísticas de las fortunas de partidos y sistemas de partidos basadas en instituciones o clivajes sociales, sostengo que la clave para armar el rompecabezas recae en comprender los conflictivos

requerimientos de formación de un partido, en oposición a los de su consolidación" (Bruhn, 1997: 2)

Bruhn desarrolla así su análisis a partir de una revisión rigurosa de las condiciones en que surge el PRD, así como de las que se presentaron al marchar hacia su consolidación. En estos aspectos, recupera la propuesta teórica de Panebianco, pero la enriquece con problemas específicos. Para ella, aunque este caso implica cuestiones respecto a los partidos de izquierda y de la oposición en regímenes restrictivos, lo fundamental es lo que le ocurre a un nuevo partido cuando experimenta el tránsito de la emergencia a la consolidación; no sólo como asunto electoral, ni sólo como asunto de organización interna, como encuentra la autora que se enfocan la mayoría de los estudios de institucionalización.

"La consolidación de la organización de un partido afecta su coherencia, estabilidad, disciplina y capacidad de actuar como unidad, y de ahí su habilidad para influir en políticas sobre, y más allá de, su nivel de apoyo electoral." (Bruhn, 1997: 13)

La consolidación del partido la refiere entonces a la construcción de normas estables y expectativas de cooperación mutua, toma de decisiones y solución de conflictos en cinco relaciones clave: entre los activistas, con los electores, con las organizaciones de la sociedad civil, con otros partidos y con el Estado

Así, propone la desvinculación (*dettachment*) y la revinculación (*reattachment*) como procesos diferenciados con sus propias causas, que deben tener lugar para que un nuevo partido altere permanentemente la estructura del sistema de partidos. En México, la desvinculación se presenta como una lenta erosión de la base electoral del PRI. El desempeño económico, la legitimidad emanada de la revolución y el compromiso de compartir los logros del desarrollo con los trabajadores y los campesinos organizados se derrumbaron como sustentos de dicha base, a raíz de la crisis económica, con lo que hacia 1988 el voto de protesta se había extendido significativamente. Por otro lado, la crisis y la transformación de la política económica de ella resultante provocaron una división en la élite gobernante. Cuauhtémoc Cárdenas contribuyó entonces a la

desafección de los votantes respecto a identidades electorales previas, y se benefició de esa desafección.

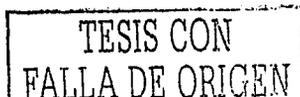
Por su parte, la revinculación individual tiene lugar por cuatro vínculos principales.

- 1) Se comparten visión del mundo y metas políticas (vínculo ideológico).
- 2) Para mantener una relación apreciada con un amigo, un miembro de la familia, un grupo social o una organización que deciden comprometerse con el partido (vínculo social).
- 3) Interés personal, si el partido prueba por sí mismo capacidad y voluntad de proveer a los simpatizantes de incentivos –incentivos selectivos, pagos colectivos, recompensas materiales o intangibles– (vínculo por interés).
- 4) Identificación por hábito, por razones de corto plazo, estratégicas o incluso idiosincráticas, hasta que el patrón al sufragar convence a los electores de que en verdad simpatizan (vínculo psicológico).

Estos vínculos no aparecen por separado, y los factores ambientales e institucionales pueden influir en más de un vínculo a la vez. Esto tiene tres implicaciones clave:

- Una consolidación exitosa será más viable cuando un partido puede apelar a más vínculos.
- Si las características ambientales e institucionales forman los vínculos disponibles para un partido al considerar lealtades partidistas, la manipulación de esas características puede interferir en la consolidación del partido. Las nuevas identidades llevan tiempo en formarse y cada curso de revinculación descansa en alguna medida en formar hábito.
- Las razones individuales para renunciar a lealtades previas de identificación con un partido no necesariamente proveen las razones para desarrollar una nueva identidad o reencauzar la lealtad.

Siguiendo a Panebianco, Bruhn asume que con la burocratización y el involucramiento en la rutina diaria, la organización se diferencia, con lo que se transita de un sistema de solidaridad a uno de intereses, y que la



institucionalización se concibe como el tránsito entre surgimiento y consolidación, que los partidos atraviesan como proceso natural. Bruhn sostiene por su parte que según la desvinculación difiera de la revinculación, el surgimiento se distinguirá de la consolidación, *sin importar que tanta o ninguna institucionalización ocurra*. La consolidación de un nuevo partido requiere diferentes fortalezas y habilidades, impone diversas tareas, y se produce en arenas políticas e institucionales distintas que el surgimiento.

"El PRD sufrió de una intensa discriminación, común a la oposición en sistemas de partido dominante donde las instituciones están diseñadas para prevenir el cambio en el sistema de partidos. Estudiar partidos como el PRD presenta una imagen de cómo esos sistemas persisten por largos periodos." (Bruhn, 1997: 23)

"Durante el surgimiento, recursos alternativos como el carisma, la movilización, la sorpresa y la denuncia del gobierno pueden compensar las desventajas estructurales e institucionales. Más tarde estos recursos se agotan o se muestran adversos para las tareas de consolidación " (Bruhn, 1997: 24)

De este modo, el profundo análisis de Kathleen Bruhn marca la pauta de un análisis tanto de la dinámica interna como de los factores externos que entraron en juego en el desarrollo temprano del PRD. Así explica como dos de las ventajas del partido durante su surgimiento –el carisma y el carácter de partido de fusión– tendieron a crear canales paralelos de autoridad que obstaculizaron la legitimidad de las decisiones del partido, bloqueando la institucionalización y la aceptación de la autoridad partidista. Pero además de estas tendencias internas, expone cómo el PRD contribuyó significativamente a la apertura del sistema de partidos y a una política más competitiva, con lo que su creación fue en parte consecuencia de, y en parte contribución a, el más amplio proceso de cambio en el sistema de partidos y de democratización, cuya experiencia proporciona pistas sobre el papel de nuevos partidos en esos cambios. Asimismo, al echar luz hacia los mecanismos de conservación del régimen, la experiencia del PRD muestra cómo regímenes monopartidistas pueden darle forma la democratización y el cambio del sistema de partidos.

Bruhn sintetiza en sus conclusiones por qué el Frente Democrático Nacional y el PRD fallaron sucesivamente en la transición: no lograron pactarla ni escalar la movilización, pues por su novedad no derivó en un partido fuerte ni consolidado, el

liderazgo no logró consensos en metas básicas y estrategia, y no contaba con bases organizadas. Mientras tanto, el PRI mantuvo el control en un contexto institucional de centralización y recursos partidizados. Esa centralización permitió minar la consolidación de la oposición efectiva y bloquear sus gobiernos locales al impedir su acceso a dichos recursos. La competencia de partidos resultó extremadamente desigual, pues la oposición no competía con un partido, sino con el Estado mismo. Para nuevos partidos la consolidación es un reto, bajo cualquier tipo de reforma, y en este caso el desmantelamiento de algunas de esas barreras resultaba condición para reducir los desequilibrios del poder.

Por esto, una organización más efectiva de la oposición resultaba vital, en tanto eleva el costo del fraude y de la represión, y era la opción potencial de una transición ordenada, consensual y negociada, al menos entre partidos. Pero además, en el contexto de la posguerra fría, queda abierta la cuestión de la definición de identidades respecto a la política económica.

"El PRI y el PAN, de acuerdo en que una presidencia de Cárdenas significaba desastre económico, adoptaron reformas que reforzaron al dominio del PRI y canalizaron la democratización hacia partidos que no amenazaron la política económica. Irónicamente, la democratización puede beneficiarse del debilitamiento de la oposición ideológicamente incompatible." (Bruhn, 1997: 314)

Aquí la cuestión clara es que el costo del prolongado ajuste neoliberal crea apoyos potenciales para la izquierda opositora, pero al mismo tiempo reduce su capacidad de acción. Bruhn anota que consolidar la lealtad de adeptos es especialmente difícil en la posguerra fría, en el contexto promercado y que además, la izquierda no puede aspirar sólo a proteger a los perdedores en el mercado; se ve obligada a comprometerse con aspectos de la política neoliberal. En este sentido, el horizonte aparece desolador.

"Si las políticas neoliberales resultan en crecimiento sin distribución, uno podría esperar la polarización de la legitimación –protesta popular pero escasa división de la élite– que favorezca la represión creciente." (Bruhn, 1997: 316)

Además de las cuestiones organizativas, de la dinámica interna de los partidos y las interrelaciones de ésta con el proceso democrático, la cuestión que surge así

es la de los alcances de las políticas sustantivas promovidas por partidos de izquierda, aspecto que subyace a lo largo de la discusión que se propone en el próximo capítulo.

Los distintos análisis de la organización interna del PRD se han referido a la escasa o nula participación de la militancia en la vida del partido, al peso de los diversos grupos facciosos sobre la base de su cercanía con el líder, o bien por su capacidad de manipular clientelas, o ambas cosas, así como al desmesurado peso de los procesos y estructuras electorales internos y de las cuestiones electorales en la vida del partido, aspecto que eventualmente obstaculiza tanto su relación con la sociedad civil, como la definición más clara de planteamientos ideológicos y líneas programáticas. La disputa por la democracia, en términos de respeto al sufragio, se ha reflejado así a lo largo de toda la breve historia del PRD, con severas consecuencias para su organización y formas de acción, como veremos al presentar el postulado estratégico que lo caracteriza (II.3), y las líneas para el análisis de los liderazgos del partido (II.5).

Con la reconstrucción desarrollada hasta aquí se ha mostrado cómo una parte importante de los trabajos dirige su atención a las características y limitaciones de la institucionalización, al peso del liderazgo carismático y sus efectos respecto a ella, y a la polarización interna entre los leales al caudillo y los partidarios de fomentar la institucionalidad. Pero la cuestión de la institucionalización se vuelve problemática porque generalmente se le concibe como un proceso lineal e irreversible, que debe culminar inexorablemente en un tipo de institución acorde a un modelo racional burocrático integrado al sistema político, sin pretensiones de transformación del mismo, y de no alcanzarse ese modelo, se asume que *la institucionalización no existe*. Al pensar la institucionalización así, se omite que Panebianco (1990: 51-59) la concibe como un proceso transitorio, a través del cual la organización se transforma desde un sistema de solidaridad, en el que prevalecen los incentivos colectivos (ideológicos, de identidad y solidaridad), a uno de intereses, en el que predominan los incentivos selectivos (de estatus, poder y materiales). Una organización de participación voluntaria, como son los partidos,

siempre provee de incentivos colectivos, por lo que su consolidación depende de su capacidad para articular los fines explícitos que declara perseguir, definidos en su ideología, con los fines de su propia supervivencia. Estos últimos suponen un equilibrio entre los diversos intereses de los participantes. En el caso del PRD, la cuestión de la culminación del proceso de institucionalización, y la consecuente consolidación, da pauta a un debate que permanecerá como el trasfondo de toda la argumentación que abordamos a partir de ahora. La tesis a defender en este sentido, es que las insuficiencias y errores que se observan en el empleo de la propuesta teórica de Panebianco por distintos autores revisados hasta aquí (Prud'homme, 1996; Sánchez Fabián, 1998; Meyenberg y Carrillo, 1999; González 2000; Sánchez, 1999 y 2001) se deben principalmente a que no prestan atención al proceso de articulación de los fines en la organización, que resulta clave en el proceso transitorio entre el surgimiento y la consolidación, es decir, en el proceso de institucionalización. A esto se agrega que estos autores no consideran más que un tipo de institucionalización, a pesar de que Panebianco sostiene que ella ocurre en distintos grados y a través de procesos específicos.

Recapitulando, hay una serie de proposiciones que es importante recuperar a partir de los autores revisados:

- 1) La institucionalización es un proceso necesario para la consolidación de un partido, pero ella no supone un proceso fatal de arribo a una forma de organización racional burocrática, tipo ideal de la organización moderna, como distintos autores sugieren (Sánchez, 1999, 2001; González, 2000; Meyenberg y Carrillo, 1999)
- 2) La institucionalización tampoco supone asumir reglas, formas de integración, cooperación y lealtad hacia el sistema político, ni procedimientos internos altamente formalizados. Conductas antisistema y la presencia de un liderazgo personalizado que se sobrepone a los procedimientos propios de una estructura regular son posibles sin que esto signifique ausencia de institucionalización (Pivron, 1999).

3) El contraste entre las condiciones de surgimiento y las de consolidación es indispensable para identificar las tácticas, las apuestas estratégicas, la definición de los objetivos y las posibilidades de permanencia y expansión de un nuevo partido. Esas mismas condiciones son determinantes de los distintos vínculos, afinidades o identidades susceptibles de constituirse en torno a un partido (Bruhn, 1997).

4) Una variación en la tendencia a la moderación o al radicalismo, a la integración o a la confrontación, no se encuentra en función directa con la conclusión de la institucionalización. En el PRD este proceso puede darse por concluido, pero sin que esto represente la anulación de la conflictividad interna o hacia el exterior. Respecto a la permanencia de profundas divisiones internas en este partido resulta más pertinente hablar de la consolidación de una institución débil, que de ausencia de institucionalización.

A partir de estos aspectos polémicos puntuales será posible discutir las condiciones en que se produjeron el surgimiento y el desarrollo organizativo del PRD, a fin de caracterizar su modelo originario y fundamentar así la perspectiva de análisis que propone este trabajo.

II. Hacia una propuesta para el análisis del desarrollo organizativo del PRD

"El hombre es el animal que pregunta. El día en que verdaderamente sepamos preguntar, habrá diálogo. Por ahora, las preguntas nos alejan vertiginosamente de las respuestas."

Julio Cortázar, *Rayuela*

Esta sección prosigue la discusión sobre los aspectos del origen y el desarrollo del PRD que permitan proponer una línea de análisis de sus rasgos más característicos, y de la manera en que éstos han determinado su itinerario organizativo. Hasta aquí se ha resaltado la tensión entre la tendencia moderada, proclive a la negociación y el diálogo, y la tendencia radical, orientada a la confrontación y la ruptura, así como la presencia del liderazgo carismático, que ha sido persistentemente señalado en distintos trabajos como eje de la cohesión de un partido compuesto por elementos con orígenes muy disímiles, como impulsor de la tendencia radical, y como factor determinante de las dificultades de la institucionalización.

Algunos de los autores revisados en el capítulo anterior (Prud'homme, M. A. Sánchez, González, Meyenberg y Carrillo) sostienen que en general las características de la relación del PRD con el entorno muestran una tendencia decreciente a la confrontación con el sistema, con la consecuente orientación hacia la colaboración. Un planteamiento así resulta problemático porque supone una suerte de lógica evolutiva lineal a la que se ven sujetos los partidos desde su origen hasta su consolidación, en la que transitan ineluctablemente desde posiciones antisistema hasta su paulatina integración, sea admitiendo las reglas del juego, sea interviniendo en su revisión. Esto representa una variante del prejuicio teleológico expuesto por Panebianco (1990: 30-34), en la que el desarrollo organizativo de un partido estaría determinado por los fines que declara perseguir, en este caso por sus propósitos democráticos. Más que analizar las características específicas del desarrollo del PRD, pareciera que de lo que se trata es de ajustarlo a un modelo preconcebido de la realidad y la política. La

perspectiva liberal de la democracia representa el trasfondo de este tipo de planteamiento, al privilegiar los factores institucionales, procedimentales, el diálogo y el consenso racionales, y el universalismo de sus valores políticos, como inherentes a toda política democrática (Mouffe, 1999).

Sin embargo, el proceso de construcción del PRD resulta más complejo que una suerte de secuencia fatal en la que por definición se avanza de la confrontación antisistema a la integración al sistema. Esta es sólo una de las muy diversas posibilidades en el proceso de consolidación de un partido. La institucionalización no es un estadio que se alcanza de una vez y para siempre. Panebianco (1990: 117) argumenta que las organizaciones no se institucionalizan todas del mismo modo ni con la misma intensidad. Los partidos se diferencian principalmente por el *grado de institucionalización* alcanzado, que está en función de las modalidades del proceso de formación del partido, del tipo de modelo originario, y de las influencias ambientales a que la organización haya estado sometida. De esta manera, los partidos enfrentan incluso procesos de desinstitucionalización ante sucesos significativos como variaciones abruptas en los resultados electorales, el acceso al gobierno o la pérdida del mismo, entre otros (Panebianco, 1990: 130-131).

La cuestión es que el PRD se ha consolidado como un partido en el que el tipo de relación con el sistema ha estado en disputa permanente, y sin embargo ha tenido lugar un cierto proceso de institucionalización que ha posibilitado el juego entre las fuerzas confrontadas a su interior, las cuales coexisten en una opción de izquierda que aún no encuentra su propia identidad en el marco de nuevas condiciones de competencia democrática. Para indagar cómo ha sido posible esto es necesario revisar el proceso de transición democrática en el que el PRD surge e interviene como protagonista de la disputa por la competitividad electoral. La unidad de la izquierda y su cambio de orientación desde las aspiraciones revolucionarias y socialistas a la participación electoral y la reivindicación de la democracia se presentan como los principales rasgos que entran en juego en dicha etapa (II.1). Esta revisión del contexto permitirá arribar a la discusión de los rasgos propios del modelo originario de este partido, que resultan determinantes en su constitución

como una institución débil (II.2). La estrecha relación entre el modelo originario específico del PRD y su consolidación ha sido sistemáticamente soslayada por los análisis existentes sobre el partido, en los que en cambio se insiste en encuadrarlo en una concepción normativa sobre la institucionalización, con lo que más que caracterizarla o discutir por qué la institución es débil, apenas se ha descalificado que lo sea.

La reivindicación de heredero de la izquierda mexicana representa un problema peculiar sobre la actitud en el partido respecto a la democracia misma y a los valores modernos de igualdad y libertad. Así, las tensiones internas del PRD parecen susceptibles de analizarse en términos de lo que en él representa una severa disputa interna sobre el significado de la democracia –y de la izquierda misma– ante las nuevas condiciones de lucha política, disputa que define su postulado estratégico, elemento característico de este partido que se propone como factor que ha posibilitado la coexistencia de las muy diversas fuerzas y tradiciones políticas que han convergido en él, con lo que resulta el elemento principal de la articulación de sus fines. Este proceso es justamente el que no ha sido tomado en cuenta en los análisis sobre el PRD. Pero la falta de atención a la relación entre modelo originario y el proceso de articulación de los fines es precisamente lo que aparece como determinante, por un lado, de las limitaciones en la problematización elaborada por los análisis que se ocupan del desarrollo organizativo del partido, y por otra parte, de las debilidades en las explicaciones sobre las ambigüedades y deficiencias que el mismo presenta en su discurso, su identidad, sus fines, y en general, en su idea de futuro (II.3).

Una vez que se propone el postulado estratégico específico del PRD como factor de su cohesión interna, la atención de este ensayo se dirige a los principales componentes del conflicto en la organización. La disputa en torno al postulado estratégico del partido discurre por el conflicto entre las dos tendencias principales a las que se ha hecho referencia en todo este trabajo: los moderados y los radicales. Aunque representan concepciones de la realidad y de la política diametralmente opuestas, sus antecedentes históricos y sus percepciones actuales resultan indispensables para pensar en las perspectivas que se abren

para el futuro de la izquierda mexicana. La persistencia sempiterna de este conflicto aparece como el síntoma de todos los problemas irresueltos a lo largo del desarrollo organizativo de este partido: como rasgo propio, en fin, de una institución débil en la que sólo un proceso de refundación o sucesión de los fines aparece como posibilidad de reorientar las características de su desarrollo (II.4).

Las consecuencias que se desprenden de esto son pesimistas, pero no se limitan al caso del PRD. Más allá de esa confrontación, la conducta de los liderazgos perredistas representa de suyo un problema para las posibilidades de consolidación ya no exclusivamente de su partido, sino de la democracia mexicana misma, pues dichos liderazgos son en alguna medida representativos del liderazgo político en México. Un contexto poco propicio para la democracia, en el que han surgido esos liderazgos, resulta un precedente que abre más dudas que certidumbres sobre el futuro de la democracia mexicana (II.5).

Este itinerario argumentativo tiene como propósito mostrar que el PRD no es en modo alguno una organización anómala e incapaz de cumplir con sus tareas políticas históricas en torno a la consolidación de la democracia y a la reivindicación de la izquierda mexicana. Por el contrario, se procura fundamentar que en el análisis de este partido es necesario apuntar a problemas específicos de la constitución de las relaciones de poder internas y del peso del contexto en el desenvolvimiento de las mismas. para reorientar las discusiones hacia cuestiones que no permanezcan constreñidas a modelos normativos sobre el desarrollo de las organizaciones políticas y de las instituciones democráticas.

1. El monopolio de la representación, la no competitividad en el Sistema electoral y los contenidos de la democratización en México

*Hojeando tu perfume se marchitan las cosas,
y tú lejanamente sonríes y destellas,
¡oh novia electoral, carrousel de miradas!
lanzaré la candidatura de tu amor
hoy que todo se apoya en tu garganta,
la orquesta del viento y los colores desnudos
Algo está aconteciendo allá en el corazón*

Manuel Maples Arce.

Democracia o competitividad electoral

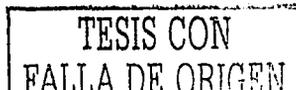
En México pensar la democracia como un asunto de competencia entre opciones diferenciadas, participación y representación políticas permaneció subordinado, durante largo tiempo, a plantearse más bien la competitividad y la transparencia electorales. ¿Por qué ocurrió esto? Enrique de la Garza (1988) expone como en el siglo XX mexicano, la capacidad del Estado posrevolucionario para promover beneficios sociales requirió de integrar orgánicamente a los trabajadores, campesinos y clases medias a una estructura política que permitiera manipular el consenso de una sociedad civil sin mecanismos de participación. En tanto los beneficios no podían ser homogéneos para la mayoría de los grupos trabajadores y populares, al no reunirse una base material suficiente para ello, el Estado administró concesiones en forma de usufructos sobre los recursos públicos para liderazgos, funcionarios y mediadores políticos, y compensaciones limitadas para clientelas políticas específicas. Esta administración de concesiones y compensaciones se llevó a cabo discrecionalmente según lo permitían el proceso de acumulación de capital y el ritmo de crecimiento de la economía. Es decir, no se impidió la constante polarización del ingreso desde 1940, que se vio agudizada en el periodo de desarrollo estabilizador a partir de la segunda mitad de los cincuenta, ni mucho menos se consolidaron las bases para el crecimiento económico autosostenido de más largo plazo, a pesar de las espectaculares tasas de crecimiento durante el "milagro mexicano" (De la Garza, 1988).

La industrialización marchó aparejada a la integración y la modernización sociales, pero es justamente la emergencia de nuevos sectores medios ilustrados, con pretensiones no sólo de ascenso social sino también de libertades y participación política, lo que estalló con el conflicto estudiantil de 1968. Lo que dejó en claro la amarga experiencia del 68 fue que el modelo de estabilidad política y paz social que se quería mostrar a todo el mundo ya era sólo una fachada que ocultaba las crecientes contradicciones sociales. En los setenta la guerrilla y la insurgencia sindical pusieron de manifiesto que los estrechos márgenes de participación y control político resultaban insuficientes para garantizar la estabilidad y promover el bienestar de la población. Todas estas condiciones fueron determinantes en la constitución de la lucha política en México desde esa década en adelante.

La debacle del modelo económico de sustitución de importaciones, correspondiente a la forma de Estado interventor que se había establecido en México, fue la puerta de entrada de las agresivas políticas de "ajuste" que hemos conocido como neoliberalismo. Pero no obstante la pauperización creciente y la agudización de la polarización social, las posibilidades de disputar las nuevas condiciones para la conducción de la economía, la participación política y la integración social se vieron subordinadas a la creciente exigencia de garantizar el sufragio efectivo. El reclamo democrático centrado en el respeto al voto y la transparencia electoral le fue ganando terreno a la exigencia de transformaciones sociales radicales. Así, a partir de la ampliación de opciones partidistas después de la reforma política de 1979, Jorge Alonso (1990: 18) observa

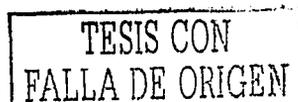
"la nueva competencia partidaria estimuló esfuerzos por remodelar la cultura democrática. Ciertamente faltaba por democratizar mucho de la sociedad en las organizaciones de masas grandes e importantes, pilares del partido del Estado, [en las cuales] seguía imperando un modelo autoritario, impositivo y de desconocimiento y aun represión de las pulsiones de base. Las instituciones más diversas, estatales y civiles privilegiaban los moldes jerárquicos y a lo sumo paternalistas. No obstante, la demanda de democracia electoral (aunque no su cumplimiento todavía) contribuyó a fortalecer aspiraciones democráticas."

Según Alonso (1990: 20), el contenido clasista de los partidos mexicanos hacia 1984 resultaba claramente burgués, pues su presencia en las organizaciones de los trabajadores era nula. Más allá de que esta tesis suene anacrónica o insostenible,



ella puede considerarse como indicio de la preeminencia que entre las organizaciones partidistas mexicanas fue adquiriendo la lucha por el respeto al sufragio, que le ganaba terreno a las pretensiones de lucha por la transformación de la sociedad. Es decir, la débil tradición de una organización política de los propios trabajadores, la ausencia de organizaciones de clase independientes de la tutela oficial dirigida a la constitución de identidades de fuerzas sociales subalternas y la reivindicación de sus intereses –potencialmente orientadas a la *disolución* del orden existente, en términos de Kircheimer (1980)–, dejaban abierto el camino a una lucha política más centrada en cuestiones de derechos civiles y libertades políticas –orientada a la *integración* al orden. Después del hostigamiento, la feroz represión y el arrinconamiento de la izquierda a la ilegalidad, la concesión del registro a partidos políticos con esta orientación tenía un claro propósito de recuperar legitimidad para el régimen (Molinar, 1991).

La inexistencia de competitividad electoral en México condujo a los principales partidos políticos opositores al partido oficial, es decir, al Partido Acción Nacional y a los sucesivos experimentos de constitución de una izquierda electoral, a establecer como el objetivo central de su lucha el respeto al voto. Resulta ilustrativo que la subordinación de diferencias ideológicas en aras de un propósito más inmediato –el sufragio efectivo– sea interpretado por Juan Molinar (1991: 139) como un paso en la constitución de un bloque *antisistema*. Molinar sostiene que entre 1983 y 1985 se dieron las condiciones que ponían en el centro de la política a las cuestiones electorales, con la consecuente redefinición de estrategias de los actores. Para él, la mayor novedad en las elecciones federales de 1985 se dio en el plano del discurso ideológico, al generarse las condiciones políticas e ideológicas que favorecieron la colocación de la cuestión electoral en el primer plano de la política mexicana, lo que posibilitaría una redefinición de las estrategias políticas de casi todos los actores. Además, expone cómo el sistema electoral mexicano mostraba desde hacía ya muchos años una sistemática tendencia hacia la reducción de la base de apoyo electoral del PRI, hacia la creciente deformación de la representación política, que privilegiaba la presencia del partido oficial en las legislaturas, y hacia la profundización de una severa



segmentación de la arena electoral, configurando espacios competidos en las ciudades y conservando la no competitividad en los contextos rurales. Disputarle al gobierno la organización y control del sistema electoral se convirtió ciertamente en una cuestión ineludible. Es en este sentido que cabe hablar de un "bloque antisistema".

Sin duda, con la promulgación de la Ley de Organizaciones Políticas y Procesos Electorales en 1977, el país inició un tránsito paulatino, de reforma en reforma, hacia un sistema de partidos competitivo que resultó posible gracias a un proceso tortuoso de desvinculación respecto al aparato gubernamental de las instituciones encargadas de organizar y calificar las elecciones. Con la reforma constitucional de 1996, y la aprobación de la versión actual del Código Federal de Instituciones y Procedimientos Electorales, el Instituto Federal Electoral no depende ya del gobierno ni de los partidos para emitir sus decisiones. Por su parte, el Tribunal Electoral se encuentra ahora adscrito al Poder Judicial de la Federación. Asimismo, en todas las entidades federativas y en el Distrito Federal se han modificado las respectivas legislaciones, a fin de crear organismos y tribunales electorales autónomos. El énfasis en la independencia de los actuales órganos electorales, si bien con variantes entre las distintas entidades, ha permitido que en general se logre la confianza en la organización de las elecciones. De este modo, han quedado establecidas las condiciones para el respeto al voto y para la certidumbre en los resultados electorales.

Aún con todos estos cambios, la identificación del PRI como monopolizador del poder presidencial facilitaba mucho las cosas al atisbar en el sistema de partidos existente en México. La relación gobierno-partido oficial era por definición de subordinación, de aceptación sumisa de la voluntad presidencial, mientras la relación gobierno-oposición era de descalificación y exclusión. Esto podría revestir muchos matices a niveles locales, municipales y estatales, en tanto el PRI paulatinamente venía perdiendo espacios antes inimaginables para la oposición, pero a nivel federal la batalla estaba clara. Así las cosas, la contienda entre partidos no quedaba reducida a la simple cuestión de disputar la mayoría de los votos. De lo que se trataba era de darle la vuelta a la historia, de atestiguar la

derrota electoral del partido que se contaba entre los que más tiempo habían conservado el poder en todo el mundo.

Para los partidos de oposición, responsabilizar al partido oficial de todos los males de México mientras no se desarrollaban alternativas de organización social independiente, ni proyectos viables para reorientar el desarrollo económico, ni se promovían prácticas democráticas entre las mismas organizaciones sindicales, campesinas y populares, se convirtió en un recurso idóneo para legitimar el entendido de que todo se remediaría una vez que el PRI fuera derrotado específicamente en las elecciones presidenciales.

Sin embargo, más allá de culpar a los partidos por privilegiar a toda costa la competencia electoral y olvidarse de la democratización de la vida social, cabe preguntarse cómo ha sido posible que en nuestro país la reivindicación de la democracia se haya centrado, tanto por los partidos como por todo tipo de organizaciones de la sociedad civil, en el respeto al voto, quedando en segundo plano las cuestiones del establecimiento de libertades de asociación y de garantías a la participación política no limitadas a lo electoral. La disyuntiva para los actores no era simplemente renunciar a sus programas e identidades con tal de lograr la ansiada competitividad electoral. La posibilidad del acceso al poder por vías legales y pacíficas fue la consideración que determinó la preeminencia dada al sufragio efectivo

El hecho es que los partidos políticos opositores, más que dirigidos a proponer alternativas de gobierno, se vieron confinados a alcanzar la competencia electoral, pues sólo ella abriría la posibilidad del acceso al poder público, en vez de una simple participación testimonial. Mientras tanto, la construcción de instituciones políticas democráticas capaces de un funcionamiento regular, con reglas claras para una participación política amplia y mecanismos de rendición de cuentas, apenas se encuentra en ciernes. Una vez que la disputa entre los partidos en México ya no tiene como temas centrales el respeto al sufragio y las reglas de la competencia (sin que ello signifique que dejen de ser tema de controversia, basta observar los cuantiosos gastos en procesos preelectorales internos y en las campañas proselitistas), al igual que en otras latitudes se generaliza una cierta

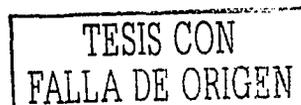


impresión de que no hay diferencias sustanciales entre ellos, que no nos proponen ni un aliciente ni un futuro.

¿Crisis de los partidos o transformación de sus funciones?

Los procesos de modernización, diferenciación y complejización social han sido determinantes no sólo para la crisis de los partidos dominantes (Crespo, 1999), sino para la redefinición del papel, las características y los alcances de los partidos en general. Al constituirse nuevos y diferentes sujetos de la lucha política, sobre condiciones de articulación de intereses, organización y conflictividad social radicalmente distintas a las de la época en que surgieron los grandes partidos clásicos de orientaciones clasistas e ideológicas omniabarcantes, los partidos necesariamente se han transformado en algo muy distinto a lo que alguna vez fueron, o pretendieron ser. Los procesos de diferenciación y fragmentación de la clase trabajadora, la emergencia de una nueva clase media urbana y la movilidad social ascendente en el entorno de crecimiento económico de la posguerra implicaron también la transformación de los partidos, que paulatinamente pasaron de ser organizaciones para promover intereses políticos de clase, como los partidos de trabajadores, o para representar cierta doctrina y principios ideológicos como los liberales o los socialcristianos, a ser aparatos burocráticos e integradores de masas. Así, el moderno partido de masas se constituyó como un aparato con alto grado de centralización, dominado por élites burocráticas, con base social y programas difusos, a los que se ha llamado "partidos del pueblo", "partidos escoba" o "atrapa todo", en los que predominaron los imperativos de *integración* (Kirchheimer, 1980)

Desde fines de los años setenta las teorías de la legitimación desde la izquierda y las tesis sobre la ingobernabilidad desde la derecha han proclamado una suerte de decadencia de los partidos, pero en vista de su persistencia como medios para la competencia democrática, la selección de gobernantes y la transmisión de sus propósitos a las instituciones públicas, lo más que puede admitirse es que sus funciones han cambiado. La desideologización, la reducción de la identificación de los electores con sus partidos, la organización en movimientos sociales y las



tendencias neocorporativistas de negociación de intereses, la mayor movilidad social y espacial de la población, con la consecuente desvinculación de las agrupaciones partidistas locales, y las variaciones en la afiliación son factores que impiden que los partidos sigan privilegiando tareas de movilización y representación territorializada, con lo que las suplantamos por las de la competencia electoral y el reclutamiento de cuadros profesionales (Beyme, 1995: 46-58).

Este es el contexto en el que los partidos burocráticos de masas se ven obligados a ceder el espacio a partidos profesionales electorales (Panebianco, 1990: 488-497) y en el que la representación política sufre transformaciones significativas. Pero aunque los principios de la representación política adquieren rasgos distintos a los que se observaron en la democracia de partidos de masas, ellos siguen siendo la elección de los gobernantes, el margen de independencia de éstos respecto a los gobernados, la libertad de opinión pública, y la toma de decisiones a través de procesos de deliberación. Al prevalecer dichos principios no puede hablarse de una crisis de la representación política, sino de modalidades distintas en que dichos principios operan (Manin, 1992).

En nuestro país, el tránsito de la izquierda desde posiciones antisistema hasta la convicción de participar en la competencia electoral representa el antecedente inmediato de la constitución del PRD. Parece darse por sentado que la lucha democrática por los sufragios, sin aspirar a una ideología omnicompreensiva, y por lo tanto, a la transformación radical del mundo o del orden imperante, es el ámbito al que cualquier partido con pretensiones de competitividad se debe adaptar. El papel de los partidos como agentes de profundas transformaciones políticas y sociales se ve acotado a ser el medio para la interlocución entre el poder público y la sociedad, para la competencia política democrática, la representación de intereses específicos y la formación de órganos de gobierno. Ante severos cambios sociales y económicos que están más allá de su capacidad de acción, los partidos se convierten en medios para conciliar la participación y la estabilidad política. Al quedar inscritos en una lógica eminentemente institucional sus objetivos se perfilan en los imperativos de la gobernabilidad democrática y, tras la

crisis del Estado de bienestar, se enfrentan a severas limitaciones para la acción económica.

"En este contexto hemos de situar a quienes son los agentes privilegiados de una política democrática: los partidos políticos. Estos viven por doquier, indistintamente de su signo ideológico, una fase crítica de redefinición pues carecen de discurso y de estrategia de cara a las grandes transformaciones en marcha. Se han quedado sin discurso en tanto interpretación global que permita ordenar la realidad en un panorama inteligible y estructurar la diversidad de intereses y opciones en torno a algunos ejes básicos. Carecen no sólo de 'discurso ideológico' sino igualmente de 'discurso programático' en tanto propuesta de futuro. Con la aceleración del tiempo y el consiguiente desvanecimiento del futuro les resulta difícil elaborar un proyecto de país que aglutine y canalice las energías en determinada perspectiva." (Lechner, 1995: 69)

Sin embargo, de nada serviría asociar el desamparo ideológico y programático de los partidos políticos mexicanos a una situación generalizada de las democracias occidentales. El tortuoso proceso de transición democrática en México ha significado profundos cambios políticos, cuyos alcances e importancia todavía son objeto de arduo debate, y sin duda lo serán aún durante todavía mucho tiempo. En el contexto trazado hasta aquí, la problematización del cambio político va más allá de las cuestiones relativas a las reformas político-electorales, sin que esto signifique regatear su importancia, ni la de los partidos como los protagonistas principales en la realización de las mismas. La cuestión es que la emergencia de un sistema electoral competitivo, con oportunidades de triunfo para todos los actores y el consecuente establecimiento de la alternancia ha representado una profunda transformación del sistema de partidos, misma que plantea para éstos el imperativo de revisar profundamente sus estrategias, métodos de organización y pautas de acción. La cuestión radica ahora en la necesidad de consolidar y profundizar la democracia a partir de la transformación de las prácticas e instituciones políticas existentes.

Reivindicar una identidad de izquierda a la vez que se admite la competencia legal como recurso para alcanzar el poder es el gran reto que se impone hoy a un PRD cuya heterogeneidad interna plantea serias dudas sobre la capacidad de mantenerse cohesionado en torno a posiciones distintas al discurso radicalizado y ambiguo persistentemente empleado por su líder carismático y por muchos de sus

integrantes. Sin embargo, el desempeño y la identidad de esta opción de izquierda no dependen de que adopte una actitud centrista y negociadora frente a un nuevo contexto de competencia electoral presunta o efectivamente desideologizada, ni de que la institucionalidad a secas prevalezca sobre el líder carismático, ni de que pretenda congregarse a las organizaciones populares en un gran frente, ni de recetas por el estilo. No depende de adoptar ninguna opción estratégica en particular la declinación, estancamiento o repunte del partido, ni hay estudio que pueda determinar cuál de estas posibilidades sobrevendrá. Más modestamente, cabe hacer el intento de plantear cómo los rasgos propios del PRD imponen problemas específicos para pensar en el futuro de la izquierda en México.

En un contexto en el que la izquierda no apuesta ya a la transformación radical del orden imperante a través de la revolución y del trastocamiento de las relaciones de propiedad, encabezadas por la organización de los trabajadores, sus pretensiones resultan mucho más modestas, a la vez que más ambiguas. A partir de este planteamiento es posible problematizar el desarrollo organizativo del PRD no por sus inaprehensibles propósitos últimos ni por la necesaria adopción de conductas racionales, negociadoras y autolimitadas, compatibles con el proceso de consolidación de un sistema de partidos democrático, sino más bien a partir de las condiciones en las que surge y va delineando sus planteamientos estratégicos. Es en esta perspectiva que se ofrece como herramienta de análisis la definición de su modelo originario, a partir de la cual resulta pertinente la discusión de los rasgos que explican su proceso de consolidación como una institución débil.



2. El modelo originario del PRD y las bases de una institución débil

"La ciencia no es hoy un don de visionarios y profetas que distribuyen bendiciones y revelaciones, ni parte integrante de la meditación de sabios y filósofos sobre el sentido del mundo. (...) (Al preguntar) quién es el que ha de respondernos a las cuestiones de qué es lo que debemos hacer y cómo debemos orientar nuestras vidas, o dicho en el lenguaje que hoy hemos empleado aquí, quién podrá indicarnos a cuál de los dioses hemos de servir, habrá que responder que sólo un profeta o un salvador."

Max Weber. "La ciencia como vocación"

Modelo originario e institucionalización

Una vez que se han repasado buena parte de los trabajos más representativos del análisis del desarrollo organizativo del PRD, así como las condiciones en las que en México los partidos tuvieron que privilegiar la apertura de la participación electoral en demérito de la promoción de ideologías y de opciones de gobierno, pueden discutirse los elementos del modelo originario de dicho partido. Estos elementos constitutivos permiten problematizar la orientación del desarrollo organizativo del PRD en términos de una consolidación en la que pesan tanto prácticas, tradiciones y aspiraciones propias de una perspectiva que más atrás he llamado mítica, como pretensiones organizativas desprovistas de propósitos redentores, con una orientación secular. Es importante no perder de vista que éstas últimas no corresponden necesariamente al polo que habría de imponerse por efectos de la institucionalización, como suponen los enfoques normativos reduccionistas.

Panebianco (1990: 108 y ss.) propone el concepto de modelo originario para caracterizar los factores que, desde el surgimiento y combinados de distintas maneras, dejan su huella en el desarrollo de las organizaciones partidistas. El modelo originario está determinado por el surgimiento de la organización por penetración territorial (organización centralizada que se extiende en distintos territorios) o por difusión territorial (organizaciones preexistentes que deciden fusionarse en una nueva organización), por la existencia o ausencia de una organización patrocinadora externa (iglesia, sindicatos, la Comintern), y en casos

atípicos, por la presencia de un liderazgo carismático. La atención prestada por distintos autores a estos componentes resulta equívoca. Prud'homme (1996) ha señalado como elementos del modelo originario del PRD la influencia de la conflictiva relación con el PRI, el contexto de institucionalización de las pautas de la competencia y la experiencia electoral inicial del partido. Pero ninguno de estos aspectos corresponde a los elementos planteados por Panebianco, de tal suerte que lo que Prud'homme realmente ha señalado son ciertos factores del entorno, que como influencias ambientales también inciden en el desarrollo del partido, pero no definen su modelo originario. Por su parte, González (2000) ubica al liderazgo carismático, el antagonismo con Salinas de Gortari y la heterogeneidad interna como los factores propios del modelo originario. En este caso, también el segundo aspecto señalado constituye un rasgo de la relación con el ambiente, no un elemento del modelo originario, y la heterogeneidad no nos indica directamente alguno de los aspectos señalados por Panebianco, aunque sugiera el surgimiento por difusión territorial.

Al no sustentarse en el patrocinio de ninguna organización externa, los rasgos propios del modelo originario del PRD son entonces la aparición como partido de difusión territorial, es decir, por la agrupación de organizaciones previamente existentes, y su congregación en torno a la convocatoria de un líder carismático. Panebianco indica que los partidos de difusión territorial tienden a funcionar como una confederación en correspondencia a los intereses y dinámicas de aquellas organizaciones y caudillos locales que le dieron origen, lo que implica un liderazgo disperso, así como una tendencia inherente al conflicto y la inestabilidad (1990: 111-112). De acuerdo con esto, este ensayo se propone indagar cómo este modelo originario ha sido determinante en el desarrollo organizativo del PRD por la diversidad de fuerzas confluyeron para su formación (dimensión problemática del conflicto interno) y por el postulado estratégico establecido a partir del proceso de articulación de los fines de la organización (dimensión problemática de la cohesión).

Es importante tomar en cuenta que el liderazgo carismático, como componente del modelo originario, más que orientarse a construir principios y programas

alternativos, privilegió la vaguedad de propósitos y se concentró en la demanda del sufragio efectivo, con la expectativa de un inevitable triunfo en las (sucesivas) elecciones presidenciales, punto en el que ha radicado el mito fundante del partido. Generalmente el carisma personal va asociado a fuertes resistencias a la institucionalización, pues el líder carismático no tiene interés en favorecer un reforzamiento de la organización que propiciaría la emancipación del partido de su control (Panebianco, 1990: 136). Esto ha sido determinante para la configuración de los principios, objetivos y pautas de acción del partido, de la dimensión problemática de su cohesión, al grado de definir los rasgos de sus apuestas estratégicas durante toda la vida de la organización.

La dimensión problemática del conflicto interno se dirige a abordar los dos tipos de identidades que he señalado en este trabajo, como polos hacia los que convergen los diversos grupos y facciones agrupados en el seno del partido. La tendencia radical adopta una identidad negativa, es decir, fundada en el oposicionismo a ultranza, proclive a una lógica de movimiento social. Por su parte, los impulsores de la moderación han optado por una lógica de negociación de las opciones y decisiones para la obtención de los objetivos políticos. La confrontación entre estas dos tendencias aporta elementos importantes para explicar el conflicto por el control de la organización, que no resultan simples pugnas descarnadas entre las cúpulas por el poder, como implícitamente sugiere Pivron (1999), o como sostiene abiertamente Sánchez (1999, 2001). Cabe recordar que estas tendencias representan tipos puros que no se presentan tal cual en la realidad concreta, sino que sirven como referentes generales para valorar planteamientos y conductas de los integrantes de la organización. Pero más allá de estas dos tendencias, al no articularse la organización en torno a identidades ideológicas ni programáticas coherentes, los diversos caudillos locales y líderes de las organizaciones preexistentes reclaman para sí un amplio margen de maniobra. Por ello, el liderazgo del partido requiere ser analizado más allá de la figura de Cuauhtémoc Cárdenas. Para indagar en las causas de las modalidades de funcionamiento y actuación de los perredistas resulta necesario abordar entonces los rasgos

generales de los líderes en los distintos niveles de la organización del PRD, a fin de someter a escrutinio los alcances de su compromiso democrático.

Mientras el PRD mantenga esa tensión interna entre dos tendencias principales antagónicas, y mientras la cohesión entre tradiciones y grupos tan disímiles, con sus respectivos liderazgos, que han convergido en él dependa de principios y objetivos vagos, será muy difícil que se verifique un cambio en la organización, sea hacia una institución más fuerte, sea de algún otro tipo. En esta perspectiva, la insistencia de diversos analistas en las necesidades de culminar la institucionalización omiten que este partido *ya se ha consolidado* como una institución débil. En términos del marco analítico elaborado por Panebianco, al que aluden varios autores aquí abordados, no hay un proceso de institucionalización en curso, pues éste es siempre transitorio, y ocurre expeditamente tras el surgimiento. Lo que ha ocurrido en cambio es que el nivel de institucionalización alcanzado por el partido es bajo. No existe una tendencia inherente a que esto se supere, ni mucho menos el simple deseo o voluntad por contar con un partido de izquierda más sólido y organizado, manifestados por muchos integrantes y analistas del PRD, resultan suficientes para que ello ocurra. A partir de esto, las modalidades de la cohesión y el conflicto internos se proponen como el núcleo de indagación a partir del cual fundamentar la caracterización del modelo organizativo del PRD como una institución débil.

Las características típicas de una institución débil

El sistema organizativo constituye siempre un orden negociado, como resultado del equilibrio entre presiones y demandas diversas. Los compromisos internos presentes en el sistema organizativo se desagregan como compromisos entre las distintas demandas en juego en la organización y como una exigencia de estabilidad, que posibilite su permanencia (Panebianco, 1990: 103). De esos compromisos internos surge la *articulación de los fines*, que al poner en juego los fines manifiestos o ideológicos de la organización, los principios centrales que la proveen de identidad, con los diversos intereses en pugna, los fines específicos de líderes, miembros y clientelas, hace inteligibles los comportamientos y las

actividades que se desarrollan en ella. La permanencia de un sistema organizativo depende entonces del éxito de ese compromiso entre el objetivo de estabilidad perseguido por los líderes, y los incontables compromisos de todo tipo que se presentan en el seno de una organización. Con la burocratización y el involucramiento en la rutina diaria, la organización se diferencia, y como resultado se transita de un sistema de solidaridad a uno de intereses.

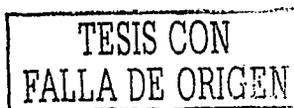
Cuadro 2
El sistema de solidaridad y el sistema de intereses

Sistema de solidaridad	Sistema de intereses
Asociación entre iguales para realizar un fin común. Prevalece la cooperación para la realización del fin	Prevalece la competencia entre intereses divergentes.
Participación tipo movimiento social	Participación tipo profesional.
Prevalecen incentivos colectivos (intangibles, de identidad)	Prevalecen incentivos selectivos (pecuniarios y materiales, por intereses).
La ideología organizativa es manifiesta: objetivos explícitos y coherentes.	Ideología organizativa latente: objetivos vagos, implícitos, contradictorios.
Estrategia agresiva que tiende a dominar o transformar su ambiente	Estrategia de Adaptación

Fuente: elaborado con base en Panebianco, 1990: 51-59. Cfr. Bruhn, 1990: 21.

De acuerdo con Panebianco, la institucionalización se concibe como el tránsito entre surgimiento y consolidación, que los partidos atraviesan como proceso natural, pero con ritmos, rasgos y alcances muy distintos entre unos y otros. Durante el surgimiento, recursos alternativos como el carisma, la movilización, la sorpresa y la denuncia del gobierno pueden compensar las desventajas estructurales e institucionales. Más tarde estos recursos se agotan, o se muestran adversos para las tareas de consolidación. Una vez que la organización se ha consolidado, los fines devienen ambiguos y quedan mediados por los imperativos de supervivencia, pero no son sustituidos por éstos. Ambos persisten, pues aunque la organización requiere proveer incentivos selectivos en forma de ingresos, oportunidades y poder, no puede dejar de legitimarse proveyendo de incentivos colectivos que afirmen la identidad de la organización.

El nivel de institucionalización de un partido, nos dice Panebianco (1990: 118), puede medirse según 1) el grado de autonomía alcanzado por la organización



respecto al ambiente y 2) el grado de sistematización, de interdependencia entre las distintas partes de la organización. Existe autonomía cuando la organización desarrolla su capacidad para controlar directamente los procesos de intercambio con el ambiente, y una mayor o menor indeterminación de las fronteras de la organización es la característica asociada al grado de autonomía. Por su parte, un alto grado de sistematización implica fuerte interdependencia entre las diversas subunidades, garantizada mediante control centralizado de los recursos organizativos y de los intercambios con el entorno. De acuerdo con esto, Panebianco (1990: 123-125) presenta los indicadores del grado de institucionalización:

- 1) Grado de desarrollo de la organización extraparlamentaria central, es decir, la existencia de una burocracia central desarrollada, de un aparato nacional fuerte ante las organizaciones intermedias y periféricas del partido.
- 2) Grado de homogeneidad entre las subunidades organizativas del mismo nivel jerárquico.
- 3) Modalidades del financiamiento; regularidad y pluralidad de fuentes de ingresos
- 4) Relaciones con organizaciones cercanas al partido; grado de predominio o dependencia respecto a las organizaciones externas al partido.
- 5) Grado de correspondencia entre las normas estatutarias y la constitución material del partido; actuación en posiciones dominantes en el partido por el control de áreas cuya autoridad se halla formalmente reconocida.

Una organización centralizada autónoma del parlamento, pero con profundas divisiones internas, la escasa homogeneidad al interior de los distintos niveles de la organización, perceptible por la dispersión, la atomización y las disparidades en sus estructuras estatales y municipales, el papel del financiamiento público en la dinámica del partido, los intercambios discrecionales con organizaciones afines o aliadas, así como la permanente disputa por decisiones de las instancias de dirección, resultan aspectos concretos relativos a dichos indicadores que merecen atención en el caso del PRD, aunque abordarlos específicamente rebasa los alcances que aquí se persiguen. La intención de presentarlos consiste en ilustrar

que la institucionalización no es cuestión de que ésta exista o no, sino que es una cuestión de grado. Lo que importa para los efectos que me propongo desarrollar, es que esos indicadores se interrelacionan en la tipología de Panebianco sobre la institución fuerte y la institución débil, que se presenta en el siguiente cuadro:

Cuadro 3
Tipos ideales de institución

Institución fuerte	Institución débil
Coalición dominante cohesionada	Coalición dominante poco cohesionada
Fuerte control sobre las zonas de incertidumbre y sobre la distribución de los incentivos organizativos	Dispersión del control sobre las zonas de incertidumbre y ausencia de un centro que monopolice la distribución de los incentivos
Menor organización de los grupos internos (tendencias)	Grupos internos organizados (facciones)
Reclutamiento de élites centripeto: ascenso por cooptación desde el centro. Los arribistas deben adaptarse a las directrices del centro	Reclutamiento de élites centrífugo: grupos diversos en condiciones de distribuir incentivos organizativos. Para ascender, hay que pertenecer a un grupo (a una facción concreta), en oposición a los demás grupos
Sistema de desigualdades autónomo e independiente del sistema de desigualdades sociales. En especial por la división del trabajo en el seno de una estructura burocrática	Sistema de desigualdades internas menos autónomo respecto a la estructura social
Participación de tipo profesional. Criterios de desigualdades de una estructura profesional burocrática	Participación de tipo civil. Más "notables" y menos "profesionales" en la jerarquía interna, los cargos electivos, etc.
Actividad política como carrera	Pocas carreras convencionales y muchos ingresos directos en los niveles medios y altos.
Ascenso desde niveles inferiores por aprendizaje	
Integración vertical de las élites. Nacen y se crían dentro de la organización	Integración horizontal de las élites. Entrada en los niveles altos, desde ámbitos exteriores en los cuales se detenta una posición de preeminencia.
Menos relaciones de clientela con sus usuarios externos	Más relaciones de clientela en razón de la presencia de notables en sus filas
Subcultura del partido más extendida: sociedad dentro de la sociedad. El dominio sobre la base social posibilita rasgos de "partido de integración social"	Adaptación a la base social, sin fuerte subcultura de partido Mayor tendencia a la corrupción

Fuente: Elaboración propia con base en Panebianco, 1990: 125-129.

Panebianco (1990: 134) advierte que ningún partido corresponde totalmente al caso de la institución fuerte ni al de la institución débil, porque éstos son tipos ideales. Sin perder esto de vista, cabe recuperar su argumento sobre la federación de dos o más organizaciones preexistentes o un desarrollo inicial por difusión, que dan lugar a una coalición dominante débilmente cohesionada, puesto que los diversos grupos poseen un poder de veto respecto a los intentos del "centro" (en el periodo de formación) de reforzarse a costa de la periferia. En este caso la organización se institucionaliza débilmente.

Las zonas de incertidumbre representan recursos del poder organizativo; constituyen factores cuyo control permite a ciertos actores desequilibrar en su favor los juegos de poder en la organización. Las principales zonas de incertidumbre se sitúan en unas pocas actividades vitales para la organización: competencia o "poder experto", gestión de las relaciones con el entorno, comunicaciones internas, interpretación de las reglas formales, financiamiento de la organización, y reclutamiento. Los actores que controlan las principales zonas de incertidumbre de la organización forman su coalición dominante (Panebianco, 1990: 84-94). Aunque no es objeto de este trabajo determinar la composición de la coalición dominante en el PRD, ni los mecanismos por medio de los cuales ésta controla las zonas de incertidumbre, o trazar su mapa del poder organizativo, conceptos que en el modelo teórico referido son constitutivos del sistema organizativo de un partido, la discusión continuará en la ruta de caracterizar a este partido como una institución débil por medio de la revisión de la articulación de sus fines, que definen los factores de su cohesión y de sus conflictos internos.

Caracterizar al PRD como una institución débil tiene como propósito llamar la atención sobre el problema de la persistencia en su sistema organizativo de concepciones y propósitos fuertemente confrontados, que no pueden explicarse limitándose a acusar la falta de institucionalización en el partido. En el fondo, esto equivale a sostener que el partido presenta los rasgos de la falta de institucionalización por la falta de institucionalización: la supuesta ausencia o limitación institucional funciona como variable *ad hoc* que explica todos los males de esta organización. Por mi parte, sostengo que el modelo originario ha sido

determinante de una institución débil. Tomando en cuenta algunos de los principales rasgos de este modelo de institución presentados arriba, existe suficiente evidencia de las características del PRD como partido cuya coalición dominante se encuentra dividida, con un control sobre las zonas de incertidumbre disperso entre distintas fuerzas o facciones en pugna, mismas que persisten como grupos internos organizados. En él las formas de reclutamiento son difusas y centrífugas, pues prevalece la carrera a partir de la pertenencia a las facciones y a organizaciones externas de diversa índole vinculadas a ellas, constituidas previa o paralelamente a la formación del partido. Son raros los casos de ascenso vertical en la estructura del partido, y resulta común en cambio la incorporación horizontal a los distintos niveles de la estructura por esa pertenencia a estructuras externas, lo que redundaría en escasos estímulos a la profesionalización. Esto representa de suyo una limitada autonomía del partido respecto a la estructura social, con lo que no se establece una subcultura propia ni una sólida integración interna. Prevalecen en cambio relaciones de clientela promovidas por líderes y notables, discrecionalidad tanto en la toma de decisiones como en el ejercicio de atribuciones, y fuertes tendencias a la corrupción. Algunos de estos aspectos están involucrados en mayor o menor medida a partir de la discusión sobre la cohesión y el conflicto en el partido, que arroja más indicios para sustentar su caracterización como institución débil. Pero es importante hacer notar que no se trata de demostrar en qué medida estos fenómenos son generalizados en el PRD o quiénes son los principales responsables de su persistencia. La cuestión es mostrar que estas características del modelo organizativo en tanto institución débil no representan simples anomalías del modelo puro de organización a las que hay que erradicar cumpliendo el proceso de institucionalización, sino que representan los rasgos propios de esta organización por las modalidades que observaron sus procesos de surgimiento y consolidación.

El modelo originario no explica por sí mismo el grado de institucionalización logrado; éste depende además de las condiciones del entorno y de las decisiones estratégicas para adaptarse a él o modificarlo. Estas decisiones son cruciales tanto en el proceso de consolidación de un partido como para la definición de sus

relaciones con el gobierno, con otros partidos y organizaciones, con la sociedad civil, además de que definen sus opciones estratégicas, sus recursos tácticos (Bruhn, 1997), y en esa medida, también la elaboración de sus proposiciones ideológicas. Tales decisiones involucran directamente el proceso de articulación de los fines. Bruhn aporta una sugerente reflexión sobre este proceso con sus conceptos de desvinculación y revinculación de las preferencias de los electores en procesos de crisis de partidos dominantes y surgimiento de nuevos partidos. Sin embargo, su atención queda dirigida precisamente al terreno de las motivaciones de las preferencias ciudadanas, más que al problema de la definición de los incentivos colectivos provistos por la organización para sus miembros y de las modalidades de la competencia por obtener incentivos selectivos.

Los incentivos organizativos, y el control sobre los mismos en tanto control de los diversos recursos tanto materiales como simbólicos de la organización, no es una cuestión limitada a las decisiones internas y al cumplimiento de los procedimientos formales establecidos en los documentos básicos de los partidos. En el caso del PRD, la resolución del proceso de articulación de los fines ha sido un problema ignorado en el análisis de su proceso organizativo, o en todo caso se le ha reducido al tránsito desde fines definidos por los líderes a fines definidos por la organización, sin establecer cuál es la diferencia entre una u otra modalidad (Meyenberg y Carrillo, 1999). La articulación de los fines implica precisamente las decisiones estratégicas de la organización, sean asumidas por liderazgos personalizados, sean reivindicadas por medio de procesos estrictamente institucionales, para garantizar su supervivencia y estabilidad una vez superada la etapa de surgimiento. Lo que está en juego en este proceso es por lo tanto la definición de los incentivos organizativos, y el control sobre los mismos.

Una institución severamente dividida, caracterizada por constantes confrontaciones internas, como es el PRD, requiere ser analizada precisamente a partir de la problematización de la generación, control y distribución entre sus miembros de los incentivos organizativos. Como se ha indicado arriba, el control y la distribución de éstos requiere plantearse directamente la definición de las modalidades de la configuración del poder en la organización, problema que

rebasa los objetivos de este ensayo. A partir de aquí, esta propuesta de análisis se plantea una tentativa para esclarecer la generación de identidad y cohesión en el partido, y los factores determinantes de la conflictividad interna. Esto implica poner especial atención en los incentivos colectivos. ¿Qué es lo que genera identidad y cohesión en este partido? La discusión de este tópico es el principal objetivo de la discusión sobre el postulado estratégico del PRD en el siguiente apartado.

Pero más allá de los recursos que articulan la (difusa) identidad de los perredistas, no pueden soslayarse cuáles son los elementos que entran en juego en su proclividad al conflicto, tanto interno como hacia el exterior de la organización. La revisión de una izquierda escindida en un par de bloques diametralmente opuestos, que se desagregan además en la atomización en numerosas facciones, completa el cuadro de una institución remotamente propensa a transitar a niveles más altos de institucionalidad.

El propósito de esta discusión es el de sustentar la caracterización del PRD como institución débil, proponiendo elementos específicos de análisis que no están definidos en el marco propuesto por Panebianco, pues éste inevitablemente no alcanza a abarcar la totalidad de los problemas que entraña el análisis de casos concretos de desarrollo organizativo de partidos políticos.

3. La cohesión en el PRD: su postulado estratégico

"Quien no sabe introducir su voluntad en las cosas, introduce en ellas al menos un *sentido*: es decir, cree que hay ya allí dentro una voluntad (principio de la «fe»)." F. Nietzsche.

F. Nietzsche.

Cohesión e ideología: el debate pendiente de la izquierda mexicana

El análisis puntual de los postulados ideológicos del PRD excede los límites de esta investigación, pero en virtud de la caracterización del PRD como partido de izquierda, resulta pertinente la discusión de las implicaciones de tal adscripción. En razón de la inexistencia de un planteamiento ideológico coherente más allá de la yuxtaposición de reivindicaciones diversas de la izquierda tradicional, cabe preguntar ¿resulta posible una identidad propia de la izquierda mexicana, de tal suerte que ésta no permanezca anclada a referentes tan dispares como el nacionalismo revolucionario, la utopía neocardenista, los dogmas de la sociedad de clases, o el potencial etéreo de movimientos y organizaciones sociales y de la sociedad civil? Sin pretender aquí ninguna respuesta terminante, se presentan a continuación algunos elementos pertinentes para discutir esta interrogante.

La sugerente metáfora de la "crisis en el cielo y en la tierra" empleada por Bosetti (1996) ofrece algunos indicios para abordar la revisión del significado de la izquierda al que apela el PRD. En el "cielo", en el plano de las ideas, el socialismo como utopía reguladora ya no sintetiza ni remotamente el conjunto de las aspiraciones que podrían congregarse en la izquierda. Por otro lado, si bien con el derrumbe del socialismo "real" no se acabó ninguno de los grandes problemas que esta corriente política siempre ha atacado, ahora tales problemas discurren fuera del ámbito de sus principios y actitudes tradicionales. En la "tierra", las profundas transformaciones en la economía y la sociedad hacen imposible pretender la constitución de una mayoría en torno al trabajo industrial, y con ello las estrategias de lucha así fundadas resultan inocuas. Bosetti refiere que las actitudes ante el Estado social y la historia, así como la propia memoria de la izquierda, todo aquello que le brinda un alma y una identidad, pero pertenecientes

al pasado, obligan a su examen, a revisar su disposición a proponerse un proyecto de agregación que tome en cuenta el patrimonio disponible, y que no se enclaustre en las ideologías previas, en las "trincheras de la conciencia" o del poder alcanzado allí donde ha obtenido triunfos electorales y posiciones de gobierno.

Sin embargo, la izquierda mexicana ha omitido el recuento riguroso de su pasado. Ya en la revisión de la perspectiva ideológica presentada más arriba se señalaba que no ha hecho el balance de su actuación ni ha procurado someter a revisión sus ideas.

"De hecho, la literatura sobre la historia del marxismo y el comunismo en México es a la vez escasa y de calidad tremendamente variable. Dejando por el momento de lado las contribuciones de los escritores y activistas comunistas, uno queda con la impresión de que los análisis académicos están más dominados por los temas de la guerra fría o por polémicas en el interior de la izquierda que por la investigación cuidadosa. El único conjunto consistente de literatura sobre la izquierda mexicana es la que se centra en el sexenio de Cárdenas. El estudioso se ve aún más desprovisto por las muy inadecuadas contribuciones hechas por el propio Partido Comunista Mexicano. A pesar de frecuentes acusaciones de que el ex PCM fue más un partido de la intelectualidad que de las masas trabajadoras, los intelectuales del PCM, con pocas excepciones, ignoraron el desafío que representa la recuperación del pasado del partido" (Carr, 1982. Subrayados míos)

Sin pretender aquí el repaso puntual de las concepciones ideológicas subyacentes en el PRD, las de la izquierda socialista y democrática, las de organizaciones populares de muy variado signo, las del nacionalismo revolucionario, del cardenismo y otras derivadas de estos tres principales afluentes, la cuestión que se abre es cómo esas tradiciones han coexistido y se han aglomerado en esta organización política. Se observa así la yuxtaposición de líneas de pensamiento diversas, sin arribar en modo alguno a una síntesis que establezca acuerdos y diferencias. ¿Cuáles son los ideales, principios o contenidos normativos que configuran el horizonte de acción y lucha de este partido? ¿Sobre qué bases fundamenta –u omite– sus ideas de futuro? Para un imaginario radical, lo popular es determinante de fatalidades históricas, la diversidad puede sintetizarse en la unidad del pueblo, la democracia está estrechamente ligada a la movilización contra lo establecido, y la ruptura del régimen vigente es condición del arribo a la

democracia (Gilly, 1990). Por el contrario, para una perspectiva moderada la democracia implica instituciones, igualdad ante la ley como garantía para la participación política, y en general conducción de la lucha política bajo el orden constitucional (Alcocer, 1990). Al definir algunos de los principales rasgos de la identidad del PRD, Inchaustegui y Carrera (1992) mostraban el peso que en él tiene la historia, por su reivindicación de la Revolución Mexicana y de las tareas de la modernización nacional, aunque anotaban la ambigüedad de reclamar la democracia como medio y fin, además de que asumían como conveniente la adopción por el partido de una identidad programática e ideológica específica.

En general en el PRD se asume al progreso, al desarrollo económico con equidad, a la soberanía y a la democracia como una suerte de grandioso destino negado por las traiciones del régimen priísta. Las pretensiones modernizadoras subyacentes en estos conceptos son indudables (Aguilar Camín, 1998) y parecen implicar un consenso interno generalizado, pero completamente difuso. Pensar una izquierda moderna en México aparece así como el reto residual de las confrontaciones irresueltas. José Woldenberg (Attili, 1997) sostiene que los atributos propios de una izquierda moderna son la democracia y el reformismo. Una izquierda comprometida con la justicia, el pluralismo y la legalidad, que apela a la razón como el fundamento de las mejores soluciones contra la opresión y la exclusión, resulta para Woldenberg la vía adecuada ante la debacle de las vías revolucionarias. Sin embargo, en la izquierda mexicana ha persistido una fuerte veta anarcosindicalista, tendiente al izquierdismo, que postula la espontaneidad e independencia de los movimientos y organizaciones sociales como atributos consustanciales de la izquierda, lo que redundaba en desmedro de las anheladas disciplina e institucionalidad partidistas (Carr, 1982. Córdova, 1986).

La recurrencia a ideas dispersas o abiertamente contrapuestas a falta de lo que Bosetti (1996) llama un "criterio ordenador" resulta entonces el marco idóneo de una organización confrontada permanentemente entre los radicales, propensos a conducirse bajo una ética de la convicción, y los moderados, más inclinados a una ética de la responsabilidad. Esta celebre distinción expuesta por Weber en "la política como vocación" brinda un referente inicial para caracterizar los

desencuentros internos entre quienes asumen que la justeza de sus causas les provee de una verdad y una moral que en última instancia descalifican al adversario, con lo que se legitiman todas sus acciones (Sartori, 1996), y quienes optan por obtener los resultados posibles aquí y ahora, que al menos garantizan mantenerse en el terreno de juego.

Sin duda las definiciones estratégicas del PRD están estrechamente vinculadas con el cálculo de las tendencias internas, más allá de los principios comunes que ambas pretenden defender. Pero no dependen exclusivamente de ese cálculo, como implícitamente sugiere Pivron (1999). Bruhn (1997: 12-13) argumenta que a falta de una identidad ideológica coherente, o nexos organizativos con sindicatos -- los patrones partidistas más típicos de la izquierda-- el PRD incurrió en una identidad vagamente definida, ligada a las luchas de diversos movimientos sociales y a las decisiones tácticas iniciales, y que la defensa de esta identidad condujo al partido a tomar decisiones electorales equivocadas. Esto tuvo consecuencias en su coherencia, estabilidad, disciplina y capacidad de actuar como una unidad, y por lo tanto, en su habilidad para influir políticas más allá de los alcances de su apoyo electoral, es decir, tuvo efectos directos en su consolidación. Lo que voy a tratar de sustentar entonces es que las incongruencias programáticas, los vicios y debilidades organizativas, así como los conflictos internos de ese partido, *también* son susceptibles de analizarse a través de una cierta concepción sobre la izquierda, fundada en principios ambivalentes, pero de cualquier modo discernibles, sobre la democracia, la igualdad y la libertad; principios que quedaron determinados por el contexto en que sobrevino la confluencia de tres tradiciones muy distintas en un mismo partido.

Es necesario indagar en qué medida las incongruencias ideológicas y las debilidades organizativas en el PRD provienen también de una densa maraña de tradiciones ideológicas y políticas con diversas concepciones sobre la política, la democracia y la izquierda. Los límites del liberalismo político y las constricciones utopistas de la izquierda representan, como se tratará de argumentar en esta sección de la propuesta de análisis que se ofrece, el marco de las herencias ideológicas centrales no asumidas por este partido. Son las aporías de estas

herencias las que lo mantienen anclado a las nostalgias de un futuro que nunca llegó, el de las incumplidas promesas de la modernidad, incluidas sus versiones mexicanizadas en el nacionalismo revolucionario y el neocardenismo.

Para la revisión de los referidos límites y constricciones, me apoyaré en algunos planteamientos críticos de Chantal Mouffe sobre la democracia moderna y el liberalismo político –que por otra parte brindan elementos para un severo ataque contra la izquierda ortodoxa–. Como contrapunto, resultan pertinentes las tesis de Margaret Canovan sobre el populismo como una sombra proyectada desde las tensiones internas de la democracia. Con estos referentes, propondré el abordaje de las tradiciones político ideológicas que han convergido en el PRD a través de los presupuestos que implica el *postulado estratégico* que ha impulsado a lo largo de toda su trayectoria, como elemento articulador de los fines de la organización, es decir, como núcleo del tránsito del sistema de solidaridad al sistema de intereses en la organización.

Los límites de la democracia moderna (y de la ortodoxia de izquierda)

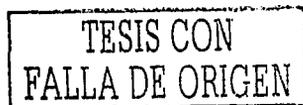
La crítica de Chantal Mouffe (1999) al liberalismo político se dirige al corazón de la tradición liberal proveniente de la ilustración, poniendo en tela de juicio sus presupuestos individualistas, racionalistas y universalistas. Pero esta crítica no se dirige a una simple inversión para postular una suerte de colectivismo trasnochado, de irracionalismo sofisticado o de particularismo relativista. Mouffe reconoce un alto valor al liberalismo político, pero ve en sus limitaciones un peligro para la democracia contemporánea. Aunque el propósito que persigue es el de reconciliar el liberalismo político con una perspectiva de izquierda socialista, aquí me limitaré a recuperar algunos de sus principales planteamientos críticos, como vías para abordar los límites de la concepción de izquierda en el PRD.

El planteamiento de Mouffe debate las dificultades políticas que enfrentan las sociedades democráticas y su escasa capacidad para afrontarlas. Ni los conservadores, ni los liberales, ni la derecha ni la izquierda, sostiene, han sido capaces de pensar las instituciones políticas fuera de sus dimensiones



universalistas, racionalistas e individualistas, es decir, en términos distintos al horizonte de la modernidad ilustrada. A diferencia de lo que reivindica el liberalismo político, el contenido de los términos políticos siempre es polémico, por lo que el acuerdo universal sobre los mismos términos de libertad e igualdad nunca es, nunca puede ser, definitivo. La pretensión de lograr que por medio de procesos racionales se alcance dicho acuerdo supone que existe una objetividad social intrínseca susceptible de ser dilucidada por medio de la argumentación, lo que nos coloca ante la exigencia de reconocer esa objetividad como una suerte de metafísica de la presencia. Esto significaría que la unidad y totalidad de la sociedad son transparentes, y corresponden a la suma de los individuos que la componen, cuyos intereses particulares son subsumibles a un interés común por medio de acuerdos racionales. Pero todo esto sólo funciona si los individuos son capaces de reconocer sus propios intereses como sujetos libres e iguales para los que no existen dimensiones problemáticas de identidad colectiva. Al ser libres de buscar su propio interés y reconocer esa libertad a todos los individuos, la sociedad termina por ser una simple suma de los intereses de cada uno de ellos (Mouffe, 1999: 49-52). En esos términos, los conflictos étnicos, religiosos e identitarios en general son simples fantasmas de un pasado que persiste, pero que sólo representa el irracionalismo y el particularismo de grupos que habrían de adquirir una identidad posconvencional de ciudadanos, para dirimir sus diferencias en el terreno de la lucha democrática y las instituciones políticas modernas.

La trampa en todo ese razonamiento moderno es que la objetividad social que postula implica que todos los sujetos han de responder de sus actos dirigiéndose sólo a cumplir sus intereses individuales, dirimiendo sus diferencias en la arena pública y remitiendo todo aquello que no es susceptible de una discusión racional al terreno de lo privado: la moral, la religión, la identidad étnica, las preferencias sexuales, las modalidades de organización de la vida familiar, las formas de ocio y expresión artística, etcétera. Pero tal perspectiva omite que consenso no significa unanimidad, y ni siquiera implica necesariamente mayorías. El hecho de que se admita el carácter laico y secular del Estado moderno y de las instituciones de gobierno no significa que no puedan emerger pretensiones de gobernar las vidas



de los demás desde perspectivas morales o religiosas, apelando a leyes previas o superiores a las que establecen las instituciones políticas mundanas. En caso de configurar una mayoría en las instancias de decisión pública, este tipo de pretensiones pueden —y de hecho lo hacen— imponer restricciones al aborto, la educación laica, la libertad de expresión, las preferencias sexuales, las formas legítimas de familia, la eutanasia o la donación de órganos, entre tantos temas no susceptibles de "consenso universal". En este tipo de temas no sólo no hay consensos, sino incluso tienden a la polarización de posiciones, y el hecho de que se encuentren vinculados ineludiblemente a cuestiones éticas no diluye su carácter de asuntos de interés público. Por estas razones, lo público sólo rara vez es objeto de acuerdos y consensos racionales.

Mouffe sostiene que el pensamiento político de inspiración liberal no logra captar la naturaleza de lo político, esa dimensión del antagonismo en las relaciones sociales. La perspectiva *racionalista, individualista y universalista* de la visión liberal no alcanza a aprehender el carácter político y constitutivo del antagonismo, porque soslaya que no es posible constituir una forma de objetividad social que no se funde en una exclusión originaria. El concepto de exterior constitutivo resulta clave en esta reinterpretación de las relaciones sociales. Toda identidad se construye a través de parejas de diferencias jerarquizadas, como forma y materia, esencia y accidente, negro y blanco, hombre y mujer. Esta idea es clave en Mouffe, pues indica que *la condición de existencia de toda identidad es la afirmación de una diferencia, la determinación de un otro que le servirá de exterior*. Esto permite comprender la permanencia del antagonismo y sus condiciones de emergencia. Toda identificación colectiva trata de la creación de un «nosotros» por la delimitación de un «ellos», y siempre existe la posibilidad de que la relación nosotros/ellos se transforme en una relación amigo/enemigo, en la sede de un antagonismo. Así, la cuestión decisiva de una política democrática no consiste en arribar al consenso sin exclusión, que conllevaría la creación de un «nosotros» sin un «ellos» como correlato, sino en establecer la distinción nosotros/ellos de un modo compatible con el pluralismo (Mouffe, 1999:14-16). Esto es, un antagonismo entre opciones bien diferenciadas que no se diluya en el consenso racional, sino

que permita la confrontación entre adversarios legítimos. El objetivo de la confrontación no es, no podría ser, el acuerdo racional, pues la confrontación no necesariamente se realiza en torno a objetos dados ni en aras de un presunto interés común a develar. Ello supondría una objetividad social originaria, omniabarcante y absoluta, en torno a la cual se puede debatir, a fin de dilucidar el bien común al que en última instancia habrían de subordinarse las diferencias iniciales entre individuos o grupos.

En esta medida, Mouffe reivindica una democracia que abandone el universalismo abstracto de la Ilustración, la concepción esencialista de la totalidad social y el mito de un sujeto unitario, nociones que, dicho sea de paso, le son muy caras a la izquierda. Para el imaginario moderno esto implicaría desembarzarse de su concepción evolutiva, lineal y teleológica de la historia; implicaría aplicar sus capacidades críticas a sus propios fundamentos para historizarlos y reconocer su carácter contingente, no determinado. Esto no significa que se les relativiza y se les coloca en términos de igualdad respecto a valores opuestos que reivindican la brutalidad, la exclusión, el particularismo o el odio, como los que profesan el fascismo, la xenofobia o los fanatismos. En términos de Giddens (1998), no podemos defender la modernidad de una manera tradicional, porque esto sólo implicaría convertirla en otro fundamentalismo. Someter nuestras ideas de lo bueno y lo justo a examen crítico no significa que rechazamos su valor, *sino que las reconocemos como objeto de polémica entre quienes sustentan interpretaciones distintas de esos términos, entre quienes les dan significados divergentes.*

Para los efectos de este trabajo la cuestión es el horizonte en que permanece inscrita la izquierda mexicana. De este modo, el problema radica en que las pretensiones omniabarcantes y soteriológicas de la izquierda, tal como aparecen en el PRD, la conducen a pretender una identificación entre sus ideas del bien, de lo verdadero y de lo justo, y en esa medida, a fundarse en una idea de la política como redención.

Las tensiones de la democracia y la sombra del populismo

Margaret Canovan (1999) sostiene que las fuentes del populismo no se encuentran sólo en el contexto social de cualquier movimiento, sino que se hallan también en tensiones en el corazón mismo de la democracia. En este sentido, el populismo no resulta un simple anacronismo o un retroceso a superarse, sino que constituye una sombra proyectada por la democracia en sí misma. Esta autora advierte que es necesario pensar seriamente sobre el reclamo populista hacia la legitimidad democrática, pues de lo contrario perderemos la oportunidad de aprender importantes lecciones sobre la propia democracia. En esta perspectiva, más que una forma ideológica específica, populismo es apelar al pueblo contra la estructura de poder establecida y contra las ideas y valores dominantes de la sociedad, y este último rasgo estructural define su *marco de legitimación*, su *estilo político* y su *ánimo* característicos.

El populismo no carece de principios ni es confuso, sino que reacciona a la estructura de poder. Los valores populistas varían según el contexto, dependiendo de la naturaleza de la élite y del discurso político dominante. Canovan explica que el intento de definir el populismo en términos de una ideología falla porque en diferentes contextos la movilización antielitista reacciona contra contenidos ideológicos distintos. Pero el populismo no es sólo una reacción contra estructuras de poder, sino también una apelación a una autoridad distinta: hablar por el pueblo. De esta manera la autora establece que pueden identificarse tres diferentes sentidos que figuran en el discurso populista, aunque en la práctica se entremezclan. En primer lugar, un sentido integrador, que alude a el *pueblo unido*, a la nación o el país contra los partidos o facciones que lo dividen; en segundo lugar, un sentido divisorio, que distingue *nuestro pueblo* respecto a aquellos que no pertenecen a él, y por último, un sentido igualitario, de *la gente común*, contra los privilegiados, los poseedores de más alta educación, la élite cosmopolita. El uso conjunto de estas distintas formas de apelar al pueblo subraya la medida en que descansan sobre un *marco de legitimidad* provisto por nociones de poder popular, es decir, por una idea de democracia.

El *estilo* del populismo se constituye en la simplicidad y la franqueza, al sostener que las soluciones a los problemas que preocupan a la gente común son esencialmente sencillas. Por su parte, el *ánimo* que mueve a la política populista no es el de la política ordinaria o rutinaria. Para el populismo la política se entiende como campañas de salvación o renovación. Canovan precisa que a este ánimo va asociada directamente la tendencia de las emociones elevadas a enfocarse en un líder carismático.

El populismo, aunque acude al pueblo, al poder y la decisión populares, de una parte parece peligroso porque es *aliberal* ("illiberal"), al desafiar los principios liberales que delimitan la democracia, y por otro lado, al poner en cuestión al orden imperante postula lo ideal en oposición a lo real. Canovan anota: "Mi planteamiento central será que la democracia como la conocemos tiene dos facetas, que llamaré «redentora» y «pragmática», y que el populismo se beneficia de la tensión entre ambas" (1999: 8). Para ello, acude a la distinción de Michael Oakeshott entre política de la fe y política del escepticismo. Este filósofo neoconservador reconoce que ambas facetas resultan indispensables.

"Desprovista de escepticismo, la política de la fe se mina a si misma hacia sus aspiraciones totalitarias, pero «sin en impulso de la fe ... el gobierno de estilo escéptico es susceptible de ser arrastrado por la némesis del quietismo político»." (Cit. en Canovan, 1999: 9)

Canovan expone que podemos lograr un mejor entendimiento de la democracia como fenómeno, y especialmente de su vulnerabilidad al reto populista, si la vemos como el punto de encuentro de dos estilos contrapuestos de política. Propone así que podemos entender la democracia moderna (idea y fenómeno) como la intersección entre los estilos redentor y pragmático de hacer política. Estos estilos, aunque opuestos, son interdependientes, y entre ellos queda una brecha en la que el populismo es susceptible de aparecer por esa tensión de la democracia misma.

- 1) La democracia es una visión redentora, ligada a la familia de las ideologías modernas que prometen la salvación por la política. Sin embargo,

pragmáticamente es un modo de dirimir pacíficamente con los conflictos de la sociedad moderna por medio de una creciente colección de reglas y prácticas.

- 2) La noción del poder popular se aloja en el corazón de la visión redentora. El pueblo es la única fuente de autoridad legítima, y la salvación se promete como fin cuando el pueblo se hace cargo de su propia vida. Pero para un punto de vista pragmático es sólo una forma de gobierno, un modo de conducir lo que es siempre una forma política particular entre otras en un mundo complejo.
- 3) Pragmáticamente, democracia significa instituciones, no sólo para limitar al poder sino para constituirlo y hacerlo efectivo. Pero en una democracia redentora (como en las políticas redentoras en general) hay un fuerte impulso antiinstitucional; el impulso romántico de inmediatez, espontaneidad y por la superación de la alineación que producen las instituciones.

Canovan expone una analogía con la concepción de Weber de una iglesia como institución en la que el carisma se rutiniza. El papel del predicador carismático en la iglesia, del profeta, es en cierto modo similar al que juega el populismo en la democracia. La democracia no puede funcionar sin instituciones alienantes ni expertos profesionales (como en la iglesia los sacramentos y los párrocos). No obstante, puede argumentarse que –como en las instituciones religiosas rutinizadas del análisis weberiano– las instituciones democráticas necesitan del arrastre ocasional de la fe como medio de renovación.

Canovan advierte que no debe olvidarse que, en el marco provisto por Oakeshott, el racionalismo está tan lejos de la política pragmática como lo está la política de la fe, y que *más bien se le puede analizar como una versión de ésta última*. Con una despiadada carga de ironía, la autora señala cómo hay una fuerte dosis de fe redentora entremezclada en el racionalismo de la mayoría de las teorías de la democracia deliberativa o discursiva, por su fe en el poder transformador de la deliberación, y en que si el pueblo llano fuera expuesto a ella, sus opiniones se transformarían en la (antipopulista) dirección correcta. Muchos teóricos así dudarían de dar poder a la gente tal como es ahora (con visiones develadas por sondeos de opinión y movilizadas por populistas), con lo que su propósito es

poner en efecto los deseos de la gente tal como serán cuando haya sido informada e iluminada por la deliberación en asambleas cara a cara.

Con un tono menos lapidario, refiere que en el posmarxismo y el posmodernismo, algunos teóricos democráticos explícitamente buscan despojar a la democracia de todo rasgo redentor y enfatizan su vertiente no mesiánica, postulando entonces una democracia sin fundamentos, como una práctica política de fines abiertos, de la que no podemos esperar mucho (y refiere directamente a Chantal Mouffe, entre otros). Sobre esto, Canovan afirma que cualquier intento de relegar el aspecto redentor de la democracia es prácticamente insostenible: le es inherente en tanto la provee del sentido y credibilidad que las simples instituciones democráticas no poseen en sí mismas, eso que justamente era indicado por Weber hace casi un siglo.

Límites y tensiones en el PRD: la articulación de los fines como apuestas de su postulado estratégico

Al abordar la perspectiva ideológica en la primera parte de este ensayo se han distinguido algunos de sus referentes y objetivos principales, así como sus conflictivas definiciones sobre el futuro, elementos que en conjunto constituyen una ideología ambigua y confusa. Ante la carencia de una propuesta programática-ideológica coherente para las transformaciones del país –de suyo improbable en una época de tendencia a la desideologización, y más aún para un partido proveniente de tradiciones tan dispares– lo más que el PRD logra promover es un cierto postulado estratégico en el que se condensan sus ideas y objetivos. Las aportaciones críticas sobre la democracia moderna de Mouffe y Canovan nos proveen de un marco de análisis para hacer algunos tanteos sobre las pretensiones totalizadoras del PRD inscritas en dicho postulado, y sobre las tensiones internas entre quienes que en este partido reclaman la fidelidad al mismo.

Conviene tener en cuenta cuales han sido las principales corrientes político ideológicas que convergieron en el origen del PRD, cuyos distintos grupos y personalidades se han diluido y reagrupado en las más diversas alianzas, aunque

éstas resulten muchas veces efímeras e inestables. A grandes rasgos, las principales tradiciones que confluyeron en el PRD son tres:

- El nacionalismo revolucionario, la "ideología oficial" de la Revolución Mexicana, y más específicamente, la ambigua utopía populista representada por el cardenismo. La vertiente acendradamente nacionalista y estatalista del perredismo proviene directamente de esta corriente, que descalifica al neoliberalismo priista ante todo por sus traiciones a la soberanía nacional.
- La izquierda "partidista" que desde sus orígenes en el Partido Comunista Mexicano (PCM) se había agrupado hacia los ochenta en el Partido Socialista Unificado de México (PSUM) y en el Partido Mexicano Socialista, experimentos unitarios que iban adoptando una tendencia parlamentaria y reformista. La ambivalente y muchas veces trágica relación de esta corriente con el Estado mexicano se había mantenido constantemente en el filo entre la revolución y el apoyo abierto (Carr, 1996).
- La izquierda "social", representada por una enorme diversidad de movimientos y organizaciones sociales, de base social difusa, principalmente de asentamientos urbanos irregulares, estudiantes, campesinos sin tierra, y trabajadores de pequeñas empresas y actividades informales, con una marcada propensión al radicalismo. En esta vertiente es en la que más se percibe el peso de la herencia anarco sindicalista en la izquierda mexicana (Carr, 1982; Córdova, 1986).

En 1988, el torrente de movilización desencadenado con la ruptura de la Corriente Democrática del PRI le aportó a la izquierda el legado nacionalista y cardenista. Este aliado/adversario inesperado/indeseado compartió con la vertiente reformista de la izquierda mexicana la exigencia de más democracia, planteándose como misión central el respeto al voto: "Democracia ya". Pero por otra parte, y tal vez más importante aún, proveyó a la izquierda social de un referente de identidad que no podía derivar de sus difusas referencias a las virtudes de la lucha proletaria o del poder popular. El cardenismo como mito fundante de una gran idea de unidad entre el pueblo y el Estado nacional le aportó a líderes y organizaciones dispersos



una raíz *popular y nacionalista* que no podían reconocer como legítima en el PRI: "Patria para todos" (cualquier cosa que esto signifique). Esta confluencia puede contribuir a explicar la persistente alianza en el ala radical de cardenistas y antiguos militantes de la izquierda "antielectoral" o "antiparlamentaria".

A partir de estos elementos es posible delinear ciertos aspectos clave que subyacen en el postulado estratégico vigente en toda la trayectoria del PRD, los cuales reflejan, así sea en forma difusa y polémica, los propósitos últimos que posibilitan tanto la unidad frente a los adversarios externos, como el difícil equilibrio entre sus dos principales tendencias internas y entre los innumerables grupos y facciones que en torno a ellas convergen, siempre con una pretensión unitaria que aspira a abarcar, o al menos a convocar, a la totalidad de la sociedad mexicana. En otros términos, estos elementos del postulado estratégico representan el núcleo de los símbolos y principios en torno al cual se articulan los fines en el PRD.

1. La *democracia* como valor que engloba medios y fines. No se trata de democracia política o liberal. Se le esgrime como un valor abstracto que entremezcla libertades políticas e igualdad económica, en una suerte de izquierdismo democrático tributario de ideales socialistas y del liberalismo social decimonónico.
2. *Respeto al voto* como planteamiento táctico universal. Valor práctico que ha derivado en el predominio de lo electoral y de las consultas como método para tomar decisiones, elegir dirigentes y candidatos a cargos de elección popular. La *casi* unanimidad con la que en el PRD se ha impuesto la identificación entre elecciones y democracia ha tenido consecuencias muy concretas en su desempeño. Enrique Semo (1999a) admite que este partido "confunde elecciones con democracia", y Arnaldo Córdova señala que las elecciones universales como mecanismo de decisión se han erigido en un dogma del partido (*La Jornada*, 11 de abril de 1999). En el extremo, podría parafrasearse su lema como: "*Elecciones ya, votar para todo*". La insistencia con que el Jefe de gobierno del Distrito Federal, Andrés Manuel López Obrador, pretende

someter a consulta prácticamente cualquier asunto resulta ilustrativa de esta consigna desproporcionada.

3. Desplazar al PRI del poder (o a su programa económico) como fin estratégico irrenunciable. *Conditio sine qua non* que ha justificado la acción y la existencia propia. La democracia y la justicia sólo serán posibles tras la *derrota del PRI* –o bien de su programa “neoliberal” compartido por el PAN– no necesariamente por la organización, las iniciativas político-económicas y la lucha de la sociedad, sino en las urnas. El principio revolucionario o transformador está mediado así por la validez de la competencia electoral. El mito de la sociedad del futuro queda reemplazado por el mito del acceso al poder tras el triunfo en la elección presidencial, que deviene entonces fin en sí mismo.

Esta apretada síntesis requiere precisarse y discutirse en sus innegables implicaciones, por lo que se propone como tópico abierto para discutir las razones de la cohesión en el PRD, no como conclusión de este trabajo. Por otra parte, cabe agregar que en su postulado este partido ha proclamado en todo momento la lucha por la libertad y por la igualdad, valores típicamente modernos y de la izquierda. Sin embargo, la confusión –o la omisión– al definirlos y delimitarlos lleva al extremo de absolutizarlas despojándolas, paradójicamente, de cualquier contenido concreto, con lo que se les esgrime para legitimar cualquiera de sus prácticas más habituales.

- ... La reivindicación de la *igualdad* ha derivado en el populismo, apologizando dinámicas de movimiento social, frentes o bloques opositores, la “movilización” y la “organización” social, pero incurriendo en vicios como el corporativismo y el clientelismo (Levario, 1999; Semo, 1999). Se reivindican los derechos sociales, el acceso a servicios públicos, educación, vivienda, salud y el mejoramiento de las condiciones de vida, pero se procura manipular el acceso a los beneficios para enfocarlos preferentemente a las clientelas leales congregadas en las organizaciones afines, a fin de garantizar su apoyo en las diversas contiendas electorales.

“La falta de control (sobre los colaboradores perredistas de Elio Villaseñor en la delegación Iztapalapa) se reflejó en el desvío de recursos financieros y materiales

de la delegación para apoyar trabajos de gestión y tareas proselitistas de grupos afines o, bien, de diputados locales del PRD, como Alfredo Hernández Raigosa, quien obtuvo de la subdelegación de Obras casi 200 toneladas de cemento." ("Iztapalapa, botín de grupos del PRD, PRI y PT; el gobierno del DF ya investiga a funcionarios", *Proceso* No. 1169, 28 de marzo de 1999)

⇒ Por otra parte, en la lucha por la *libertad* se ha incurrido en el privilegio de lo electoral, con la confusión entre democracia y elecciones, que ha redundado en manipulaciones y excesos en el uso del sufragio universal: todo puede resolverse por la expresión de la voluntad popular mayoritaria a través del voto. Esta voluntad expresada en las urnas o en cualquier otra forma de participación directa es el referente que habrá de definir las posiciones internas, las candidaturas e incluso las soluciones a las necesidades y problemas sociales. Así, la libertad es ante todo una libertad colectiva: la libertad de la mayoría.

"El hecho es que muchos de sus dirigentes están ligados con seguidores por una relación clientelar de *yo te consigo y tú me apoyas*. Y ellos usan estas fuerzas clientelares en cada elección, en cada conflicto que existe dentro del partido. Y en última instancia, en esta locura de la confusión entre democracia y elecciones en el PRD; hay la creencia de que democracia son elecciones y todo el tiempo están eligiendo a alguien, y como no tienen los medios para controlar los procesos electorales adecuadamente y como hay grupos clientelares, el resultado es el caos" (Enrique Semo, "La izquierda en la contienda electoral dispersa, confundida, confrontada...", *Proceso* No. 1227, 7 de mayo de 2000)

Este postulado estratégico concibe al ciudadano simplemente como elector, pues el "ritual" de la elección mayoritaria como expresión de la voluntad popular es lo que permite renovar constantemente el poder, y en última instancia, lo que llevará a alcanzar la presidencia escamoteada en 1988, ese gran propósito último largamente acariciado. Por otra parte, la libertad y la igualdad en su ambigüedad sólo pueden asimilarse la una a la otra, en una especie de reconciliación en la unidad del pueblo libre que mayoritariamente habrá de optar por su "partido histórico" (Gilly, 1990).

Cabe advertir que los ambiguos valores de libertad e igualdad asociados al maximalismo del postulado expuesto no pretenden derivarse aquí de sus sucesivos postulados doctrinarios y programáticos, sino de los inadmisibles

efectos que la ambigüedad ideológica del PRD justifica respecto a algunas de sus prácticas políticas más características, visibles en cualquiera de sus corrientes y grupos. Lo que se procura es ilustrar los severos reduccionismos sobre la democracia, la igualdad y la libertad en que incurre el PRD, mismos que se fundan tanto en las tradiciones político ideológicas que en él confluyen, como en las pretensiones de representación y legitimación popular con que ha aspirado a distinguirse del pasado autoritario inmediato. No provienen de alguna perversión intrínseca del perredismo, ni mucho menos de tendencias inherentes a la izquierda política. Proviene de las confusiones e insuficiencias de sus esfuerzos para construir su identidad como izquierda en el contexto del cambio político en México. Pero esta cuestión no es un asunto de lo que se plasma en principios, programas y estatutos, sino de sus formas de acción, sus relaciones con el poder público y la sociedad, y de su capacidad para promover iniciativas políticas.

A fin de cuentas las pretensiones universalistas del PRD amalgaman menos el racionalismo moderno, la izquierda socialista o los valores del liberalismo político, que una pretensión unificadora de la nación mexicana en el gran destino nacional popular traicionado por el autoritarismo priista y por los sucesivos gobiernos neoliberales de los que el PAN, según esta visión, ha sido aliado.

"Nuestro partido se nutre de las ideas, los movimientos sociales y las instituciones que la *evolución nacional* engendró en sus etapas *más creativas* y en sus definiciones *más radicales*. Por vocación democrática y *herencia invaluable* hace suya la tradición que va de los insurgentes y liberales del siglo XIX a los movimientos sociales de las últimas décadas, de las sufragistas de principios de siglo a las feministas de hoy, de los obreros y campesinos que han defendido los ideales revolucionarios a los sindicalistas democráticos" (*Declaración de Principios*, aprobada en el Primer Congreso Nacional del PRD, celebrado del 16 al 20 de noviembre de 1990. Subrayados míos)

Así, cabe advertir que ese imaginario totalizador y nebuloso en modo alguno se plantea aquí como privativo de la vertiente radical del PRD. Esas pretensiones inscritas entre líneas en el ideario perredista son consecuencia directa de sus indefiniciones y de sus métodos, que en mayor o menor medida son compartidos por todos sus integrantes, y es la disputa permanente por la reactualización de ese legado lo que mueve a las principales tendencias internas del partido. No hay una

disputa ideológica estrictamente hablando en el PRD, porque todos aquellos que en él buscan concretar sus objetivos políticos le apuestan a la permanencia y el control del modelo organizativo existente y de los fines ideológicos inscritos en su postulado estratégico. No se trata de que éste constituya un código monolítico al que se remiten intrínsecamente las ideas y conductas de los miembros del partido, sino de que los usos y abusos que se observan en él tienen como justificación las vagas y contradictorias ideas que se enarbolan como sus principios sobre la izquierda, la igualdad, la libertad y la democracia.

En esta perspectiva, las tendencias moderada y radical no son simplemente la derecha y la izquierda internas, ni los promotores de una democracia procedimental y acotada frente a los que anhelan una democracia "verdadera", "social", "directa", ni los defensores de la organización contra los vasallos del caudillo, ni distinciones por el estilo. En la medida en que el postulado estratégico que articula los variados fines de la organización permite enmarcar los valores ideológicos difusos y los intereses muy diversos de la élite del partido, la transformación, la clarificación y la divulgación de los principios del mismo entre sus miembros, en aras de una identidad definida, no resulta una tarea prioritaria.

La falta de definiciones precisas respecto a sus propósitos y propuestas no parecen de cualquier manera determinantes para conservar su base electoral ni para atraer nuevos simpatizantes. Bruhn (1997: 196) anota que sus entrevistas con miembros del partido sugerían que las lealtades personales, el antipriísmo, la posibilidad de incentivos en áreas que el PRD apoya, y la experiencia compartida de sacrificio tendieron a reforzar los compromisos con el PRD. Para esta autora, el programa ideológico no se convirtió en una fuente primaria de apoyo o lealtad de los activistas, y fracasaba para atraer activistas nuevos. Más aún, en su estudio encontró que los activistas tendían a identificarse más con aspectos o facciones del partido, y a ingresar o desertar con ellas.

"Paradójicamente, la confusión ideológica del PRD está enraizada, al menos parcialmente, en los factores que inicialmente contribuyeron a su éxito. Durante su periodo inicial la coalición cardenista mostró fuerza desde la vaguedad de su postulado ideológico, permitiéndole acercarse a un amplio y multclasista grupo de

activistas. La incorporación de muy diversos grupos frenó la subsecuente construcción de una identidad ideológica." (Bruhn, 1997: 198)

Esta autora ya indicaba que la diversidad ideológica propició la fragmentación interna del PRD, y que los vínculos de los miembros del partido obedecían más a recompensas menos tangibles como orgullo, influencia, el sentimiento de haber contribuido a una buena causa, e incluso al placer de la venganza. Así, los vínculos ideológicos y por incentivos configuraban un vínculo estratégico referido a una identidad negativa. Los activistas se unían al PRD en parte porque su identidad se fundaba en el rechazo al partido gobernante, así como por un cálculo estratégico de que este partido tendría mejores oportunidades de ayudarles a expresar su rechazo (no hay que olvidar Bruhn concluyó su trabajo en 1992, y se publicó en 1997 con pocas modificaciones).

El hecho concreto es que los indicios apuntan a que la identidad de los perredistas ha estado más fundada en todo aquello a lo que se oponen que en el acuerdo mínimo sobre lo que proponen, y esto podría aportar elementos para explicar cómo a partir de situaciones de crisis como la de 1995, el PRD inició un proceso de crecimiento en las preferencias electorales que no necesariamente contribuyó a su consolidación. Ha sido constante el señalamiento de la incapacidad del PRD de lograr construir algo más allá de la protesta con toda la energía social que en distintos momentos ha logrado congregar.

"Las grandes movilizaciones populares que acompañaron la campaña presidencial del FDN-PMS en 1988 ciertamente despertaron el entusiasmo de millones de activistas obreros, campesinos y de clase media (...). Pero la energía que desataron se canalizó principalmente hacia la pugna electoral y hacia protestas contra las consecuencias 'antipopulares' de la política económica del gobierno, más que a la creación de formas organizativas *nuevas* que pudieran permitir la adquisición de cuotas de poder y preservar y profundizar la nueva confianza en sí mismos que han ganado los democratizadores." (Carr, 1996: 321)

La hipótesis que entraría en juego en estas condiciones es que al tener acceso a incentivos selectivos, por las prerrogativas y los cargos públicos, los vínculos con el partido han pasado de ser preferentemente simbólicos y de identidad, aunque fuera negativa, a fundarse en el acceso a recursos materiales y pecuniarios, sin un

replanteamiento de sus propósitos y sus propuestas. De tal suerte, la vaguedad e imprecisión de sus fines va directamente asociada al predominio de ambiciones e intereses por encima de cualquier tipo de principios, propuestas y acciones efectivas de cambio. Es decir, el modelo organizativo que se ha consolidado impone esa asimetría entre incentivos colectivos y selectivos, aunque esto por sí mismo no es determinante de los cambios que habrán de perfilarse en la organización.

Siendo consecuentes con las propuestas teórico conceptuales de Panebianco, las alternativas relativas a una reconfiguración de la articulación de los fines en la organización sólo podrían perfilarse entonces con el análisis de la coalición dominante del partido, para definir los desequilibrios y eventuales choques entre los grupos que detentan el control de las zonas de incertidumbre, el cual determina la distribución de los incentivos organizativos (Panebianco, 1990: 91). Sólo a partir de una situación de crisis severa en el control sobre las zonas de incertidumbre podría establecerse si la organización se perfila para atravesar por un proceso de *sucesión de los fines*, es decir, de sustitución de los fines oficiales por otros que redefinan la identidad organizativa y alteren la composición de la coalición dominante (Panebianco, 1990: 456-457). Esta tarea rebasa los objetivos del presente ensayo, pero queda abierta para investigaciones ulteriores.

Las pretensiones de reconciliación del total de la sociedad mexicana por medio de la expresión en consultas y elecciones son el reflejo de una concepción tributaria de un racionalismo prosaico, según el cual es posible un consenso universal que concluya la antidemocracia y las desviaciones de los anhelos populares cometidas por el PRI y sus aliados. El planteamiento evolutivo, la fe en el progreso, y el horizonte de la modernización clásica con sus aspiraciones de control y dominio racionalista sobre la realidad constituyen el fondo último de ese tipo de esperanzas. Una vez que todos los demás demonios y tragedias han emergido de la caja de Pandora de los procesos de modernización en México, para el PRD persisten las viejas esperanzas de salidas racionales y universales que unifiquen al pueblo contra los enemigos y obstáculos que se oponen a su grandioso destino. El postulado estratégico del PRD resulta a fin de cuentas una expresión particular

de los sueños de la razón moderna, que de cualquier modo unifica a sus miembros y le da algún sentido a su acción errática y contradictoria.

A continuación se abordará la caracterización del conflicto en la organización, por una parte entre dos tendencias centrales, en torno a las que se agrupan las numerosas facciones, y por otra parte entre los incontables liderazgos dispersos. Esto permitirá plantear algunas proposiciones sobre las relaciones con el entorno y sobre el reclutamiento de los líderes en la organización; pero siempre con el objetivo de caracterizar los elementos constitutivos del modelo organizativo del PRD, los cuales han sido determinantes en su consolidación como institución débil.

4. El conflicto moderados radicales

“Cuando encontramos alguna mención de instituciones o personas bien aventuradas, siempre es para lamentar su pronta desaparición; si alguien glorifica al Estado vigente o ensalza a algún contemporáneo, podemos concluir sin temor a equivocarnos que cobra un sueldo por ello. La *insatisfacción* es la reacción más general, espontánea y desinteresada que han consignado los humanos respecto a lo que en cada momento histórico constituye su presente. Seguro que siempre han tenido buenas razones para ello. Las mismas que asistían a Borges cuando acotó, hablando de uno de sus antepasados: «le tocaron, como a todos los hombres, malos tiempos en que vivir».”

Fernando Savater

Se ha sostenido en este trabajo que en el PRD las principales tendencias en disputa son los moderados, caracterizados por su orientación reformista, institucional y proclive a adoptar responsabilidades de gobierno (prosistema), y los radicales, de orientación contestataria, movimientista-frentista, renuente a colaborar con el gobierno (antisistema). A su vez, las facciones o grupos de presión se alinean en torno a estas fracciones principales según los cálculos de éxito inmediato de los respectivos líderes, de acuerdo a las posibilidades de que éstos provean de incentivos organizativos, tanto colectivos como selectivos. Si bien el postulado estratégico definido arriba apunta a brindar indicios sobre la cohesión del partido, más allá de la figura del líder carismático, para poder definir el sistema organizativo, y consecuentemente las relaciones de poder al interior de la organización, sería necesario indagar cómo es que dichas tendencias han establecido su control sobre ciertas zonas de incertidumbre, y cómo los distintos grupos facciosos han participado del reparto de ese control, por medio del cual se posibilita el acceso a los incentivos organizativos.

Conviene tener en cuenta que en el marco analítico de Panebianco (1990: 64) poder no significa una relación unilateral de control y dominio, sino una relación de intercambios desiguales, en la que el ejercicio del poder supone la satisfacción, así sea parcial, de las exigencias y expectativas de los otros, y en esa medida, el poder se encuentra limitado por la naturaleza misma de la interacción.

Otra cuestión que queda abierta es que la redefinición del postulado estratégico aquí presentado supondría una profunda redefinición del poder organizativo, un severo cambio en la organización, al apuntar a la sucesión de sus fines, es decir, a la redefinición de sus objetivos (Panebianco, 1990: 454 y ss); pero ahondar en este asunto excede los objetivos de este trabajo. Por el momento, sólo se proponen algunas hipótesis sobre los antecedentes generales del alineamiento al interior del partido de las tendencias moderada y radical, en términos de sus apuestas políticas generales. A través de estas apuestas es como pretenden definir las relaciones con el entorno, con la ciudadanía y la sociedad en general, y con el poder público, sea como oposición o como gobierno, con lo que configuran la disputa por una de las zonas de incertidumbre definidas por Panebianco. Estas apuestas nos permitirán proponer algunas inferencias sobre la relación de imperialismo que el PRD aspira ejercer sobre los movimientos sociales.

Las raíces del conflicto

En el PRD, que se reivindica como un partido de izquierda, la añeja pretensión de ser un partido de vanguardia histórica, con aspiraciones universalistas, capaz de unificar al todo social en algún objetivo histórico y con un acendrado espíritu *antisistema* –convicciones que en términos de Canovan alimentan una *política redentora*–, se confronta internamente con una tendencia de orientación limitada, dirigida a la construcción de escenarios realistas, acuerdos parciales tendientes a aproximarse a los objetivos últimos sin alcanzarlos necesariamente, dirigida a configurar mayorías, en un ánimo de *integración*, con todo lo anticlimático y antiutópico que esto resulte –una *política pragmática*–. Ninguna de estas modalidades es pura ni axiológicamente superior a la otra. Este antagonismo, que no es una simple herencia del sistema de partidos previo a la transición, o la persistencia de fantasmas ideológicos de la época de la Guerra Fría, ni una pugna cruda por intereses y poder, tiene como trasfondo la reivindicación del postulado estratégico descrito más atrás, y en esa medida, la actuación en el marco de los fines asociados al mismo.

La unidad de la izquierda mexicana, penosamente construida durante los ochenta y que paulatinamente trasladó sus fines de la revolución socialista a la lucha por la democracia, se vio arrastrada en la ola del neocardenismo y después se sumó a la construcción del PRD aportándole su registro oficial, su experiencia organizativa y un legado histórico que ha quedado arrumbado con los trastos viejos. Ha sido así en buena medida porque, aunque en este partido ya a nadie le interesa la revolución socialista (y fuera de él prácticamente a nadie), la gran redención por la vía de la democracia es lo que lo ha movido siempre. El problema irresuelto, entonces y ahora, ha sido determinar cómo se ha privilegiado el espíritu de fusión por encima de las cuestiones de estrategia. La "unidad" ha permanecido como un fin en sí misma, en tanto lo único que importa es derrotar al formidable enemigo, la lucha es contra el "afuera constitutivo", contra aquello que impide ser lo que se quiere ser: democráticos, libres, justos.

"En nombre de un recién descubierto y poco asimilado pragmatismo electoral, las fusiones se han realizado sin debatir ni plantear siquiera las cuestiones básicas involucradas en una redefinición democrática del socialismo mexicano, lo que no ha dejado de pesar en los fracasos relativos de tales fusiones. Pero más grave es que la vieja identidad doctrinaria no parece haber sido verdaderamente superada, sino más bien transfigurada a causa de esta ausencia de discusiones razonadas. De esta manera, en buena parte de las declaraciones y artículos de los dirigentes y voceros del PMS-PRD se trasluce, bajo una terminología democratista, el viejo discurso marxista doctrinario, revolucionarista y utópico. Un discurso que más allá de sus efectos retóricos parece permear la visión política misma de los problemas del país y, en primer lugar, del proceso posible y deseable de una transición democrática." (Salazar, 1989)

La vertiente radical de la izquierda mexicana, recelosa de la organización, con un acendrado espíritu de secta y vocación épica, ha mantenido una presencia constante en México desde fines del siglo XIX. Barry Carr (1986) anota que la contribución de la tradición anarquista y anarcosindicalista representa un expediente soslayado por la izquierda mexicana. Este historiador analiza las tendencias anarquistas predominantes entre los trabajadores organizados a principios del siglo XX en México, y las asocia con el difuso significado que el socialismo fue adquiriendo en nuestro país, en el contexto del antecedente inmediato del férreo autoritarismo porfiriano. A pesar del escaso conocimiento de Marx y de las ideas de la socialdemocracia en México, recibidas a través del filtro

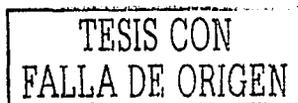
del positivismo francés, y en el mejor de los casos, según las interpretaciones anarcosindicalistas, a principios del siglo XX, el "socialismo" tuvo una acogida entusiasta entre muchos intelectuales y personalidades políticas durante la revolución armada. Carr se pregunta por qué tanta gente se sintió inclinada a identificarse con las corrientes socialistas.

"Parece claro que los planteamientos socialistas encubrían posiciones esencialmente populistas y estatistas. El uso del término reflejaba muchas veces la visión, cada vez más aceptada, de que el objetivo supremo del Estado revolucionario era el establecimiento de la paz social y del bienestar colectivo por medio de un riguroso equilibrio de clases. Pero para otros, «socialismo» era una palabra en clave que distinguía a los sectores que se identificaban con la revolución y los que se ubicaban en el bando reaccionario." (Carr, 1986)

Arnaldo Córdova (1986) coincide con Carr respecto a la influencia predominante de los anarquistas en los albores de la izquierda en México, aunque su juicio es mucho más adverso.

"En México fueron también europeos los que introdujeron las ideas revolucionarias, pero su obra no fue la de una gran corriente migratoria, sino la de una aventura personal que prendió tarde y poco. A México, por lo demás, no llegaron revolucionarios marxistas o social demócratas, sino, preferentemente, anarquistas del más viejo cuño, radicales y sectarios, atrasados y de escasa cultura, que despreciaban la acción de masas y preferían las catacumbas de la clandestinidad y el golpe de mano (la "acción directa", como solían decir hasta bien entrados los años veinte)." (Córdova, 1986)

Córdova acusa al anarquismo de haber dejado una impronta indeleble en los métodos y actitudes de la izquierda mexicana, especialmente en sus preceptos antiintelectuales, antiestatistas, de combate sin cuartel al enemigo de clase y fe en la transformación por vía de la pura revolución. Así se fundaba el dogma milenarista de la historia según el cual el socialismo y el comunismo llegarían como algo que trascendía la voluntad de los hombres. La historia de los tropiezos era para los izquierdistas como una cadena heroica de fracasos momentáneos, sin mella en el esfuerzo permanente en pos del "combate final". Para esta veta de la izquierda, la única opción admisible ha sido la toma del cielo por asalto, la polarización de fuerzas y el inminente choque final con el enemigo. Cualquier otra cosa es transacción, claudicación, traición.



Si bien el desdén de la izquierda radical por la bandera de la democratización del sistema político y de las organizaciones obreras, campesinas y populares alcanzó su forma más pronunciada en los movimientos guerrilleros de los años setenta, también caracterizó a un amplio sector ubicado en la izquierda grupuscular, populista y sin partido hacia los ochenta. El afán profético pesaba mucho en las organizaciones más marginales, arraigadas entre los asentamientos urbanos irregulares y las huelgas obreras en la pequeña y mediana industria (Córdova, 1979. Barbosa, 1983). Este indicio es particularmente importante para tomar en consideración que la línea radicalizada no necesariamente es un fenómeno arbitrario, caprichoso o circunstancial. El izquierdismo parece responder más a factores estructurales, que a una simple cuestión de políticas "erróneas" y "anacrónicas" que han de subordinarse a formas más "ordenadas" o "civilizadas" de acción política.

En este sentido, resultan especialmente ilustrativas las observaciones de Fabio Barbosa (1983), que indican la propensión al radicalismo entre los sectores con menor capacidad de negociación de compensaciones, cuyos líderes, a falta de otras opciones para responder a las exigencias de sus bases, se veían inclinados a profundizar conductas desintegradoras. Así, encuentra que el radicalismo, más que ser un fenómeno aislado y coyuntural, ha estado relacionado con grupos ajenos a los sectores más consolidados de la clase trabajadora y sus organizaciones.

"El fenómeno radical corresponde a las capas sociales rechazadas por el proceso de industrialización, cuyas formas y niveles son permanentemente desbordados no sólo por su incapacidad para crear empleo suficiente sino también por las características de la historia demográfica contemporánea que hasta hace poco hacían del nuestro uno de los países del mundo con más alta tasa de crecimiento." (Barbosa, 1983)

Barbosa alude además a un contexto de severa crisis económica, con las consiguientes limitaciones de recursos disponibles para la tradicional cooptación de las organizaciones y sus liderazgos. Esto apunta a una cuestión nada nueva: que la agudización de la exclusión social y las constricciones institucionales

preparan el caldo de cultivo de los estallidos sociales, o por lo menos del radicalismo populista.

En contraste con esto, la cuestión de *las condiciones* en las que surge la posibilidad de construcción de la organización y fortalecimiento institucional es lo que adquiere relevancia al hablar de una tendencia moderada. Mientras el peso de las concepciones espontaneistas y los afanes heroicos tienen un fuerte peso en la izquierda mexicana, la tarea de la construcción organizativa ha dejado rastros más bien imperceptibles. No se trata de que alguna de las opciones moderadas – radicales sea de suyo superior táctica y estratégicamente para alcanzar fines políticos. Polarizar o conciliar son opciones factibles en cualquier circunstancia, con consecuencias indeterminadas que no pueden calcularse de antemano. El hecho es que al interior de la izquierda esta disyuntiva ha sido un factor permanente de disputa interna.

Barry Carr (1996) expone un ejemplo interesante. Refiere como a fines de 1981 esta disputa se concretó con la creación de dos organizaciones contra la austeridad: el Frente Nacional por la Defensa del Salario Contra la Austeridad y la Carestia (FNDESCAC) y el Comité Nacional para la Defensa de la Economía Popular (CNDEP). Para el PSUM, los planteamientos del primero resultaban economicistas y privilegiaban la convocatoria a movilizaciones. El activismo propugnado no apuntaba a una alternativa económica de la izquierda, argumentaba. Por su parte, los integrantes del Frente denunciaron tanto pretensiones del CNDEP de democratizar y modernizar el capitalismo, como desdén por la oposición de masas contra los ataques gubernamentales a los niveles de vida.

"Implicitamente, se condenaba al PSUM porque la Reforma Política lo había llevado a favorecer las actividades parlamentarias a expensas del trabajo de masas. Una importante corriente dentro del propio PSUM compartía esa crítica al «parlamentarismo»."

"Aunque la disputa entre el FNDESCAC y el CNDEP se resolvió pronto, la tensión entre las tendencias que cada uno representaba –negociación política para lograr una solución popular a la crisis o ataque frontal al estado mediante constantes movilizaciones de masas– siguieron desgarrando a la izquierda." (Carr, 1996: 300)

El asalto al poder que se proponen los partidarios de la visión maximalista rara vez, o nunca, toma en cuenta la cuestión de la organización del orden alternativo. Plantearse la toma del poder ha resultado más acuciante que las eventuales tareas encaminadas a la modificación de la correlación de fuerzas en la sociedad. Como consecuencia de ello, ha resultado mayor la preocupación por el fortalecimiento del partido y por garantizar su función presuntamente dirigente, que por su articulación constructiva con las diversas formas en que se concreta el movimiento social tendencialmente transformador (Pereyra, 1982).

Córdova (1979) reconstruye el enorme peso que tuvieron en México las organizaciones de masas para la expresión pública y la construcción del poder estatal, ubicándolas como el vértice del control y la manipulación políticas. De ahí desprende que más que la ciudadanía o los partidos, en México los sujetos políticos han sido las organizaciones de masas, por lo que no resulta posible la organización política de ciudadanos individuales, en tanto existe una acendrada tradición corporativa de la organización política. La democratización de esas organizaciones resultaba así una condición esencial para la lucha de la izquierda.

"Si se quiere ser exactos, hay que decir que en México, después de 1938, jamás han existido verdaderos partidos de masas, que son, de verdad, un resultado de la política de ciudadanos en la era del sufragio universal. Su principio, como no podía ser de otra manera, es la adhesión masiva de los ciudadanos. Aquí nunca ha habido política que haya sido, a la vez, de ciudadanos y de masas. Ese es un lujo que sólo las grandes democracias capitalistas se han podido dar. En México, como lo muestra el caso del partido oficial, existen organizaciones de masas, de carácter clasista o estamental, dominadas o, mejor, coordinadas por un partido. En estas condiciones una izquierda que quiera jugar a la política de ciudadanos, es por lo menos una izquierda suicida." (Córdova, 1979)

Ante el énfasis de la izquierda más recalcitrante en el colectivismo, y frente a los retos particulares que imponen tradiciones políticas que en nuestro país poco han aportado respecto a la autonomía y la libertad individuales, adquiere especial relevancia la cuestión del individuo y las libertades para la izquierda mexicana. La reducción implícita del ciudadano a elector, la asunción de la representación de grupos y protestas sociales específicos, o la proclamación del respeto a las preferencias personales, contenidos habituales del discurso perredista, dicen poco en torno al problema planteado por Córdova. Esto conduce a la necesidad de

pensar a la ciudadanía como una dimensión de religación colectiva, más que como un asunto de individuación electiva, es decir, de vinculación del individuo a formas de identificación y acción que no necesariamente pasan por el ejercicio del sufragio (Sánchez Jiménez, 1996), o bien como una posibilidad de participación por medio de la institucionalización de los intereses organizados (Offe, 1985; Schmitter, 1992). Abundar en estas cuestiones no es el objetivo de este trabajo, pero es importante apuntar el problema por su estrecha relación con la concepción de la democracia y de la ciudadanía enarbolada por la izquierda mexicana.

La persistencia del conflicto

Antes de 1988, la izquierda mexicana había entrado en la ruta de la democratización, aunque reivindicaba una identidad socialista, y persistía en el esfuerzo de la unidad. Pero tras el fenómeno neocardenista y la convocatoria a la formación del Partido de la Revolución Democrática, la unidad pareció dirigirse sólo a sumar los votos contra el PRI. En su fundación, el PRD aspiraba a ser un partido de ciudadanos, pero el peso de las identidades y las organizaciones previas impuso una lógica de cuotas en la incipiente organización. Tras su segunda derrota en elecciones presidenciales, en el celebre Tercer Congreso Nacional, en agosto de 1995, la atención se centró en la disputa interna por caracterizar la relación con el régimen, entre la tesis de la "salvación nacional" y la de la "transición pactada". En aquella ocasión, no obstante la postura antagónica que sostuvo Cárdenas, se optó por la moderación y la actuación constructiva, tal vez porque después de todo, la postura radical no resultaba del todo convincente. En 1996, el principal autor de las movilizaciones contra el fraude electoral en Tabasco a fines de 1994, Andrés Manuel López Obrador, asumió la presidencia nacional del partido, pregonando la tesis del partido movimiento, pero preocupado por fortalecer la organización y erradicar la imagen, si bien alentada desde el gobierno, no exenta de verdad, de partido violento.

Con los elementos revisados hasta aquí, y sin perder de vista que la perspectiva de construcción institucional desde la izquierda resulta poco menos que escasa,

podemos ilustrar los rasgos más característicos de las tendencias radical y moderada en el PRD.

Cuadro 5
Componentes de la disputa interna entre radicales y moderados en el PRD

Radicales (Pretensión "transformadora")	Moderados (Pretensión "reformadora")
Valores articuladores	
Igualdad / Libertad	
Actitudes reivindicadas	
Intransigencia / veto Principismo / dogmatismo	Interlocución / negociación Pragmatismo / transacción
Movilización Épica, utopismo, excepcionalidad Mitificación	Institucionalización: Cotidianidad, realismo, rutina Secularización
Pautas de conducta	
Antisistema Confrontación Conflicto Antigubernismo [convicción] Radicalismo	Prosisistema Colaboración / cooperación Diálogo (pro) Gobernabilidad [responsabilidad] Moderación
Planteamientos estratégicos y sus excesos	
Reduccionismo de la democracia a lo electoral	
Énfasis en la legitimación popular Movilización, revuelta, revolución	Énfasis en la legitimación institucional Legalidad, organización, orden
<ul style="list-style-type: none"> • Clientelismo, corporativismo • Anarquía (ingobernabilidad- inestabilidad) 	<ul style="list-style-type: none"> • Burocratización, hipertrofias administrativas, osificación • Elitismo, inequidad - oligarquía, represión

Fuente: elaboración propia con base en el análisis de las tendencias en el PRD.

La genealogía completa de los principales grupos y organizaciones que han confluído, se han diluido, aliado, fragmentado o resurgido en el PRD aún es un capítulo inédito. Muchos hombres y mujeres que han participado en ellos podrían aportar los más diversos testimonios y documentos de primera mano (manifiestos, publicaciones periódicas internas, proyectos, análisis, memorias, actas, acuerdos), con lo que el tema permitiría poner a debate concepciones y planteamientos estratégicos, pero para los incontables grupos los enormes esfuerzos que exige la incesante lucha por el control de la organización colocan a esa discusión en un

plano secundario. Si acaso se mantienen dispuestos a cobrar añejas facturas, más que a dirimir las diferencias político ideológicas.

Actualmente la tendencia moderada está representada por las corrientes Nueva Izquierda, conocidos coloquialmente como "los chuchos", y Foro Nuevo Sol, integrada por seguidores de Amalia García, de ahí el mote de "amalios". Los radicales los acusan de burócratas, oportunistas y proclives a transar con el gobierno foxista. Su principal fuerza radica en el control de la dirección nacional del partido y de la mayor parte de los comités estatales, por lo que se les acusa de haberse apoderado de la organización. Ellos esgrimen que están por una izquierda moderna, no limitada a actitudes contestatarias, con vocación de gobierno más que de oposición, que construya la organización y no gire en torno a personalidades. Esta postura apuesta a un entorno de acuerdos y negociación, pero no ha logrado articular una estrategia de reforma del Estado que mejore sus posibilidades de acción. Esto también obedece a una limitación estructural: no pueden tomar iniciativas audaces, por la enorme capacidad de veto de los radicales en el partido. Tras el gris papel de Amalia García en la presidencia del Comité Ejecutivo Nacional, y ante la falta de liderazgos competitivos, más allá de sus eminencias grises, parecieran condenados a persistir como burócratas sin pasión.

Por su parte, los principales componentes de la tendencia radical son la inaprehensible corriente Refundación y Regeneración, presentada el 20 de enero de 2001, en lo que fue considerado el arranque de campaña de Rosario Robles por la presidencia nacional del PRD, la Corriente de Izquierda Democrática (CID), que ejerce un férreo control sobre el partido en el Distrito Federal, aunque paradójicamente es una expresión sin presencia nacional, y el Movimiento de Izquierda Social (MISOL), que congrega grupos principalmente de Guerrero y Oaxaca. El Movimiento de Izquierda Libertaria, el Movimiento de Bases Insurgentes y la Red de Izquierda Revolucionaria son grupos marginales que se adhieren también en esta tendencia. Los moderados critican a esta orientación por amorfa, desorganizada, anacrónica y opositorista. Los distintos grupos que la componen sostienen que hay que recuperar la relación con los movimientos y

organizaciones sociales, movilizar a la sociedad y rechazar las políticas del foxismo. Esta tendencia resulta claramente más heterogénea, y gira en torno a los liderazgos más visibles del partido, Cuauhtémoc Cárdenas, Rosario Robles y López Obrador, sin ser necesariamente incondicionales a ellos. Privilegia demandas de bienestar, reversión de las políticas económicas neoliberales, defensa del patrimonio y la soberanía nacionales, y le apuesta a enfrentar un entorno adverso, que invariablemente la conduciría a la polarización frente a los adversarios internos y externos. Por su proximidad con el caudillo, se inclina por un neocardenismo carente de medios para adaptarse a nuevas circunstancias, y por otra parte, aspira a establecer una estrecha relación con los movimientos sociales. Esto ha sido siempre un componente del postulado estratégico del partido.

Estas tendencias principales, que si bien cuentan con ciertas cabezas visibles en modo alguno se propone aquí que constituyen corrientes con coherencia ideológica profunda y composición estable, han acrisolado a individuos y grupos de orígenes muy dispares. El acceso y la salida de los mismos entre ambas tendencias es constante y responde a coyunturas de polarización, conflicto y estabilidad en los que entran en juego los cálculos estratégicos de los actores respecto a sus oportunidades de control de los incentivos organizativos.

Las pretensiones imperialistas hacia la movilización social

En el PRD las propensiones corporativas y clientelares se perfilan para seguir teniendo un peso importante en sus expectativas de acción ante los movimientos sociales y populares independientes. Este partido sigue aspirando a ser el gran partido de masas con amplia base popular y territorial, de vasta militancia vinculada a los movimientos, presta a la movilización y al activismo. De este modo, está dispuesto a acudir en apoyo a las reivindicaciones de cualquier movimiento emergente, para convertirlo eventualmente en clientela electoral. Los casos del neozapatismo y del Consejo General de Huelga son ilustrativos de los nulos resultados de semejante táctica. El Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) ha desdeñado cualquier tipo de alianza con este partido, aunque para los

perredistas estar a la disposición del neozapatismo constituye prácticamente una suerte de obligación moral. El caso de la huelga universitaria es aún más dramático. Por parte del partido y el gobierno del Distrito Federal se inyectaron cuantiosos recursos logísticos y monetarios para orientar el rumbo del movimiento, pero la incompetencia de los operadores, y más que nada la carencia de una estrategia coherente para la solución del conflicto, en el que los perredistas constantemente exhibieron sus confrontaciones internas ("Como «non grato» para el CGH, Cárdenas desata pugnas en el PRD", *Proceso* No. 1189, 14 de agosto de 1999), sólo agudizaron la estigmatización del partido entre los huelguistas, repercutiendo en la paulatina expulsión de los activista identificados con el perredismo (Sheridan, 1999).

Resulta entonces que para el PRD las reivindicaciones populares, los reclamos igualitarios y las pretensiones explícitas de vincularse a los focos de conflicto social han servido más para mediatizar a los movimientos y organizaciones por medio de la presión y el chantaje hacia los distintos niveles del gobierno, que para articular propuestas y demandas a fin de sumar fuerzas y emprender proyectos políticos de mayor alcance que las reivindicaciones particulares. La renuencia a respetar la autonomía de los movimientos, atendiendo a sus demandas sin pretender dirigirlos y controlarlos, y la incapacidad para promover en cambio formas novedosas de interacción, posibilitando la participación de dichos movimientos y de las organizaciones en las decisiones públicas a través de procedimientos y mecanismos regulares, planteando políticas públicas alternativas y procesos de reforma que abran el cauce para soluciones efectivas, que no se reduzcan a exigir cumplimiento a ultranza de los "pliegos petitorios", han limitado severamente su vinculación con los movimientos y organizaciones que podrían ser sus aliados naturales. Así, el PRD ha sido incapaz de compatibilizar la protesta y la movilización social con la construcción de nuevas formas de participación política más allá de la concesión discrecional de parcelas de poder para las cabezas de grupos de presión, del reparto de compensaciones para la clientela, y de la manipulación de conciencias y votos en los procesos internos. Considerar a toda movilización y protesta legítimas, o presuntamente legítimas, como aliados

necesarios o clientelas potenciales ignora la lógica propia de los movimientos sociales.

"Especialmente porque provienen muy a menudo del rechazo de las formas tradicionales de la movilización política y en particular las que perpetúan la tradición de los partidos de tipo soviético, estos movimientos tienen tendencia a rechazar toda clase de monopolización por minorías, favoreciendo la participación directa de todos los interesados. En este sentido se encuentran en línea con la tradición libertaria, siendo propicios a formas de organización de inspiración autogestionaria caracterizadas por la fluidez del aparato que permite a los agentes reapropiarse su papel de sujetos activos en contra, especialmente, de los partidos a los cuales niegan el monopolio de la intervención política" (Bordieu, 2001)

El PRD pretende ser un partido vanguardia capaz de unificar en su seno a todas las expresiones de descontento social, y en esa medida, potencialmente destinado a conducirlos a todas. Su pretensión principal ha sido acumular el rechazo, convocar la identidad negativa de los que se oponen al régimen, pero no ha logrado ofrecer respuestas sobre el sentido que habría de adquirir esa acumulación. Prevalece entonces una concepción instrumental respecto a los movimientos sociales y populares, en la que éstos resultan útiles para asediar y conquistar el poder político, de tal suerte que no se asume la necesidad de respetar su autonomía para que se mantengan como un contrapeso desde la sociedad al poder público y a las formas institucionales de intervención política. Su reiterada conducta de acoso hacia todos los movimientos emergentes, con argumentos torpes como el de estar "a su lado", y no "detrás" de ellos, tal como sostenía Carlos Imaz, por entonces presidente del Comité del PRD en el D. F. recientemente electo, en los inicios de la paralización de la UNAM por el CGH (*El Universal*, 22 de abril de 1999), muestra que este partido aún no aprende a superar la pretensión de ser el representante de toda la sociedad mexicana, de una gran mayoría indiferenciada identificada en la protesta y el descontento –especialmente de los grupos inconformes más activos–, para aspirar mejor a ser un interlocutor eficaz entre el poder público y la sociedad, un medio para la competencia política democrática, la representación de intereses y la formación de órganos de gobierno.

Una cosa es reivindicar las demandas de las organizaciones y los movimientos, promoviendo sus iniciativas ante instancias de decisión pública y solidarizándose con el sostenimiento de las organizaciones, mientras otra muy distinta es asumir que por ser grupos de protesta automáticamente van a aliarse con el partido. El afán de congregar el descontento social y de sumar para su causa la simpatía de los movimientos sociales plantea un problema sobre el sentido de la participación de los miembros del PRD. En él ha permanecido en entredicho la constitución de una institucionalidad democrática que brinde garantías al ejercicio de los derechos de los militantes. Esto ha derivado en la incapacidad tanto para generar una identidad propia, como para construir ciudadanía a partir de su reclamo democrático. Los excesos en las dos tendencias confrontadas en su seno indican cómo el PRD mantiene irresuelta la *impronta* de su fundación como movimiento. La perenne aspiración a constituir el gran frente opositor de movimientos y organizaciones que se coaligue para derrotar al PRI, o al neoliberalismo, o al enemigo en turno, no aporta planteamientos estratégicos convincentes para la participación política democrática y la construcción institucional de un nuevo régimen, más allá de la incansable insistencia en la democracia electoral.

¿Masas indiferenciadas o sujetos críticos?

Un aspecto poco discutido sobre el PRD es el relativo al paulatino retiro del partido de algunas de sus figuras intelectuales más reconocidas. Jaime Cárdenas (1992: 200) señalaba, aunque sin referir ningún ejemplo concreto: "La práctica democrática interna del PRD (...) soporta el liderazgo de Cuauhtémoc Cárdenas, que se reserva para sí las decisiones más trascendentes del partido. Por esa causa, muchos de sus mejores militantes han abandonado sus filas." Desde la etapa inicial, los intelectuales de izquierda de orientación reformista provenientes del Movimiento de Acción Política, como José Woldenberg y Rolando Cordera se retiraron porque encontraron en el PRD culto a la personalidad y prácticas clientelares en vez de espacio para la discusión política. Con argumentos semejantes se han retirado personalidades como Jorge Alcocer, o más recientemente, Othón Salazar, Gilberto Rincón Gallardo y Porfirio Muñoz Ledo.

Por su parte Arnaldo Córdova, niega haber renunciado al partido, pero se mantiene prácticamente al margen:

"Cada vez que escribía sobre eso (el caudillismo) o lo denunciaba abiertamente en las reuniones del Consejo Nacional, Cárdenas y sus allegados sólo sacaban una conclusión: que Salinas de Gortari me estaba talegueando o me pasaba el billete. Con el tiempo y dado que nunca he pensado en renunciar a mi militancia en el PRD y cada vez que se me solicita me pongo a su servicio, todos ellos han acabado por pensar que sólo soy una molestia más, pero que sigo ahí. Soy parte de ellos y ya se han resignado. Todavía me siguen pidiendo mis servicios, que yo nunca regateo, y muy a menudo me incluyen en juntas o comisiones de notables en las que jamás he podido hacer nada y en las que, en realidad, no se hace nada." (*Uno más uno*, 24 de enero de 2001)

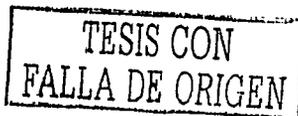
Más allá de la calidad ética, política o intelectual de los personajes referidos, el hecho cierto y no discutido ni dentro ni fuera del PRD es la constante deserción o la marginación de importantes figuras que dejan de aportar propuestas al acervo ideológico del partido. Las razones aludidas corresponden en general tanto a los problemas organizativos en las etapas iniciales del partido, cuando se reservaba una amplia discrecionalidad en las decisiones para Cárdenas y su círculo inmediato, como a una consecuencia directa de la inexistencia de un clima propicio para la discusión de planteamientos políticos que no se constrñieran a posicionamientos reactivos y maximalistas, a partir de las cuales se posibilitaran definiciones doctrinarias y programáticas constructivas más precisas, que derivaran en iniciativas políticas concretas. La permanente disputa moderados-radicales es más que un evento específico de una izquierda desgarrada. Pero en el caso del PRD parece estar asociada con la sempiterna debilidad de las posturas orientadas a la construcción institucional, los acuerdos y el debate de propuestas, más allá de la interminable reiteración de las viejas ideas.

En la democracia, la tensión entre una política redentora y una pragmática resulta irresoluble (Canovan, 1999). Sin embargo, en el caso específico del PRD la polarización entre las tendencias representativas de estas dos opciones parece conducir simplemente al inmovilismo. Los afanes míticos y heroicos, tan caros para el populismo a la vez que poco proclives a la crítica, al respeto a la disidencia y a niveles de pensamiento complejos, dejan poco espacio a la elaboración de ideas nuevas que no se conformen con la reiteración de los viejos guiones de una



izquierda que no encuentra puntos de referencia sólidos en un mundo en el que todas sus certezas cuidadosamente fundadas en principios seculares o racionales, y luego erigidas en dogmas, se encuentran bajo asedio. Por su parte, el estilo escéptico, que se conforma con intentar arreglárselas pragmáticamente reformando o reconstruyendo instituciones y procedimientos, no alcanza a ofrecer horizontes que movilicen las conciencias y las voluntades para configurar la acción colectiva que posibilite transformaciones políticas profundas.

En el filo entre lo viejo y lo nuevo, entre aquello que creía saber y todo aquello que ya no sabe nombrar, la izquierda en México y en el resto del mundo no alcanza a resolver el dilema entre radicalizar los dogmas o arrumbarlos en el basurero de la historia para abalanzarse sobre cualquier otra certidumbre. Reivindicar la inexistencia de códigos universales y certezas absolutas resulta una opción sólo en apariencia fácil. Las tensiones internas de la democracia nos arrastran a este tipo de opción, que se caracteriza precisamente por *no representar ningún tipo de solución definitiva*. La condición de conflicto inherente a la política democrática no significa necesariamente polarización, ni muchos menos violencia. Los extremos del pragmatismo y la redención en el PRD sólo nos ofrecen un punto de partida para discutir las múltiples diferencias que coexisten en él, así como la necesidad de problematizar los marcos a través de los cuáles esas diferencias se conducen y se resuelven, o persisten. Por el momento, es justamente el problema de las libertades y las formas de acción política lo que atañe a la cuestión de los liderazgos en el partido, tema de la siguiente sección.



5. Los liderazgos

"Por todas esas lejanías he pasado con persona mía a mi lado, sin nadie. Solo. Sin familia. Solo. Sin amor. Sin consuelo. Solo. Sin nadie. Solo en país extraño, el más extraño siendo el más mío. Solo. Mi país acorralado, solo, extraño. Desierto. Solo. Lleno de mi desierta persona. Cuando salía de ese desierto, caía en otro aún más desierto. El viento vuela entre los dos con olor de alguna lluvia cerca. ¡Cuánto querer poder querer! ¡No recibir más que temor, y uno acaba suspirando odio como si fuera amor! Cae la lluvia fuerte. Goterones sólidos. Cortina de plomo entre dos edades del universo. ¿Es el diluvio? El Diluvio."

Augusto Roa Bastos. *Yo, el Supremo*

Se han planteado los rasgos generales del postulado estratégico del partido y los alineamientos de las tendencias moderada y radical, esbozando las repercusiones de sus supuestos en torno a las formas de participación individual y colectiva. Ahora se abordará la cuestión del liderazgo en la organización. La hipótesis propuesta es que el liderazgo predominante en este partido es de tipo tradicional, fundado más en la lealtad a personalidades u organizaciones externas –sea que éstas tuvieran existencia previa a la formación del partido, sea que se hayan formado paralelamente–, que en la lealtad a la institución. Esta característica constituye otro de los rasgos propios de una institución débil, pero para los fines de este ensayo la pertinencia de abordar el liderazgo en estos términos no reside en calificarlo como tradicionalista y personalista, sino en trazar los medios analíticos a partir de los cuales podamos echar luz sobre los rasgos, alcances y limitaciones de su compromiso democrático. Entonces, no se discutirá aquí propiamente al liderazgo del PRD, sino que se presentarán los elementos analíticos que considero pertinentes para abordarlo, a fin de sustentar o invalidar la hipótesis planteada.

Para efectos de este trabajo, la presentación de los rasgos típicos de una institución débil brinda elementos para abordar la discusión sobre las características de los liderazgos perredistas. En el caso que nos ocupa, los grupos internos, el reclutamiento, la estratificación o jerarquización, la participación, el ascenso, la integración, las relaciones con los seguidores y con la base social se

aproximan mucho más al tipo de institucionalización débil que a su contraparte. Como se ha expuesto ya, un desarrollo por difusión tiende a producir una institución débil, al existir numerosas élites que controlan considerables recursos organizativos, y al desarrollarse la organización por federaciones. Esto supone un desarrollo a través de compromisos y negociaciones entre una pluralidad de grupos.

A continuación, se aborda una propuesta para el análisis de los líderes de esos grupos. El papel del liderazgo personalizado en procesos de cambio político es objeto de análisis específicos (Blondel y Cansino, 1998), pero es importante considerar el liderazgo como una cuestión más allá de los individuos. Por ello, la clase política y las élites, y la mayor aproximación del PRD al modelo de una poliarquía que al de un partido carismático, se presentan aquí como los elementos que podrían explicar mejor algunas de sus características organizativas. Someter a análisis a los liderazgos, más allá de un líder omnipresente, se presenta entonces como una veta más prometedora para abordar las características organizativas del PRD en el contexto de cambio político en México, que los enfoques centrados en un líder carismático que simplemente bloquea la institucionalización. Así, las observaciones y juicios que se verterán sobre el liderazgo perredista estarán encaminados a fundamentar la utilidad de la propuesta analítica para la ulterior investigación.

Hacia un marco para el análisis de los liderazgos

La figura del "líder carismático" o del caudillo en el PRD ha sido objeto de encendidos debates y descalificaciones. Son incontables los artículos periodísticos que denostan infatigablemente al líder responsable del atraso y las limitaciones institucionales del partido, y a su sequito de incondicionales o aliados que presuntamente monopolizan el poder en la organización. En reciprocidad, aunque con una asiduidad mucho menos pronunciada, se alude a las bases y los militantes como la encarnación de los salvadores del partido en algún futuro indefinido. Este romanticismo exacerbado se observa también en trabajos a los que ya se ha hecho referencia aquí (Gilly, 1990. Sánchez, 2001). Más allá de



maniquelismos como estos, de lo que se trata es de sentar las bases para una propuesta de análisis que, tomando distancia de prejuicios así, se aproxime a las relaciones internas en el partido, entre sus líderes, militantes y simpatizantes, y al significado que estas relaciones pueden tener en torno a las posibilidades del desarrollo de la democracia y de la izquierda en México.

Para efectos de esta investigación, el liderazgo se considera como una categoría colectiva, es decir, abarca a los líderes en los distintos niveles de la organización, y no sólo el fenómeno del liderazgo carismático concentrado en un individuo. La intención es plantearse las características de *los liderazgos* en el partido; ir más allá del liderazgo personalizado de Cuauhtémoc Cárdenas para indagar sobre el *liderazgo personalizado* como fenómeno *que se observa en los distintos niveles de la organización*. No se trata entonces de reiterar la persistente dicotomía líder carismático–institucionalidad que, como relación bipolar y excluyente, se traza habitualmente al pensar en el PRD, sino de proponer un abordaje crítico para el análisis del liderazgo de esta organización.

Panebianco le dedica especial atención al fenómeno de los partidos carismáticos, en los que existe el liderazgo indiscutido de un solo individuo por sus rasgos extraordinarios, que lo definen como creador e interprete indisputado de la organización y de sus símbolos y metas ideológicas, que aparecen como inseparables de su persona (1990: 113). Pero este autor sólo se ocupa del carisma puro, que en efecto tiende a impedir la institucionalización y a centralizar todo el poder en la organización. Del carisma de situación, sólo dice que el partido nace de diversos impulsos, y que si bien el líder tiene un enorme poder, la organización no queda a su arbitrio y otros actores procuran reservarse algún control sobre las zonas de incertidumbre de la misma (1990: 114). Por otra parte, cabe anotar que al proponer los elementos para el análisis de la configuración de la coalición dominante, caracteriza a las poliarquías como coaliciones divididas, propias de instituciones débiles, y cómo éstas pueden parecer una monocracia, en la cual la coalición dominante se forma por un líder de gran prestigio, y por los líderes periféricos de las subcoaliciones (1990: 323). Este tipo de coalición sugiere al carisma de situación, pero ciertamente no lo supone. Aunque este trabajo no se



dirige a caracterizar la coalición dominante del partido, la observación de Panebianco sobre la poliarquía en tanto coalición dividida que configura una institución débil, y en la que diversas facciones, cada una con su propio líder, participan del poder de la organización, inevitablemente lleva a pensar en una organización como el PRD. Si bien estas observaciones sólo se introducen aquí de manera tentativa, la caracterización de la poliarquía en los partidos como modalidad de institución débil abre la brecha para discutir la cuestión del liderazgo en términos colectivos.

Sánchez (1999) habla de una "élite en crisis" al referirse a una comitiva de líderes facciosos reunidos en torno al caudillo, leales a él hasta la abyección. Es inevitable plantearse la cuestión en términos más complejos que esto. Para los efectos de este ensayo, el conjunto del liderazgo se entiende como aquellos empresarios políticos, notables, burócratas, profesionales y semiprofesionales que se reclutan como integrantes de la élite o clase dirigente de un partido (Panebianco, 1990: cap. 12). Beyme (1995) muestra cómo la clase política de los partidos comparte orígenes, intereses, estilos de vida, funciones y actividades, y coincide con el autor italiano en que el proceso de profesionalización de la política resulta hoy inevitable, lo que conlleva efectos muy concretos en la configuración de los grupos dirigentes. Esto en modo alguno significa que la clase política sea homogénea, aunque afronta procesos semejantes de socialización, profesionalización y desideologización, a la vez que tiende a verse involucrada en fenómenos como la corrupción. Para Beyme la clase política se caracteriza por lo *que es* y por lo *que hace*, y ciertamente la profesionalización implica que vive *de* la política; pero ello no significa que en todos los casos sea y haga lo mismo. No obstante que Panebianco habla de "clase dirigente" o "élite", y en oposición explícita a éste último concepto Beyme prefiere el de "clase política", aquí he preferido hablar indistintamente de liderazgo o liderazgos para referirnos a los integrantes del grupo dirigente del partido en sus distintos niveles. En tanto no se aborda en este trabajo a la coalición dominante del PRD, la cuestión aquí no se dirige a analizar *qué es* el liderazgo de esta organización. Ciertamente no me ocuparé de cómo los líderes han adquirido y cómo manejan y mantienen el control sobre las zonas de

incertidumbre de la organización. Así, la cuestión se refiere más directamente a *qué hace* el liderazgo perredista en lo concerniente a prácticas políticas democráticas.

Jean Blondel (1998: 17) recupera las tres formas de dominación descritas por Weber (tradicional, carismática y burocrática racional), y expone que en cada sociedad las diversas características estructurales darán espacio al tipo de liderazgo correspondiente a cada una, aunque en distinto grado. De esta manera, un líder cuya base de autoridad es principalmente burocrático-legal puede resultar efectivo, aunque otros tipos de bases de autoridad también puedan estar presentes en esa sociedad. Del mismo modo, líderes tradicionales podrán mantener influencia por cierto tiempo en sociedades donde formas tradicionales de autoridad van decayendo.

Desde estas premisas, Blondel argumenta que el problema respecto al liderazgo político es peculiar y más complejo en el contexto de la transición desde dictaduras hacia un régimen liberal por distintas razones. El liderazgo personal parece un requisito importante, aunque tal vez difícil de cumplir, para lograr el cambio cuando el régimen previo ha sido prolongado y conserva popularidad entre ciertos sectores de la población. Además, en el tránsito a una forma legal de autoridad puede esperarse que la población, especialmente los estratos más comprometidos con un régimen liberal, no desea un nuevo régimen basado primordialmente en el tipo vago y arbitrario de autoridad resultante de un liderazgo personalizado, pero esos estratos deseosos de cambio difícilmente coinciden sobre el camino a seguir, especialmente tras una dictadura en la que no podían expresar sus perspectivas. Así, tal vez no logren establecer un gobierno fuerte, aunque esto es justo lo que se requiere en tales circunstancias. Un líder con arrastre popular parece por lo tanto esencial, al menos mientras nuevas reglas burocrático-legales no hayan sido plenamente asumidas por la población, y mientras no haya un alto grado de autolimitación y tolerancia tanto entre el público en general como entre las élites. Blondel concluye entonces que el cambio desde un régimen autoritario puede basarse en una compleja mezcla de patrones de autoridad y, por lo tanto, de formas de liderazgo. El ambiente y el liderazgo están

estrechamente entrelazados, con lo que la transición desde un régimen autoritario sólo será exitosa si las cualidades y la base de legitimidad del liderazgo se adecuan a las exigencias de la situación.

El prolongado pasado autoritario y la laxitud de las instituciones en México constituyen justamente el contexto donde los liderazgos democráticos resultan un bien especialmente escaso. Cansino (1998) propone una serie de variables para el análisis del cambio político, los regimenes y el liderazgo personalizado en las transiciones democráticas y en las postcomunistas, a fin de definir la mayor o menor centralidad del papel del liderazgo en dichos procesos. Define el problema en los siguientes términos: ¿cómo y cuándo, durante un proceso de transición política o cambio político, un líder –visto a través del papel que juega como actor político dado– adquiere mayor o menor centralidad? A partir de este problema, Cansino propone como hipótesis que la centralidad ascendente o descendente del liderazgo se relaciona en mayor o menor grado con: a) el tipo de cambio político en una fase específica de desarrollo, b) las cualidades sociopolíticas de la personalidad del líder (su personal aptitud democrática), c) el nivel de percepción pública de la identificación entre proceso de cambio político y el actor que la personifica y d) la eficacia decisional del líder para responder a las expectativas sociales, económicas y políticas generadas antes, durante y como resultado del proceso de cambio político.

Blondel y Cansino hacen estos planteamientos pensando en procesos de democratización y cambio político, que es justamente el contexto en el que he procurado inscribir este trabajo, pero dirigen su atención precisamente a los liderazgos personalizados, que es el tipo de enfoque del que pretendo disociar el análisis. No obstante, la hipótesis formulada por Cansino, a la que desagrega en cuatro hipótesis específicas, me parece adecuada para el tipo de análisis que propongo. Se pueden analizar así cuatro dimensiones del liderazgo político, adecuando las hipótesis específicas que dicho autor propone.

- 1) Institucionalidad: construir organización y reglas claras. Referida a las estructuras políticas y organizativas. Una mayor centralidad del liderazgo se encuentra en relación inversa con el grado de institucionalización de las

estructuras políticas y organizativas. Al respecto, los planteamientos de Panebianco coincide en tanto reconoce que los líderes fuertes no son el rasgo característico de instituciones fuertes, aunque tampoco son necesariamente sus antagonistas. Existen instituciones fuertes con líderes fuertes.

- 2) Aptitud democrática: construir democracia. Referida al desempeño democrático o antidemocrático respecto al de otros actores significativos de la organización. Hay una relación directa entre la centralidad del liderazgo y dicho desempeño. El desempeño democrático de líderes fuertes estimula el de otros actores, y a la inversa, un desempeño antidemocrático impulsa más comportamientos antidemocráticos. Cabe advertir que la propuesta de Sartori para el análisis de las fracciones en los partidos resulta casi idéntica: las fracciones más organizadas estimulan una mayor organización de las demás (1980: 104).
- 3) Identidad: construir consenso–incentivos colectivos. Dimensión de la identificación con el cambio por la clase política y por las masas. Hay una relación directa entre la centralidad del liderazgo y la identificación del líder con el cambio. Los líderes encarnan las ideas nuevas y los significados de aquello que se quiere (“cambio”, democracia, justicia, libertad, igualdad).
- 4) Eficacia: obtener resultados–incentivos selectivos. Dimensión de la correspondencia entre las iniciativas y decisiones, con las expectativas existentes. Hay una relación directa entre la centralidad del liderazgo y el grado de eficacia decisional del líder para responder a expectativas, sociales, económicas y políticas generadas antes, durante y como resultado del proceso de cambio político.

Los liderazgos en el PRD

A partir de las dimensiones anotadas puede complejizarse la hipótesis sobre el liderazgo presentada inicialmente en este trabajo. En este sentido, la hipótesis general es que el PRD ha estado dominado por liderazgos de tipo tradicional, fundados principalmente en las lealtades personales o de grupo, con escasa o nula disposición a impulsar la organización del trabajo partidista, definir arreglos

institucionales o a actualizar la ideología (cerrilmente doctrinarios al tiempo que pragmáticos). Estos liderazgos 1) optan habitualmente por la actuación discrecional, ajena a la normatividad interna del partido, lo que constituye un severo bloqueo de la construcción institucional; 2) tienden a eludir la competencia y las decisiones democráticas, poniendo sistemáticamente en práctica conductas y mecanismos de manipulación y distorsión de los procedimientos de decisión; 3) prescinden del procesamiento del consenso mediante ideas o propuestas, en desmedro de la identidad de los integrantes de la organización (incentivos colectivos), y 4) al procurarse lealtades personales e incondicionales, sostenidas a raíz de las expectativas de beneficios particulares (incentivos selectivos), la eficacia organizativa queda determinada según intereses inmediatos y cálculos de corto plazo.

Frente a esto, la oligarquía de Michels y su ley de hierro parecerían un edén. La negatividad extrema de estas proposiciones adquiere pleno sentido si no se pierde de vista que están inscritas en la caracterización del PRD como una institución débil, que el predominio de formas así no significa la inexistencia de formas alternativas, aunque subordinadas, y que esta suerte de tipo antiideal de liderazgo debe ser sometido en sus variables a un control empírico que ciertamente aún no está desarrollado en este trabajo. Estas hipótesis no se orientan únicamente a definir los rasgos del liderazgo perredista en los distintos niveles de la organización, sino a inscribirlo en los problemas relativos al cambio político y la democratización en México. El problema a abordar es el de las condiciones en las que se desenvuelve el liderazgo político y los alcances de su compromiso democrático, sin que los supuestos vertidos aquí, por más lapidarios que resulten, se ofrezcan como un dato concluyente. Por el momento, vale hacer algunas observaciones generales y proponer algunas repercusiones analíticas que considero susceptibles de derivarse del enfoque propuesto.

El liderazgo del partido ha permanecido sujeto a los vicios y las prácticas de una añeja cultura política, con lo que no sólo se han venido afianzando estilos de corte patrimonialista y caudillista, con escasa o nula vocación democrática, sino que los estímulos para la renovación resultan sumamente endebles. En los niveles más

bajos de la pirámide (municipios y delegaciones) líderes de organizaciones reales o de membrete, activistas de la más diversa índole, gestores de trámites oficiales y servicios, izquierdistas trasnochados, entre otras variantes de activistas, disputan incesantemente espacios, cargos internos o de gobierno y candidaturas a cargos de elección popular en razón de sus presuntos méritos partidistas, mismos que no hay modo de acreditar fehacientemente, sino con base en su capacidad para acumular votos en procesos electorales internos. La capacidad para congregar a estos liderazgos básicos es aprovechada a su vez por las cúpulas intermedias para disputar esas mismas posiciones y candidaturas, y esto se reproduce hasta llegar al más alto nivel de dirección. Toda la energía del partido se concentra en la guerra de desgaste interno que estos procesos significan, con lo que la capacidad para competir en los procesos electorales constitucionales queda severamente menguada.

A raíz de la ambigüedad de la estructura de oportunidades y de la indefinición de las fronteras de la organización, características propias de la institución débil, al partido le sobran comandantes y generales, generalmente dirigentes de organizaciones externas más bien de membrete, mientras la magra tropa leal (los creyentes) permanece expectante, confundida y harta de pleitos internos. La desconfianza, el resentimiento, la descalificación y la intolerancia han prevalecido en contra de un mínimo de generosidad, apertura y disciplina en las responsabilidades comunes. Así, los distintos "líderes" o "dirigentes" se preocupan más por mantener el control sobre sus huestes, enfilándolos en su caso contra los competidores, que por potenciar la lealtad de los militantes en favor de la construcción del partido, de la promoción efectiva de su doctrina y proyectos de trabajo. Las oportunidades para obtener posiciones en la organización, candidaturas, o para el ascenso a niveles superiores de la misma, están así más definidas en función de la capacidad de veto o bloqueo contra los otros grupos, que por mecanismos de competencia abierta.

En conversaciones informales con integrantes del partido en el Distrito Federal, previas a la selección de candidatos en el año 2000, éstos reconocen que las ambiciones de ascenso del líder local o de grupo se constituyen en la prioridad

para conservar las expectativas de quienes le son leales: "no puedo pasar por encima de mi dirigente; no puedo ponerme primero que él". Algunos líderes incluso reconocen que no permiten que nadie les dispute el monopolio de las decisiones, y que prefieren un grupo de incondicionales, cuyo control no representa ningún riesgo, que un equipo eficiente, pero más propenso a la crítica. "Todos los compañeros con capacidad, que discutían cómo hacer las cosas mejor, ya tronaron" (ya se hartaron). Incluso la práctica de propiciar divisiones entre el grupo, a fin de conservar el control, resulta común entre los grupúsculos que proliferan en torno al partido: "Para Nacho es más fácil tener a la gente peleándose por chismes que ponerla a hacer algo". Este tipo de ambiente dista mucho de estimular el trabajo organizado y la capacidad en el desempeño de tareas.

Más allá de fenómenos como esos, toda la discusión sobre el liderazgo supone así la cuestión de la relación que éste establece con la militancia del partido. Beyme (1995: 52) advierte que a diferencia del elector, el militante de partido rara vez es estudiado. En este sentido, resulta interesante tener en cuenta que en toda discusión interna de los perredistas aflora invariablemente el abandono, la manipulación y las traiciones de que es objeto la militancia. El PRD aspira a contar con una militancia activa, crítica, promotora del cambio social; en pocas palabras, una militancia del tipo de los partidos de masas de principios del siglo XX, tal como los definió Duverger. Existe entonces una arraigada concepción de la militancia al estilo de los viejos partidos socialistas o comunistas de los años dorados del siglo XX: de afiliación masiva, con base social agrupada en comités de activistas, mismos que preferentemente están adscritos a un centro de trabajo, organización social o una comunidad ya sea urbana o rural (Gilly, 1990). Lo cierto es que este tipo de organización nunca ha sido realmente funcional en México, y parece un auténtico anacronismo. El contexto de votantes libres, sin preferencias ideológicas ni partidistas fijas, parece ser un dato irrelevante que se supedita a la pretensión de mantener enormes padrones de afiliación, real o ficticia.

Se observa entonces una ambigüedad entre militancia y clientela. La afiliación masiva alentada en las coyunturas electorales internas ha propiciado la

manipulación clientelar de esas bases que todos pretenden defender. Barry Carr hacía notar la reproducción de vicios políticos en el PRD:

"El pasado pesa mucho sobre todos los participantes en el juego político mexicano. Las principales corrientes de izquierda no sólo han asimilado acriticamente una serie de modelos socialistas importados y a menudo deformados, sino que también han copiado, más de lo que estarían dispuestos a admitir, muchas de las tradiciones antidemocráticas del partido oficial." (1996: 323)

Lo que se vislumbra entonces es que la pretensión de asimilarse al modelo de partido de masas obedece menos a un criterio de organización y representación de grupos sociales, que a la pretensión de manipular clientelas en coyunturas de competencia interna, que por lo demás no garantizan nada en los procesos electorales constitucionales en sus distintos niveles. En las discusiones del Sexto Congreso Nacional del PRD se sugirieron y aprobaron mecanismos para impedir afiliaciones al vapor y para dar garantías a la libre militancia. Sin embargo, el problema de fondo que persiste es esa pretensión de contar con un elevado número de afiliados, bajo el supuesto de que representan invariablemente potenciales activistas, mientras que el resultado es la pugna por medir fuerzas entre los líderes de la organización.

Aunque las afirmaciones aquí vertidas resultan lapidarias, no son nada nuevas respecto a lo que se dice constantemente sobre las corrientes y los grupos facciosos en el partido en otros análisis, en artículos en revistas especializadas y prensa y en notas periodísticas. Sin embargo, lo que se propone al respecto no es limitarse a la denuncia de hechos. Lo que se pretende es avanzar en la *sistematización de la investigación sobre el liderazgo perredista en diferentes dimensiones de análisis*, a fin de encontrar explicaciones sobre las incongruencias de sus conductas respecto a sus presuntos propósitos democráticos y de izquierda. Esta es la aportación que ofrece esta sección del presente ensayo, para abordar el problema de *por qué* los líderes en el PRD, a todos los niveles de la organización, hacen lo que hacen, en vez de descalificarlos porque no se ajustan a lo que los modelos normativos dictan que deberían de hacer.

Al pensar la relación entre la base o clientela perredista y sus figuras de liderazgo, en el contexto de un país que ha votado masivamente por personalidades carismáticas de diversos rasgos, entramos a un problema muy complejo de la relación que en lo sucesivo puede prefigurarse en México entre gobernantes y gobernados, y del papel que en ella jugarán los partidos políticos. La persistencia de prácticas de manipulación y autoritarismo en este partido en modo alguno es una situación que compete exclusivamente sus integrantes; constituye por el contrario una advertencia sobre las características del desempeño de los liderazgos, representantes y gobernantes del país, sean del partido que sean. Las escasas credenciales democráticas que se perfilan en el liderazgo perredista no pueden entenderse como un vicio exclusivo de una izquierda vetusta entrelazada con las tradiciones del priismo. Proviene sin duda de un contexto poco propicio para la democracia, que es a fin de cuentas sobre lo que busca hacer énfasis este trabajo.

Así, más allá del extenso (e intenso) recuento de prácticas inadmisibles en una organización política que se autodefine como democrática y de izquierda, falta reflexionar seriamente sobre las implicaciones teóricas de la persistencia y el predominio de estilos políticos no sólo antidemocráticos, sino abiertamente premodernos. La cuestión aquí es que el tipo de liderazgo al que nos hemos referido resulta determinante en la forma de hacer política en el PRD, y ello redundando en las conductas existentes en todo el sistema político mexicano. Se presenta una situación de discrecionalidad de los liderazgos y manipulación de la clientela que, para no incurrir en la simple descalificación, nos obliga a plantear los problemas relativos a la transformación de los usos y estilos de un régimen en transición, a las posibilidades de emergencia de formas alternativas de participación y de construcción de ciudadanía, más allá de los ámbitos electorales, de la esfera parlamentaria y de los reclamos al gobierno federal. La tarea pendiente de ciudadanización del PRD entraña también la tarea de ciudadanizar tanto a los distintos partidos como a las demás instituciones políticas. No se trata de incorporarles de algún modo una beatífica ciudadanía exenta de intereses particulares y ajena a ideologías parciales. Se trata simplemente de avanzar en la

construcción de organizaciones en las que la participación libre, la puesta en práctica de procedimientos democráticos claros para la toma de decisiones colectivas, la participación no limitada al sufragio o a consultas esporádicas y limitadas, así como el respeto a los derechos de las minorías y a las decisiones individuales, sean más que simples entelequias.

Sin una identidad construida a partir de una ideología coherente, ni vocación por una responsabilidad política que asuma la irremediable tensión entre pragmatismo y redención, ni un contexto institucional propicio, ni experiencias organizativas y democráticas sólidas, ni preocupación por precisar y concretar iniciativas de cambio, ni competencia para el desempeño y cumplimiento de responsabilidades, el liderazgo del partido parece destinado a seguir engrosando una clase política poco apta para encabezar grandes transformaciones en México. Las cuatro dimensiones anotadas arriba, además de los antecedentes de la cohesión y el conflicto revisados en los apartados anteriores, se proponen como un potencial instrumento de análisis que podría precisar hasta qué punto es posible esperar que los liderazgos políticos existentes superen este tipo de características y perfilen la constitución de símbolos, valores, modelos organizativos, pautas de conducta y prácticas alternativas.

Justamente una sociedad forjada en el clientelismo, el corporativismo, la corrupción, el paternalismo, la discrecionalidad del gobierno y de los funcionarios públicos, que se enfervoriza por los sucesivos hombres providenciales (Cárdenas, Salinas, Marcos, Diego, Fox) pero desprecia de las instituciones, que sólo ve en la clase política frivolidad, demagogia y escándalos, y no percibe estímulos para la participación, en fin, una sociedad profundamente despoliitizada, mal puede ser llamada a construir una democracia participativa y sólida. ¿Qué puede hacer, o al menos decir, al respecto la izquierda? Más afanada en sus interminables pleitos de familia, quizás no mucho.



Epílogo

Más que conclusiones de este trabajo, es conveniente resaltar las implicaciones del enfoque analítico propuesto. El argumento central que busca fundamentar este ensayo es que no puede seguirse exigiendo al PRD que culmine una institucionalización que ha quedado muy atrás. ¿Cuándo? Si es que muy tarde, hacia su Segundo Congreso Nacional en 1993, cuando quedaron definidos los principales grupos que han mantenido el control de la organización y las relaciones entre ellos. Los problemas de análisis del PRD como organización, al menos desde el enfoque teórico de Panebianco —que distintos autores han intentado aplicar con resultados desiguales—, no son los de una institucionalización inconclusa, sino los de la distribución del poder, que exigen abordar la composición y la configuración de su coalición dominante en términos del control de las zonas de incertidumbre, su dinámica y su mapa de poder organizativo. Insistir en que debe institucionalizarse sólo significaría seguir reproduciendo el prejuicio teleológico según el cual un partido tiene que constituirse en una típica organización racional burocrática para considerarse consolidado.

Una de las razones de las debilidades de muchos análisis sobre el PRD ha sido la falta de atención al contexto de la organización. El prolongado proceso de la transición democrática en México, orientado fundamentalmente a la construcción de un sistema de partidos competitivo, con garantías de transparencia electoral y respeto al voto, ha sido el terreno en el que la izquierda mexicana se ha replanteado sus fines y ha construido tortuosamente su unidad. Las apuestas estratégicas y las características organizativas del PRD han quedado profundamente marcadas por ese contexto de la transición, pero especialmente por las condiciones específicas a partir de las cuales este partido surge, mismas que han determinado su modelo originario y su consolidación como una institución débil.

El modelo originario del PRD está determinado por el carácter de partido de difusión, es decir, por su organización a partir de la fusión de muy diversas organizaciones previamente existentes, representativas de tradiciones, objetivos y

formas de hacer política muy dispares, que se congregaron en torno de un líder carismático. Estos rasgos, en el contexto de la lucha por la transparencia electoral y la búsqueda de la unidad de la izquierda en México, dan la pauta para la constitución de una organización más próxima al modelo de la institución débil propuesto por Panebianco. En este marco de análisis la institucionalización es una cuestión de grado, no un estado que se alcanza como la presunta madurez de una organización. El análisis del desarrollo organizativo se propone entonces como un problema que no se limita a la cuestión de una institucionalización racional, con altos niveles de formalización, en la que los postulados normativos y programáticos corresponden a la constitución real de la organización. Este trabajo no se dirige a analizar hasta qué grado la institución es débil, pues no aborda directamente los factores que el modelo teórico empleado define como indicadores al respecto. Caracterizar al PRD como institución débil tiene como propósito llamar la atención sobre el problema de la persistencia en su sistema organizativo de concepciones y propósitos o bien fuertemente confrontados o cuando menos ambiguos, que no pueden explicarse limitándose a reiterar la supuesta falta de institucionalización en el partido.

El argumento más polémico de este ensayo seguramente es el referente al postulado estratégico del PRD, concepto que se propone para explicar cómo se han articulado los fines explícitos y las pretensiones particulares de los integrantes de la organización. La falta de atención al proceso de articulación de los fines en el PRD constituye el principal factor de la pretensión de articulistas y analistas de que el partido se institucionalice, omitiendo que la institucionalización ya ha ocurrido, pero de ella no ha resultado una organización apegada al modelo burocrático racional, tipo ideal de las organizaciones modernas. Se plantea entonces el problema de cómo se mantiene unida una organización que presenta disputas internas severas y continuas.

La cohesión del partido no depende únicamente de la voluntad de control y dominio de su líder carismático, sino que se enraiza en los ambiguos significados sobre la izquierda, la democracia, la igualdad y la libertad que ponen en juego sus integrantes, y que convergen en la fe ciega en las consultas y procesos electorales

como mecanismo para seleccionar líderes, candidatos y tomar decisiones. Esos significados están inscritos en añejos propósitos modernizadores de las tradiciones políticas diversas que se agrupan en el PRD. El postulado estratégico propuesto aquí no se ofrece para descalificar los propósitos o prácticas perredistas, sino que se construye como concepto que permite analizar el tránsito del partido desde su surgimiento a la consolidación como institución débil. La pertinencia o no del postulado estratégico aquí propuesto no depende entonces de que valide o desmienta los fines que se persiguen en el partido, sino de que sirva para explicar la coexistencia de tendencias polarizadas y de una multiplicidad de liderazgos dispersos en un mismo sistema organizativo.

Las tendencias internas caracterizadas aquí como moderados y radicales no constituyen el eje del bien y del mal en el PRD. Se presentan como tendencias arraigadas de la izquierda que en el fondo representan las tensiones irresolubles entre la redención y el pragmatismo en la democracia moderna. Las opciones radicales, profundamente arraigadas en la historia de la izquierda mexicana, descreen de los procedimientos y las instituciones, y se orientan a la legitimación permanente a través del poder popular contra las deficiencias del orden imperante. Por su parte, las moderadas privilegian la necesidad de consolidar mecanismos y procedimientos para enmarcar la acción que brinden el orden y la certidumbre indispensables para la construcción de las instituciones políticas. En el caso del PRD el eje en torno al cual giran estas tendencias polares es el postulado estratégico que orienta sus concepciones y sus prácticas. El imaginario y las tradiciones de la izquierda mexicana agrupada en este partido se inscriben en las aspiraciones modernizadoras que dan vida a esas tensiones no sólo irresueltas, sino de suyo irresolubles. En este sentido resulta ocioso descalificar a los radicales por incivilizados, irracionales, renuentes al diálogo o adjetivos similares, o bien acusar a los pragmáticos por oscuras pretensiones concertadoras, ajenas a la voz y la voluntad populares, capaces de entablar negociaciones claudicantes que traicionan la obtención de los propósitos últimos. Unos y otros coexisten, emergen y se repliegan ante coyunturas diversas, y en circunstancias críticas,

como tantas vividas por este partido, polarizan sus posiciones, alentando el riesgo de rupturas.

Las tendencias polares en el PRD no son en modo alguno homogéneas, y su equilibrio no depende tanto de su constitución permanente y organizada, como de las alianzas circunstanciales y efímeras entre los diversos liderazgos en pugna por acceder a los incentivos que provee el sistema organizativo. Resulta poco útil para fines analíticos suponer que es un interés torvo por el poder lo que mueve a los líderes en los distintos niveles de la organización, por lo que aquí se intenta ofrecer un sistema de hipótesis para indagar las dimensiones de su compromiso democrático, en un contexto de profundos cambios políticos que sin embargo no apuntan claramente hacia la consolidación de la democracia. Esas hipótesis se ofrecen como líneas de trabajo en los niveles de construcción institucional, aptitudes democráticas, provisión de incentivos colectivos y acceso a incentivos selectivos, y buscan sustentar que, más que limpidos fines democráticos, más que etéreos valores de libertad e igualdad, más que un horizonte de soluciones a los grandes problemas de México, lo que mueve a los integrantes del PRD está determinado por condiciones concretas de organización, participación y competencia, donde las relaciones entre líderes y militantes de la organización responden a inercias, fines y prácticas cuya lejanía con los ideales de la democracia moderna no responde a la traición simple de los anhelos populares, ni a una presunta incompetencia inherente de la izquierda para actuar democráticamente, ni a distorsiones o perversiones semejantes. Esas relaciones están inscritas en los prolongados y complejos procesos de la organización de la izquierda mexicana y de la lucha por la democracia en México, que distan mucho de haber concluido

Más que arribar a una identidad ideológica de izquierda, parece plausible que el PRD asuma un programa coherente que replantee y clarifique sus visiones sobre el desarrollo, la igualdad, la justicia social, la libertad y la democracia. Sin embargo, aun el programa más acabado será insuficiente para garantizar la cohesión de este depositario de heterogeneidades, algunas incompatibles, que es el PRD. Apostarle a la identidad negativa seguirá garantizándole la lealtad de los

incondicionales, pero seguramente conduciría también al estancamiento primero y a la disolución después. Sin embargo, un escenario de polarización social creciente y marcos institucionales débiles en el entorno proveerá al radicalismo del caldo de cultivo para legitimarse. Una identidad fundada en tendencias centristas y negociadoras supondría consolidar la institución frente al liderazgo carismático. Pero esto sólo parece factible en el mediano plazo, en tanto logre allanarse el camino a una *sucesión de los fines* que se imponga a las pretensiones mesiánicas de los radicales. Mientras tanto, la disputa entre éstos y los moderados se perfila para persistir *por lo menos* durante lo que queda del presente sexenio, hasta que concluyan las elecciones federales del 2006.

En todo caso, ante la incierta situación que enfrentó tras la *derrota* (¿puede hablarse de tal cosa, sin haber tenido jamás la posición en disputa?) en las elecciones del 2000, parecía *posible* un profundo cambio organizativo. Sin embargo, la *factibilidad* de tal cambio parece más bien remota, incluso en el mediano plazo. No existen indicios de una crisis tal que hagan inminente la transformación de la organización, no desde el enfoque aquí empleado. La polarización interna ha sido constante, y ha alcanzado sus puntos culminantes en distintos momentos, como el Tercer Congreso Nacional, en agosto de 1995, las fallidas elecciones para la presidencia del Comité Ejecutivo Nacional el 14 de marzo de 1999, anuladas y repuestas el 25 de julio del mismo año, o en las del 17 de marzo de 2002, para el mismo cargo. Pero ni las sucesivas crisis en estos procesos electorales internos, ni el descenso sostenido de sus índices de votación en elecciones constitucionales a partir de 1999 permiten hablar de alguna "crisis terminal" del partido, ni nada por el estilo. Los grupos en pugna se disputan el *control* del mismo sistema organizativo, no su transformación. Precisamente estas razones remarcan la obsolescencia de la discusión sobre la institucionalización, y ponen en juego las cuestiones del control del poder, inestable, dividido, pero a fin de cuentas, un control establecido en el partido.

Este trabajo ofrece precisamente una problematización sobre el PRD: del proceso de articulación de los fines como problema crucial para abordar sus dilemas ideológicos, de las tendencias internas como expresión de las concepciones

confrontadas sobre la democracia, las relaciones con la sociedad, los movimientos, las organizaciones y los individuos, de los liderazgos como expresión de las cuentas pendientes en el proceso de construcción de la democracia mexicana, en vista de las debilidades, o más bien las ambigüedades, de su compromiso democrático, y en fin, de la necesidad de abordar de manera rigurosa las relaciones de poder en la organización, sin reducir los marcos teórico conceptuales a postulados normativos ni desdeñar el análisis de fenómenos reales por su incompatibilidad con procesos ideales.

Prefigurar los destinos y soluciones para el PRD sólo puede ser tarea de profetas o salvadores. Lo conducente es pensar en una agenda posible para el análisis de este partido: la distribución del poder en la organización, el mapa del poder organizativo, y específicamente las relaciones con el entorno (legislaturas, gobiernos en sus distintos niveles, ciudadanía y movimientos sociales) como cuestión crucial entre las relativas a las zonas de incertidumbre. Al respecto, adquiere singular importancia cómo dichas relaciones parecen dejadas al azar o al cálculo inmediato ante el *ensimismamiento* que paraliza al partido frente a las urgentes reformas requeridas en el país, como consecuencia eventual de las limitaciones de su actual *postulado estratégico*. Todo esto involucraría precisamente el abordaje riguroso de la coalición dominante, que hasta el momento ha sido objeto de aproximaciones equivocadas. Pero más que nada exigiría pensar a este partido en el contexto actual, el de las endeble y escasas herramientas existentes para resguardar y fortalecer las incipientes instituciones democráticas, refrendada por fenómenos como la inexistencia de acuerdos para la Reforma del Estado, la parálisis, desarticulación y aislamiento del nuevo gobierno, la espiral descendente en que ha caído la credibilidad en los partidos, los reiterados escándalos de corrupción y la correspondiente venalidad de la clase política, que ya a nadie sorprenden, la personalización de la política y demás síntomas por el estilo.

Observar al PRD según se aproxima a modelos racionales de partido, sin escudriñar en los rasgos históricos que lo han marcado, sin plantearse las interacciones con el entorno, sólo conduce a exigirle las peras del olmo. Pensar en

lo que un partido debe ser, sin preguntarse antes cómo es que es lo que es, no contribuirá mucho a comprender el papel que habrá de jugar en el rumbo que tome la incipiente democracia en el país. Con los aciertos o desaciertos, alcances o insuficiencias que este trabajo tenga, su objetivo principal es invitar a un replanteamiento de los problemas, a debatir las prescripciones ante las debilidades de los diagnósticos, a mirar más atrás, más lejos, más adentro, y mirar de un modo otro, con menos certezas previas que preguntas nuevas, con el riesgo de imaginar otras respuestas, tal vez correctas o incorrectas, tal vez también nuevas. Tal vez hasta reivindiquen algún futuro.

Fuentes consultadas

- Aguilar Camín, Héctor (1998). "A propósito del PRD, frente a su IV Congreso", en Varios autores. *Foros de discusión. Documentos básicos rumbo al 4º Congreso Nacional*. México, Comité Ejecutivo Nacional del PRD.
- Aguilar Villanueva, Luis (1983), "Estado, régimen y sistema político". En Vega, Juan Enrique et. al. (coords.) *Teoría y política en América latina*. México, CIDE.
- Alcocer, Jorge (1990). "PRD: A la hora del Congreso", en *Nexos*, No. 155. México, Noviembre, pp. 53-58.
- Alonso, Jorge (1990), "En busca del partido y la democracia". En Alonso, Jorge y Sánchez, Sergio. *Democracia emergente y partidos políticos*. Tomo I. México, CIESAS. Cuadernos de la Casa Chata 180.
- Anguiano, Arturo (1993). "PRD: Los saldos". En *Topodrilo*, No. 29, julio-agosto, pp. 12-23. México, UAM-Iztapalapa.
- Anguiano, Arturo (1997). *Entre el pasado y el futuro. La izquierda en México, 1969-1995*. México, UAM-X.
- Attili, Antonella (1997). "Los extravíos de la izquierda"; entrevista a José Woldenberg en *La política y la izquierda de fin de siglo*. México, Cal y arena, pp. 203-231.
- Barbosa, Fabio (1983). "Izquierda radical. Las Utopías Cambiantes". En *Nexos*, No. 68, agosto.
- Becerra, Ricardo (1995). "El Tercer Congreso del PRD: La transición con izquierda", en *Nexos*, octubre 1995, No. 214. Cuaderno Nexos.
- Becerra, Ricardo (1996). "El PRD de López Obrador", en *Nexos*, agosto, No. 224. Cuaderno de Nexos.
- Beyme, Klaus von (1986) *Los partidos políticos en las democracias occidentales*. Madrid. Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Beyme, Klaus von (1995) *La clase política en el estado de partidos*. Madrid, Alianza.
- Becerra, Ricardo (1996a). "El PRD en la Internacional Socialista", en *Nexos*, octubre. No. 226. Cuaderno de Nexos.
- Blondel, Jean y Cansino, César (eds.) (1998). *Political leadership in changing societies*. México, Cepcom.
- Blondel, Jean (1998). "The leadership role in changing governments: a methodological framework for comparative analysis". En Blondel y Cansino (1998).
- Bordieu (2001). "Contra la política de despolitización: los objetivos del Movimiento Social Europeo". En *Memoria*, No 143. México, Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista, enero.
- Bosetti, Giancarlo (1996). *Izquierda punto cero*. México, Paidós.



- Bruhn, Kathleen M. (1997). *Taking on Goliath: The emergency of a new cardenista party and the struggle for democracy in Mexico*. Philadelphia, Penn State University Press.
- Canovan, Margaret (1999). "Trust the people! Populism and the two faces of democracy". *Political Studies*, XLVII, pp. 2-16.
- Cansino, César (1998). "The 'centrality' of leadership in processes of political change: A theoretical exploration". En Blondel y Cansino (1998).
- Cansino, César (2000). *La transición mexicana 1997-2000*. México, CEPACOM.
- Cárdenas García, Jaime F. (1992). *Crisis de legitimidad y democracia interna de los partidos políticos*. México, FCE.
- Carr, Barry (1982). "Temas del comunismo mexicano". En *Nexos*, No. 54, junio.
- Carr, Barry (1996). *La izquierda mexicana a través del siglo XX*. México, Era.
- Córdova, Arnaldo (1979). "El desafío de la izquierda mexicana". En *Nexos*, No. 18, junio.
- Córdova, Arnaldo (1986) "Hacia Gramsci: La larga marcha de la izquierda mexicana". En *Nexos*, No. 102, junio.
- Córdova, Arnaldo (1989). "Las fuerzas más allá de las sectas. El surgimiento del PRD", en *Nexos*, junio; No. 138 Cuaderno de Nexos.
- Córdova, Arnaldo (1999) "Las elecciones en los partidos". *La Jornada*, 11 de abril.
- Crespo, José Antonio (1999), "La crisis mundial de los partidos dominantes". En *Metapolítica*, No. 10, Vol. 3. México, Cepcom, abril-junio.
- De la Garza, Enrique (1988). *Ascenso y crisis del Estado social autoritario*. México, Colegio de México
- De la Madrid, Ricardo Raphael (1999). "PRD: Un nuevo reparto", en *Nexos*, marzo, No. 255
- Del Villar, Samuel I. (1993) "El programa económico del PRD", en *Nexos*, diciembre 1993, No. 192.
- Durán Fermán, Guadalupe Gabriel (1988). *Organización social y participación política: el caso de la UPREZ*. Tesis para el grado de Maestría en Sociología Política. Instituto de Investigaciones Históricas Dr. José María Luis Mora.
- Farrera, Javier y Prieto H., Diego (1990). "PRD. Documentos básicos"; en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, Nueva Epoca, No. 139, enero-marzo.
- Galindo López, Jesús (1990) "Una lectura del PRD", en *El Cotidiano*, No. 37. Septiembre-octubre. México, UAM Azcapotzalco.
- Galindo López, Jesús (1991). "Bye bye, redención Las apuestas del PRD", en *Nexos*, diciembre, No. 168 Cuaderno Nexos.
- Galindo López, Jesús (1993). "El capital político y los plazos largos. El Congreso del PRD", en *Nexos*, julio, No. 187. Cuaderno de Nexos.

Garvito E., Rosa Albina (1991). "La intransigencia democrática del PRD y su modernidad"; en *El Cotidiano*, No. 44, noviembre-diciembre. México, UAM-Azcapotzalco.

Giddens, Anthony (1998). *Más allá de la izquierda y la derecha. El futuro de las políticas radicales*. Cátedra, Madrid.

Gilly, Adolfo (1990). "El perfil del PRD", en *Nexos*, No. 152, agosto, pp. 61-71.

González González, Fabiola (2000). *El liderazgo carismático en el Partido de la Revolución Democrática*. Tesis para el grado de Maestría en Sociología Política. México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora

Gutiérrez Espindola, José Luis (1991). "PRD: 10 apuntes para después del Congreso. La democracia en puerta", en *Nexos*, enero No. 157. Cuaderno Nexos.

Hirales M., Gustavo (1990). "PRD: Para mirar el Congreso", en *Nexos*, octubre; No. 154. Cuaderno Nexos.

Hirsch, Joachim (1996). *Globalización, capital y Estado*. México, UAM Xochimilco.

Inchaustegui Romero, Teresa y Carrera Lugo, Laura (1992). "La subjetividad política de tres partidos mexicanos", en Varios autores, *Crisis y sujetos sociales en México*. México, 1992, v II, Porrúa - CIIH UNAM. pp. 315-410.

Kirchheimer, Otto (1980). "El camino hacia el partido de todo el mundo", en Neumman y Lenk. *Teoría y sociología críticas de los partidos políticos*. Madrid, Anagrama, pp 328-347.

Lechner, Norbert (1995). "Por qué la política ya no es lo que fue". En *Nexos*, diciembre, No 218. México.

Levario Turcott, Marco (1999). "La lección de la elección", en *Nexos*, mayo, No. 257

Lujambio, Alonso (2000). *El poder compartido. Un ensayo sobre la democratización mexicana*. México, Océano.

Manin, Bernard (1992). "Metamorfosis de la representación". en Dos Santos, Mario R (comp) *¿Qué queda de la representación política?* Caracas, Nueva sociedad.

Merino, Mauricio (1996). "PRD: La democracia difícil", en *Nexos*, abril, No. 220. Cuaderno de Nexos

Meyenberg, Yolanda y Carrillo, Ulises (1999) "El Partido de la Revolución Democrática Avances Electorales, responsabilidad de gobierno y ambigüedad identitaria", en *Revista Mexicana de Sociología*. No. 3, 1999. pp. 53-68.

Moguel, Julio (1991) "El PRD y el difícil camino hacia la democracia"; en *El Cotidiano*, No 44, noviembre-diciembre. México, UAM-Azcapotzalco.

Molinar Horcasitas, Juan (1991). *El tiempo de la legitimidad*. México, Cal y Arena.

Morales M., Rodrigo (1997). "Si gana el PRD", en *Nexos*, mayo, No. 233.

Mouffe, Chantal (1999). *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Barcelona, Paidós.



Offe, Claus (1985), "The Attribution of Public Status to Interest Groups" (1977), en *Disorganized Capitalism. Contemporary Transformations of Work and Politics*, Cambridge: Polity Press, pp. 221-259.

Panebianco, Angelo (1990). *Modelos de partido: organización y poder en los partidos políticos*. México, Alianza.

Peñalosa, Pedro y Espinosa, Felipe (1996). "El PRD y la nueva izquierda", en *Nexos*, julio, No. 223. Cuaderno de Nexos.

Pereyra, Carlos (1982). "En la hora del PSUM. Partido y sociedad civil". En *Nexos*, No. 49.

Pivron, Anne (1999). "Anatomía de un partido de oposición mexicano: la estructura del juego político en el Partido de la Revolución Democrática (1989-1997)", en *Estudios sociológicos*, num. 49. Centro de Estudios Sociológicos, Colegio de México, enero-abril, pp. 239-272.

Prud'homme, Jean François (1996). "El PRD: su vida interna y sus elecciones estratégicas". México, CIDE. Documento de Trabajo de la División de Estudios Políticos No. 39.

Ramírez Sevilla, Luis (1997). *Dibujo de un sol con nubes: una aproximación a los límites y potencialidades del PRD en un municipio michoacano (una utopía nonata)*. Zamora, Mich. El Colegio de Michoacán.

Ravenel, Bernard (1999), "L'irrésistible crise du militantisme politique classique", en *Mouvements. Sociétés, politique, culture*, No. 3. Paris, La Découverte, mars-avril.

Revels Vázquez, Francisco (1995). "Los enfoques de análisis sobre los partidos políticos mexicanos". En *Estudios Políticos*, FCPyS-UNAM, 4ª época, No. 9, octubre-diciembre, pp. 151-162.

Reyes del Campillo, Juan y Valdés Zurita, Leonardo (1994). "El PRD: su Congreso y la autodesignación de su candidato", en Valdés Zurita (coordinador). *Elecciones y partidos en México. 1993*. UAM Iztapalapa

Rincón Gallardo, Gilberto (1996) "14 de julio. El PRD por dentro", en *Nexos*, julio, No. 223. Cuaderno de Nexos

Romero Miranda, Miguel A. (1992) "El PRD se consolida como tercera fuerza electoral", en *El Cotidiano*, No. 50, septiembre-octubre. México, UAM-Azcapotzalco.

Romero, Miguel A. (1994). "La campaña electoral del PRD"; en Reyes, J.; Sandoval, E. y Carrillo, M.A. (Coords.) *Partidos, elecciones y cultura política en México*. México, UAEM-UAM-Xochimilco-COMECSO; pp. 92-102.

Salazar, Luis (1989). "¿Se acabó el socialismo para México? La democracia y la idea de revolución". En *Nexos*, No. 137.

Salazar, Luis (1990). "Notas sobre el perfil político del PRD"; en *México, la búsqueda de alternativas*. México, ECP-Facultad de Economía UNAM, pp. 131-138.

Sánchez Fabián, José Guadalupe (1998). *Formas organizativas del partido de la Revolución Democrática en el Distrito Federal (1989-1998)*. Tesis para el grado de maestría en sociología política. México, Instituto de Investigaciones Históricas Dr. José María Luis Mora.

Sánchez Jiménez, José (1996). *Ciudadanías fractales en el horizonte de una década: máscaras del caos en la Ciudad de México de 1985 a 1995*. Tesis para el grado de maestría en ciencias sociales. México, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.

Sánchez Rebolledo, Adolfo (1998). "El PRD: Partido de izquierda" en *Nexos*, mayo, No. 245.

Sánchez, Marco Aurelio (1999). *PRD: La élite en crisis*. México. Plaza y Valdés.

Sanchez, Marco Aurelio (2001). *PRD: el rostro y la máscara. Reporte de la crisis terminal de una élite política*. México, CEPCOM.

Schmitter, Philippe C. (1992). "Democracia corporativa: ¿una expresión contradictoria? ¿sólo lerda? ¿una salida prometedora de la coyuntura actual?", en *Teoría del neocorporatismo*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara, col. Laberinto de cristal, pp. 399-447.

Sartori, Giovanni (1980). *Partidos y sistemas de partidos*. Madrid, Alianza.

Sartori, Giovanni (1996). "La izquierda: es la ética", en Bosetti (1996).

Semo, Enrique (1999). "Los dilemas del PRD", en *Nexos*, mayo, No. 257.

Semo, Enrique (1999*). "El PRD se mueve de acuerdo con los misteriosos impulsos de sus personajes y de sus grupos políticos". *Proceso*, No. 1171, 11 de abril.

Sheridan, Guillermo (1999). "Edipo en la UNAM". *Proceso*, No. 1202, 14 de noviembre.

Tamayo, Jaime (1994). "Del neocardenismo al PRD", en *Iztapalapa*, Año 14, No. 34, julio-diciembre México, UAM Iztaapalapa.

Varios autores (1998). *Foros de discusión. Documentos básicos rumbo al 4º Congreso Nacional*. México. Comité Ejecutivo Nacional del PRD.

Weber, Max (1980) *El político y el científico*. Madrid, Alianza.

Weber, Max (1984). *Economía y sociedad*. México, Fondo de Cultura Económica.